

EMMA WINTER

UN JUEGO

millonario

Un juego
Millonario

#Millonario 2

Emma Winter

1.^a edición mayo 2020

Copyright © Emma Winter

Todos los derechos reservados

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de la titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público

Índice

1

STORM

2

LEO

3

STORM

4

LEO

5

STORM

6

LEO

7

STORM

8

LEO

9

STORM

10

LEO

11

STORM

12

LEO

13

STORM

14

LEO

15

STORM

16

LEO

17

STORM

18

LEO

19

STORM

20

LEO

21

STORM

22

LEO

23

STORM

24

LEO

25

STORM

26

LEO

EPÍLOGO

STORM

¿QUIERES ESTAR AL DÍA DE LAS PRÓXIMAS NOVEDADES?

OTRAS PUBLICACIONES DE EMMA WINTER

Storm

Storm miró las imponentes escaleras de mármol y pensó, no por primera vez, lo impresionante que era el salón. Nunca había entendido por qué Leo Parker había preferido comprar una casa con una línea tan sobria. No pegaba mucho con su personalidad. A él le pegaba una casa como la que tenía su padre, por ejemplo, de líneas modernas y minimalistas. Sin embargo, su salón tenía una mesa para doce comensales de madera con unos sillones preciosos, pero recargados. Igual que recargada era la chimenea de mármol, o las escaleras del mismo material. Los muebles eran caros, robustos y rústicos. Eran bellísimos, no tenía nada en contra de ellos, pero jamás los hubiese imaginado en la casa de alguien como Leo.

Él era tan... infantil. Pese a llevarle varios años, siempre se comportaba de forma inmadura. A veces, en exceso, sobre todo cuando de sus líos amorosos se trataba. Cualquier mujer vería una casa como aquella y se dejaría engañar pensando que es la casa de alguien que pretende asentarse y formar una familia. Por fortuna, Storm no era cualquier mujer. Leo no podía engañarla. Lo había conocido años atrás, cuando ella no era más que una adolescente enfadada con el mundo y él había ocupado el puesto de capitán en el equipo de hockey en el que había jugado su padre. Leo y su padre tenían una relación... complicada. Y es que para su padre no fue fácil admitir que no podría volver a jugar debido a la lesión que había sufrido en la pierna. Tampoco lo fue darse cuenta de que un chaval mucho más joven ocupaba su puesto y la vida seguía como si nada. Por fortuna, justo en esa época ella, su madre y su hermano irrumpieron en su vida y pronto el resentimiento pasó a ser parte del pasado. No era su padre biológico, pero la adoptó con catorce años y desde entonces ella no había vuelto a pensar en el que de verdad le dio la vida. Tampoco pensaba mucho en su madre, la verdad. Ya lo hizo mucho en el pasado, cuando se convirtió en la causa de que nunca llegaran a final de mes por sus muchas adicciones. Al principio, cuando murió, Storm se pasó la vida justificándola por todo. Incluso justificaba su consumo de drogas. Pensaba que así se

sentiría mejor, pero no sirvió. Lo único que la ayudó de verdad, o mejor dicho, la única que la ayudó de verdad fue su tía, Blue, que se ocupó de su custodia y la de su hermano, que era solo un bebé, enfrentó su resentimiento adolescente y le demostró que no pensaba ir a ninguna parte. Eso, y que la quería como de verdad debe que querer una madre. Storm todavía se preguntaba cada día qué había hecho para merecer a alguien como ella en su vida, porque bien sabía todo el mundo que no se lo había puesto precisamente fácil.

—¿Eres mi regalo? Dime que eres mi regalo.

La voz de Leo la sacó de sus ensoñaciones. Se giró y lo observó detenidamente. Su pelo del color del trigo, sus ojos claros, su sonrisa torcida... Todo en él hacía que una mujer fantaseara inmediatamente con tenerlo a solas, a poder ser sin ropa. Storm, sin ir más lejos, había tenido un enamoramiento adolescente con él bastante intenso. Por fortuna creció y se convirtió en una mujer con otras metas en la vida.

—Te encantaría, ¿verdad? —preguntó elevando una ceja de un modo sugerente.

—No sabes cuánto, *tormentita*.

Odiaba que la llamara así, aunque fuera el significado de su nombre. Empezó a hacerlo al poco de conocerla, cuando se empeñaba en tratarla como a una niña. No tenía ningún problema para flirtear con su tía, pero a ella la trataba como si no tuviera más de ocho años.

—Lástima que yo no entre en el menú, aunque estoy segura de que es tan extenso y variado que ni siquiera lo notarás.

Él sonrió, se acercó más y besó su mejilla.

—¿Cómo te va con los chicos Campbell?

Los hombros de Storm se relajaron de inmediato. Era el efecto que producía en ella hablar de su trabajo.

—Muy bien. Nos seguimos ocupando de que cada persona encuentre su hogar ideal. —Miró

en derredor y detuvo el recorrido en el autorretrato de un perro. Ni siquiera era de Leo. Ella sabía bien que jamás había tenido mascota—. Podrías habernos buscado antes de comprar esta casa. No es muy de tu estilo.

—¿Y por qué no?

—Te pega algo más... juvenil.

—Me gustan estos muebles. Son fuertes y bonitos. Demuestran que pueden vencer al tiempo. ¿Hay algo mejor que eso?

—Supongo que no —claudicó, porque sabía que dar su punto de vista no serviría de nada.

—Aunque, de haber sabido que trabajabas con ellos, habría tenido en cuenta a la empresa a la hora de buscar casa.

Ella le sonrió con cierta arrogancia.

—Lo sabías perfectamente, pero te encanta cabrear a Cam y Keith —La sonrisa que se dibujó en su cara fue la confirmación—. Además, no necesito que el amiguito de mi papá me dé trabajo o buena fama. Me lo sé ganar solita.

—No tengo ninguna duda de que eres muy capaz de hacer lo que te propongas —le dijo él con voz suave—. Pero quizás debería haber aprovechado la oportunidad de pasar más tiempo contigo...

Storm bufó. Y un segundo después rio. Y luego volvió a bufar. No sabía en qué momento Leo había pasado de portarse como un santo con ella, a insinuarse a la mínima de cambio. Lo que sí sabía es que para él era una broma. No la veía de verdad como a una mujer con la que pudiera acostarse. Estaba segura. Tenía demasiado arraigado eso de que era hija de un amigo.

Dio un sorbo a su copa de champán, lo miró a los ojos y se preguntó qué pasaría si decidiera demostrarle que había dejado de ser una niña hace mucho, y si de jugar se trataba, ella era ya una experta...

Leo

Estaba preciosa, pero no era una novedad. Storm siempre había sido una chica absolutamente perfecta físicamente. Cuando la conoció no lo pensó de un modo sexual, desde luego. Ella tenía catorce años, era una niña a sus ojos. Y lo siguió siendo durante años. De hecho, debería seguir siéndolo, pero en algún momento, entre su baile de fin de curso, sus estudios universitarios y su incorporación a la vida laboral Leo se había descubierto pensando, en más de una ocasión, cómo sería Storm sin ropa.

Inapropiado. Del todo. Sobre todo porque su padre era uno de los amigos más preciados para Leo. Empezaron con mal pie, es cierto, pero con el tiempo el jefe asimiló su situación y empezó a tratarlo como a un amigo. Tuvo mucho que ver su mujer, Blue. Joder, Kilian cambió tanto cuando ella apareció en su vida que no podía dejar de preguntarse si alguna vez una mujer sería capaz de devolverle la ilusión a él de esa forma.

No había sufrido ninguna lesión, como le pasó a Kilian. No, lo de Leo era algo un poco más enrevesado, porque por fuera todo el mundo percibía a un hombre contento con su presente. Un hombre que estaba celebrando en aquellos momentos una fiesta de jubilación, porque había decidido dejar el hockey por voluntad propia después de haber ganado la copa Stanley, que es el trofeo máspreciado en este deporte. Un hombre que lo dejaba porque aseguraba que prefería marcharse así, por todo lo alto, y ser recordado como una leyenda. Un hombre que no admitía frente a nadie que sus rodillas fallaban y sabía, porque no era tonto, que de haber seguido jugando habría seguido el camino de Kilian. No quería eso. Había visto a su excompañero sufrir como si estuviera en el infierno, así que prefirió adelantarse a la jugada. Tenía 30 años, estaba retirado y tenía tantas ideas sobre qué hacer con su vida que no sabía por dónde empezar. No estaba deprimido, no era eso, pero sí sentía incertidumbre ante el futuro que se le planteaba. Tenía inversiones que le daban más dinero que el hockey, y el hockey ya le había dado mucho dinero.

Durante un tiempo, valoró la posibilidad de regresar a Oakbank, Canadá, donde se había criado, pero lo vio absurdo, teniendo en cuenta que hizo que sus padres se mudaran a Nueva York para que estuvieran cerca de él. Su padre trabajó en la construcción toda la vida, hasta que Leo empezó a triunfar. Entonces les compró un piso en Manhattan, lujoso, pero sin exageraciones, porque eran muy humildes y se habrían sentido sobrepasados. Puso a su padre al cargo de algunas de sus inversiones, después de pagarle algunos cursos, y ahora vivían a escasos minutos caminando de distancia.

No, volver a Canadá no era una opción. Se quedaría allí, en aquella preciosa casa con inmensos muebles robustos y sobrios. Y averiguaría qué hacer con su vida. Solo necesitaba... tiempo. De momento, lo importante era aquella fiesta. Más aún, lo importante en aquel preciso instante era Storm, aunque le estuviera preguntando por la marca del papel pintado que había en el vestíbulo.

—Leo, cariño, nosotros nos vamos ya.

Sus padres se acercaron a ellos sonriendo, pero visiblemente cansados. No podía culparlos, ya tenían una edad y estaban acostumbrados a irse a la cama muy pronto.

—Os acompaño.

—No digas tonterías, chico. —Su padre se envaró, como si se sintiera ofendido por insinuar que necesitaba que los acompañara a su piso—. Puedo cuidar perfectamente de mi mujer de camino a casa.

Él se echó a reír y alzó las manos en señal de defensa.

—Tranquilo, viejo, solo pretendía ayudar.

—Si quieres hacer algo provechoso, ¿por qué no nos presentas a esta chica tan bonita? —preguntó su madre.

Leo puso los ojos en blanco, pero colocó una mano en el final de la espalda de Storm y

señaló a sus padres.

—Es Storm, mamá, te he hablado mil veces de ella.

—¡Oh! La hija de Kilian y Blue, ¿verdad?

—Exacto.

—Tus padres son encantadores —le dijeron a ella directamente, ofreciéndoles su mano—. Solo hemos coincidido un par de veces, pero son maravillosos.

—Lo son —aseguró su padre—. Nuestro hijo no podría haber ocupado un puesto con más honor que el de tu padre.

—Muchísimas gracias. ¿No los habéis visto por aquí? Están en alguna parte, aunque seguramente también se marcharán pronto. Mis hermanos están con la niñera, pero de todas formas no les gusta dejarlos solo mucho tiempo.

—¿Qué tiempo tienen ya los pequeñajos? Cuando los vimos la última vez todavía tenían lengua de trapo —dijo su padre riendo.

—Yellow tiene 9 años, casi 10. Es todo un hombrecito. Violet tiene 6.

—¡9 y 6 años! —exclamó su madre antes de suspirar con pesar—. El tiempo pasa demasiado deprisa. —Miró a Leo y acarició su brazo con cariño—. Que me lo digan a mí, si no. Hace no demasiado este hombretón se subía a mi regazo y echaba larguísimas siestas sobre mí, y ahora...

—Ahora, si se sube a tu regazo, te aplasta —comentó su padre.

Leo podría haberse sentido ofendido, pero sabía que lo había hecho para aligerar el ambiente y que su madre no cayera presa de la nostalgia que le causaba saber que su único hijo era ya todo un hombre.

—Sí, ahora es a él a quien se le suben al regazo todas esas... conejitas —contestó ella de mala baba.

Eso provocó la risa de Storm, pero a Leo no le hizo gracia. Ya sabía que había estado con

muchas mujeres, pero por alguna razón, que su madre lo recordara delante de Storm fue... incómodo.

—Yo no me preocuparía demasiado, señora Parker —Storm miró a su madre a los ojos y sonrió con picardía—. Las conejitas no sienten demasiada devoción por los hombres jubilados, a no ser que tengan una enorme mansión y... Oh, un momento...

La risotada que soltaron sus padres fue proporcional al ceño fruncido de Leo. Se hizo una nota mental en aquel mismo instante: no volver a juntar a Storm y a su madre, a menos que tuviera ganas de que lo despedazaran con sus comentarios mordaces.

Storm

Tenía que reconocerlo. Ver a Leo apurarse delante de sus padres fue divertido. Lo fue, al menos, hasta que sus risas atrajeron a sus propios padres, que pronto la rodearon, uno por cada lado, preguntándole sin palabras qué ocurría.

—Hablábamos acerca de la vida de jubilado de Leo.

La cara de este fue un poema y su propia madre acarició su brazo con cariño.

—Tranquilo, corazón. Piensa que Kilian me encontró cuando se retiró del hockey. A lo mejor estás a punto de conocer a la mujer de tu vida.

—Eso sería maravilloso —dijo Mary, la madre de Leo—. Necesitamos nietos a los que consentir, pero este chico no parece dispuesto a darnos el gusto. Encantada de veros, por cierto.

—Igualmente. —Kilian, su padre, besó la mejilla de Mary y estrechó la mano de su marido antes de dirigirse a su hijo—. Te haces viejo, León. Ojalá nadie te martirice con eso de que tu carrera está acabada, porque es muy desagradable. —Se puso un dedo bajo la barbilla y puso cara pensativa—. Un momento... ¿No es eso lo que me hizo él a mí? —preguntó a su madre.

—No seas malo —murmuró esta intentando esconder una sonrisa y abrazándolo por el costado—. Mejor ocúpate de llevarme a casa. Estoy agotada.

La mirada que su padre dedicó a su madre puso el vello de la nuca de Storm de punta, porque sabía perfectamente lo que significaba: sexo. Dios, agradecía mucho no vivir ya con ellos. Sus padres eran jóvenes, lo entendía, no llegaban a los cuarenta años, pero vivir con dos personas enamoradas y deseosas de mantener relaciones sexuales a cualquier hora del día era realmente agotador. Tener que fingir que no se daba cuenta era, simplemente, insoportable.

—¿Cariño? —Su madre la miraba esperando una respuesta a algo que no había oído,

sumergida como estaba en sus cavilaciones.

—¿Perdón?

—Te preguntaba si te vienes con nosotros a casa.

—Oh, pues...

—Quédate un poco más —sugirió Leo—. Ahora que se van los mayores, empieza la fiesta para nosotros.

Le guiñó un ojo de una forma tan *sexy* que Storm tuvo que recordarse por qué era mala idea pensar en ello y por qué, de hecho, había sido una gran idea decidir olvidar a Leo Parker.

—¿Qué fiesta? ¿La de jubilados? —su padre miró a Leo con malicia—. ¿Vais a sacar ganchitos y ver partidos de reposiciones?

—¿Preguntas eso porque es lo que has hecho tú desde que te retiraste?

—Muy bien, muy bien, haya paz. —Su madre rio y miró a los padres de Leo con gesto de disculpa—. Siento mucho el comportamiento infantil de mi marido.

—¡Eh! —se quejó su padre.

—Y nosotros el de nuestro hijo.

—¡Eh! —se quejó Leo.

Storm rio. Rio con una carcajada tremenda, porque era muy gracioso verlos enfurruñados y porque, les gustara o no reconocerlo, Leo y Kilian se parecían mucho más de lo que a ambos les gustaba admitir.

—Creo que voy a quedarme un poco más.

Lo hizo porque quería ver bien la casa, ahora que tenía oportunidad, no porque estuviera interesada en pasar más tiempo con Leo. Era muy consciente de que había muchos invitados, o más bien invitadas, deseando que quedara libre para acaparar su atención, pero ella era ahora una

trabajadora de *Campbell Houses*, una de las inmobiliarias más punteras del momento. Había entrado a formar parte del equipo gracias a su padre, no lo negaba, era del pensamiento de que los contactos eran necesarios. Ella había crecido entre caravanas y apartamentos medio en ruinas con una madre que no tenía problemas a la hora de dejarlos solos a ella o a Yellow, cuando apenas era un bebé. Aprendió demasiado joven la crueldad que existen en el mundo. En aquellos momentos se sentía privilegiada. Había podido estudiar lo que había querido gracias a sus padres, tenía el trabajo de sus sueños gracias a sus padres, también, pero pensaba trabajar duro para ganarse el respeto de todos. De sus padres, sí, para que supieran que había merecido la pena que apostaran por ella, pero también de sus compañeros. Y sobre todo de sus jefes, los hermanos Campbell. La habían acogido con los brazos abiertos y una gran sonrisa, pero le habían dejado claro que tenía que ganarse el sueldo.

De momento, iba a estudiar la casa de Leo al completo para intentar averiguar qué le había llevado a comprarla. Se decía a sí misma que si alguien joven como él había comprado una casa así, quizá es que ella no sabía catalogar bien los gustos de las personas. Era muy confuso. De haber sido su cliente, ella jamás le habría recomendado una casa así, de modo que sintió que tenía que hurgar un poquito en sus pensamientos y en los detalles que no se apreciaban a simple vista para averiguar qué llevó a Leo a comprar una casa con una cocina con isla y mesa de comedor más grande que la sala de juegos, que es lo que ella hubiese esperado de él en un principio.

—No te preocupes, me ocuparé de que llegue a casa sana y salva. —Volvió al presente y oyó a Leo decirle eso a sus padres.

Ellos asintieron. Su padre, además, mostró la vehemencia que solo había en su rostro cuando confiaba en alguien y le mostraba su respeto. Se despidieron de Storm, junto con los padres de Leo, y los cuatro se marcharon al mismo tiempo.

—¿Y bien? —preguntó Leo en cuanto se quedaron a solas—. ¿Cuándo vas a pedirme que te haga una visita guiada por mi casa?

Storm lo miró con la boca abierta. ¿De verdad era tan transparente?

—¿Cómo has sabido que...?

La risa de Leo llenó el espacio mientras subía las escaleras y hacía señales por encima de su hombro.

—Yo lo sé todo, *tormentita*.

Leo

¿Sería buen momento para confesarle a Storm que Cameron, su jefe, ya le había preguntado días antes por qué había comprado esa casa y no había contado con su empresa para ayudarlo a encontrar un sitio mejor? Leo se lo preguntaba mientras observaba a Storm fijarse en el mármol grabado del cuarto de baño que había en la suite. Era meticulosa, eso tenía que concedérselo. Casi podía verla memorizar cada detalle y estaba seguro de que, si la dejara, sacaría una grabadora y dispararía un millón de preguntas para intentar comprender por qué había elegido una casa tan familiar, cuando era evidente que iba de flor en flor y nunca se le había conocido una relación seria. No desde que llegó a Nueva York, al menos.

Podía mentirle, decirle lo mismo que al resto, adoptar una actitud de fanfarrón y asegurarle que así tenía espacio para los muchos hijos que seguramente iba dejando por el mundo, según la prensa amarillista. Y sí, vale, reconocía que él no había colaborado precisamente para ayudar a mantener su imagen, pero eso no significaba que no le molestara profundamente que lo pusieran como a un gigoló. Al principio, cuando veía que hablaban de él en las revistas le causaba gracia. A menudo buscó su nombre en Google y se carcajeó con los resultados, bien por estúpidos o por inciertos. Algunas veces se acercaban a la verdad, pero rara vez lo hacían, porque lo cierto es que la realidad, a menudo, es mucho más aburrida que la ficción. Contar que era un jugador comprometido con su equipo no tenía jugo. Contar, en cambio, que se metía en peleas, se drogaba o se follaba a cuanta mujer se le cruzara en su camino, sí.

Y como ya había admitido, él reconocía que no lo había puesto fácil. Había tomado malas decisiones en el pasado. Una vez incluso Kilian tuvo que sacarlo de la cárcel por un asunto que se le fue completamente de las manos, y aun así, le gustaba pensar que no era un cerdo. Para Leo las mujeres eran sagradas. Las adoraba a todas, no discriminaba. Le gustaban rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, delgadas, gorditas... ¡Disfrutaba de su compañía! Le encantaba charlar y

reconocía que, a menudo, las mujeres eran mejor compañía para tener una buena conversación que sus amigos. No era una cuestión de machismo, ni mucho menos. Era una cuestión de que sus amigos eran un poco cafres. Los quería y respetaba, pero había temas que sabía que no era buena idea tratar con ellos. Con algunas mujeres, en cambio, era fácil hablar. Además, le gustaba escucharlas.

Sí, vale, se acostaba con ellas. ¿Y qué? No veía nada malo en ello. Él no engañaba a nadie. No hacía promesas nunca, jamás. Ofrecía un oído para escuchar y un sexo increíble por un tiempo, pero no se comprometía nunca. No buscaba una relación formal y se ocupaba de dejarlo claro. Si alguna se confundía, lo aclaraba en cuanto se daba cuenta. Si aun así insistían, ya no era su responsabilidad, ¿no? Respetaba que se encapricharan con él, pero no veía que fuera su problema. No, cuando él no había mentido en ningún momento.

—¿Te gusta el jacuzzi? —le preguntó a Storm, cuando la vio concentrarse en las salidas de los chorros de agua.

—¿Sabes? Antes de conocer a mi padre, ni siquiera podía pensar que existieran jacuzzis tan grandes. No sé, no era algo que me pasara nunca por la cabeza.

Leo sonrió de inmediato. Le gustaba aquello de Storm. Era una mujer con una vida privilegiada, teniendo en cuenta quién era su padre, pero no olvidaba de dónde venía.

—Tampoco yo, la verdad, lo que no significa que no lo disfrute ahora.

—¿Lo usas de verdad?

—¿A qué te refieres?

Ella se encogió de hombros y salió del baño con él pisándole los talones. La fiesta abajo seguía su curso, pero él sabía que los invitados se estaban marchando, pues era muy tarde.

—Algo que he descubierto desde que trabajo con los Campbell es que los ricos queréis cosas que no usáis. Solo las queréis para no ser menos que otros ricos.

—Hablas de nosotros como si tú fueras pobre. —Storm bufó y él se carcajeó—. Lo haces. Nos tachas de ricos con cierto desprecio, pero lo cierto es que tú eres una de nosotros.

—Tuve mucha suerte en la vida.

—Te lo mereces, lo que no entiendo es qué hay de malo en eso.

—Nada, supongo, pero es un poco ridículo ver a la gente comprar lámparas de millones solo porque saben que la voz se correrá y tal o cual revista de decoración le pedirá una foto para que el país babe. No hace mucho enseñé una casa a Megan Key. ¿Sabes quién es?

—Imposible no saberlo. Está despuntando entre el mundo artístico.

—Quería una casa con un jardín lo suficientemente enorme y unos muros lo suficientemente altos como para tener un tigre en él sin miedo de que escapara. ¿Te lo puedes creer? —Chasqueó la lengua—. Seguramente se haya comprado un maldito tigre solo para jactarse frente a sus amiguitos. Esas cosas me dan mucho asco.

—Tomo nota: no compraré nunca un tigre. —Storm no valoró la broma, porque lo miró muy mal—. Venga, *tormentita* —dijo riéndose—. A la gente se le va la cabeza con el dinero y la fama. No es nada nuevo.

—Es asqueroso.

—A tu padre también se le fue al principio. —La mirada que ella le dedicó lo hizo reírse aún más—. No me mires así. Es cierto. Aunque en su caso creo que fue la fama, porque dinero siempre ha tenido. Es un rico de cuna, no como yo. Mi sangre es mucho más sucia.

—Eso es una gilipollez. El dinero no es lo que da pureza a la sangre.

—Para algunos, sí.

—Para algunos gilipollas.

Leo rio. Le encantaba eso de ella. No se cortaba. Daba su opinión de cualquier tema, incluso si era espinoso. Sobre todo si era espinoso.

—Lo que quiero decir es que, en el fondo, a ti te viene bien que esa gente exista. Te recuerdo que te dedicas a vender casas de lujo.

—Sí, lo sé. Son pocas las veces que veo a un comprador en potencia y siento que es hora de buscarle un hogar confortable. Por lo general, basta con que tenga objetos o partes desproporcionadas para que se enamoren. Como ese jacuzzi tuyo, por ejemplo. ¿Cuántas mujeres has metido en él al mismo tiempo?

A Leo le sentó fatal el comentario, pero en vez de confesárselo, hizo lo que ya estaba acostumbrado a hacer: tapar sus sentimientos y adoptar ese papel que tanto había ensayado a lo largo de los años.

—Creo que seis, pero no te sé decir...

—¿Cómo que no me sabes decir? —Lo miró mal—. ¿Ni siquiera te acuerdas?

—No es eso... —murmuró con aire pensativo, como si de verdad le costara recordarlo, cuando lo cierto es que llevaba tan poco viviendo en aquella casa que no había llevado a ninguno de sus ligues allí—. Verás, es que... —Se rascó la nuca y se hizo el interesante.

—¿Qué? —preguntó ella, con la intriga en su máxima potencia.

—Pues que no recuerdo si bajo el agua había una o dos chicas chupándomela... A lo mejor eran siete en total. Sí, pon siete, por si acaso.

Storm se encendió tan pronto que incluso Leo se sorprendió. Diría que estaba adorable ruborizada, pero es que la ira sustituyó rápidamente la vergüenza.

—Pero ¿cómo puedes ser tan cerdo? —preguntó indignada.

Leo quería decirle que no lo era. Que una vez había estado con dos mujeres a la vez, pero estaba borracho y la experiencia no fue la mejor. Y que jamás olvidaría de una forma tan denigrante a su compañera de cama, pero no hizo nada de eso. Se quedó allí, dejando que ella pensara lo peor de él, como hacía muchas veces, y pensó que si después de tantos años Storm no

quería molestarse en conocer al verdadero Leo Parker, no iba a ser él quien tratara de convencerla.

Storm

En este mundo existían los hombres mujeriegos y unos cerdos totales, y luego estaba Leo Parker. ¿Cómo podía no recordar cuantas mujeres estaban con él en el maldito jacuzzi? Era grande, sí, pero no era una piscina olímpica. ¡Contar a tus compañeras de cama no podía ser tan complicado!

Cerró los ojos, abochornada. Quizá su rabia se debía a que su experiencia con el sexo había sido nefasta. No es que fuera virgen, porque con el tiempo comprendió que, aunque no hubiese penetración en el acto, había más cosas que se consideraban sexo. Había masturbado y se había dejado masturbar. Había hecho algunas felaciones y había intentado llegar al final, pero había algo en ella que la obligaba a parar siempre. Algo que le había causado varios problemas. Los hombres no suelen tomar bien que una mujer pare justo antes de la penetración, pero no era problema de Storm manejar la frustración ajena. Bastante tenía con la suya propia. Solo una vez se obligó a seguir adelante y sintió tanto dolor que, cuando él acabó, no pudo retener las lágrimas, aunque intentó esconderse. Él la dejó de malas maneras, alegando que no quería tocar a una mujer como si la estuviera violando. Fue tan bochornoso que no lo había intentado más. De eso había pasado algo más de un año. Sabía que sus problemas tenían que ver, probablemente, con el hecho de que su madre se prostituyera sin ningún tipo de inconveniente para obtener dinero o droga, así que se había puesto por voluntad propia en manos de una terapeuta, pero la verdad es que no sabría decir si avanzaba o no, porque no había intentado salir con otro hombre, pese a haber tenido oportunidades.

Cameron, uno de sus jefes, sin ir más lejos, la había invitado a cenar alguna vez, pero ella declinó la sugerencia por dos motivos: el primero, por supuesto, su problema. El segundo era que estaba completamente segura de que no era buena idea mezclar trabajo y placer. No quería ser la amante de su jefe. Quería labrarse su camino, y desde luego no haría como su madre biológica y

usaría el sexo como moneda de cambio para alcanzar sus metas con más rapidez. Antes prefería que le arrancasen las uñas de las manos y pies.

Quizá su relación con el sexo no fuera sana, pero allí plantada delante de Leo sintió tanta repugnancia por sus palabras que no pudo disimularlo. Él parecía tranquilo, lo que la indignaba aún más.

—¿Cómo es posible que no las recuerdes?

—Fue una noche intensa. En algún momento empezaron a sumarse chicas y... no sé. Se me olvidó. ¿Tan malo es?

¡Sí! Quiso gritar que por supuesto que era malo. Era malísimo, pero se quedó en silencio. Encogió los hombros, salió del baño y pensó en lo injusto que era que ella no pudiera acabar un polvo sin sentirse fatal y él montara orgías con tal facilidad que ni siquiera las recordaba. Razón de más por la que olvidar el estúpido enamoramiento que tuvo con él fue una idea maravillosa, porque Leo se moriría de risa si supiera de sus problemas...

Abrió una puerta, la primera que vio, sin pararse a pensar demasiado. Quería descubrir una habitación nueva para poder olvidar lo que acababan de vivir. Lo consiguió, porque se topó de frente con una habitación infantil completamente amueblada.

—¿Qué...?

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

Storm miró la lámpara con forma de nubes, la cama con estructura de tren y la cuna blanca con sábanas verdes estampadas de soles diminutos. Una alfombra con números y letras ocupaba el centro de la habitación. ¡Incluso había una estantería con cuentos!

—¿Tienes un hijo y no nos habías contado nada? —Storm no pudo ocultar su confusión.

—No, claro que no, pero dicen que en cualquier momento empezarán a salirme bastardos, así que no está de más tener sitio disponible.

Storm se giró, incapaz de entender por qué estaba siendo tan rematadamente imbécil. Fue entonces cuando lo vio. En sus ojos brillaba la molestia con tanta intensidad que no sabía cómo es que no se había dado cuenta antes.

—¿Por qué estás tratándome así?

—Así ¿cómo? —Se hizo el tonto tan bien que casi logró engañarla.

—Como si fueras un tipo miserable y egoísta que trata a las mujeres como trozos de carne, cuando no es así.

—Ah ¿no es así?

El jacuzzi. Lo supo de pronto. La pregunta del jacuzzi le había molestado, aunque no alcanzaba a comprender bien por qué.

—¿He dicho algo malo, Leo? —Un destello brilló en sus ojos, y decidió presionar un poco más—. No quería ofenderte.

—No los ha hecho, *tormentita*.

Su tono destinado a molestarla logró su objetivo. Y no quería admitirlo, pero también la hirió. Ella no había pretendido ofenderlo, se lo había dicho sinceramente porque pensaban que había cierta confianza entre ellos. Se había equivocado, eso estaba claro, pero la actitud de él dejaba claro que no confiaba en ella lo suficiente como para serle sincero, y eso sí que le dolió.

Decidió que lo mejor que podía hacer era irse a casa. Había sido un día muy intenso y aquella fiesta se les había ido de las manos. Había recorrido los suficientes metros de casa como para comprender que no tenía ni idea de por qué Leo la había elegido para vivir.

O a lo mejor es que no conocía a Leo como pensaba. Era una opción un tanto surrealista, pero no podía descartarla del todo. Quiso preguntarle a él si sus cavilaciones eran ciertas, pero estaba tan cerrado en banda que se volvió a sentir herida. Una estupidez, porque él podía ser tan hermético como quisiera. Ella misma era una persona reservada, así que no tenía sentido que

siguieran adelante con la visita, y mucho menos con la conversación.

—Estoy agotada. Creo que voy a marcharme a casa.

—No hemos terminado de ver la casa.

—He visto lo suficiente para hacerme una idea.

—¿Y qué le vas a decir a Cameron? ¿Qué he comprado una casa completamente opuesta a mi estilo por el jacuzzi?

Sí, definitivamente el tema del jacuzzi le había sentado como una patada.

—Siento mucho si te he ofendido con algo, Leo, no era mi intención, pero de verdad que estoy agotada. Muchas gracias por invitarme a la fiesta. Nos vemos pronto.

Comenzó a caminar rápidamente para marcharse de allí cuanto antes. Se sentía mal. Por una parte, sentía que había metido la pata, pero por otra pensaba que él estaba siendo demasiado duro con ella.

Cuando llegó a la puerta y cogió su abrigo se percató de que Leo estaba a su lado. Lo miró interrogante y él se encogió de hombros.

—Le dije a tu padre que te acompañaría a casa.

—No es necesario.

—Lo es.

—Pero...

—Voy a acompañarte, Storm. Si quieres que camine unos pasos por detrás de ti para no tener que tratar conmigo, bien, pero voy a acompañarte.

Tragó saliva. Se sentía mal. Dios, se sentía fatal. Si no fuera una chica fuerte habría pensado en echarse a llorar allí mismo. Por fortuna era una chica fuerte, y como su propio nombre indicaba, sabía guardar las apariencias hasta que estaba a solas. Entonces dejaba ir sus emociones

en manada. Lloraba, se regodeaba en su dolor y se permitía sentirse pequeñita, pero no lo haría frente a él. No pensaba darle esa satisfacción.

Comenzó a caminar con él al lado. El silencio era tan tenso que por un momento sintió que su casa estaba a kilómetros de distancia, cuando lo cierto es que solo había un paseo. Cuando por fin llegaron ella saludó al portero del edificio y entró sin despedirse de Leo.

A juzgar por su actitud con ella, estaba convencida de que agradecería que les ahorrara a los dos una despedida tensa que solo empeoraría las cosas entre ambos.

Entró en casa, se quitó los altísimos zapatos de tacón y se apoyó en la puerta. Entonces y solo entonces permitió a las lágrimas salir y barrer con todo.

Leo

Habían pasado siete días desde la fiesta. Leo sabía que tenía que hablar con Storm. Por norma general no se veían mucho y no quería que el tiempo que estuvieran sin hacerlo ella pensara mal de él. O que siguiera creyendo que estaba enfadado. Había pensado mucho en su propia actitud durante la fiesta y la verdad es que ni siquiera él entendía bien por qué se había comportado de ese modo. Le sorprendió darse cuenta de que unas simples palabras de Storm podían herirlo tanto. La conocía desde hacía años, pero nunca se había sentido así, y dado el carácter fuerte y algo rudo de Storm no era, ni de lejos, lo peor que le había dicho.

En ese momento, frente al famoso jacuzzi con vistas a la gran ciudad, lo supo. Era porque odiaba que pensara que metía mujeres allí para pasar el rato y luego olvidarse de ellas. No era cierto. Aquella casa de verdad le gustaba. Era su santuario y la había comprado por una sencilla razón: quería formar una familia en ella. Era amplia, tenía unos exteriores enormes con jardines preciosos que disfrutarían sus hijos en algún momento. Tenía luz, y muebles robustos, hechos para aguantar el paso de los años. Las chimeneas grandes y señoriales le hacían pensar en pasar largas horas abrazado a la mujer de sus sueños, tomando una copa de vino, o leyendo, o haciendo el amor. Aquella casa no tenía muebles modernos, de esos que tanto se llevan ahora, pero tenía algo mejor: durabilidad. La sensación de que era una casa hecha para una familia. Fue aquello lo que enamoró a Leo, aunque nadie lo sabía. Quizá sus padres sí lo intuyeran, porque no dejaron de hacer buenos comentarios desde que entraron.

En aquel jacuzzi esperaba poder hacer el amor con su futura mujer y con nadie más, porque nadie más pisaría aquella vivienda. Era su santuario, el lugar reservado para la familia que pensaba tener. Quería hacer el amor en él, pero también quería llenarlo de agua, espuma y juguetes y meter dentro algunos críos gritones e inquietos. Él había sido hijo único, y aunque jamás hubiese deseado tener otros padres, sí había echado de menos tener hermanos. Un compañero de juegos

las veinticuatro horas del día. Quizá tenía una imagen un tanto idealizada, pero hasta imaginar pequeños niños y niñas llenos de barro o chocolate le causaba una sensación de anhelo tan profunda que se tenía que obligar a tragar saliva.

Era eso lo que le había molestado tanto. La sensación de que Storm había lanzado una daga directa al corazón de aquel sueño. Una tontería, ella no era consciente de lo que pensaba, y por lo tanto no debería haberla tratado así. Quizá podría haberle confiado sus pensamientos, pero es que, precisamente porque la conocía bien sabía que ella era imprevisible. Podía ser que lo entendiera, quería pensar eso, pero también podía ser que se riera de él en su cara, porque reconocía que era un sueño que no le pegaba en absoluto. La gente esperaba de él que se dedicara a apostar, viajar por paraísos en los que se iría acostando con mujeres indiscriminadamente y tirara dinero a espuestas. No pensaba hacerlo. No negaba que le encantaba viajar, y el sexo, y que había gastado dinero en cosas innecesarias, pero nunca lo había tirado inconscientemente. Venía de una familia humilde, sabía lo que costaba y tenía bastantes inversiones precisamente para tener la seguridad de que su estabilidad económica se mantenía.

El sonido de una llamada entrante lo sacó de sus cavilaciones. Se sacó el móvil del bolsillo y se fijó en que era Cameron Campbell, uno de los jefes de Storm. Lo conoció años atrás gracias a Kilian y desde entonces habían mantenido cierta amistad.

—¿En qué puedo ayudarte, Campbell?

—Maldito bastardo. —El gruñido con ese acento escocés tan marcado le hizo reír—. No voy a perdonarte nunca que te hayas comprado una casa sin contar con nosotros.

—Creo que ya estamos en paz.

—¿Cómo es eso?

—¿Tengo que recordarte que apostaste contra mí en la semifinal de la liga de hace dos años?

—¡Esa lesión de hombro te estaba pasando factura! Y no me equivoqué. Fallaste.

—Yo tampoco me equivoqué con esta casa. Además, las dueñas de *Maisons D'or* saben muy bien lo que se hacen.

—¡Son unas aficionadas que se creen importantes solo por ser francesas!

—Yo creo que vosotros os creéis importantes solo por ser escoceses.

Su maldición fue tan sonora que Leo solo pudo carcajearse. Su mala boca era igual de grande que su corazón, aunque se pasara la vida gruñendo por todo.

—Ahora en serio, ¿cuándo vas a invitarme a verla?

—¿Para qué le saques todos los desperfectos? Jamás.

—Venga, hombre, pórtate bien. Después de tratar mal a mi chica es lo menos que puedes hacer.

—¿Tu chica?

—Storm.

Algo desagradable subió por la columna de Leo. Como si un tigre paseara sus afiladas uñas por sus vertebras decidiendo cuál se comería primero. Sacudió los hombros, intentando quitarse ese pensamiento, pero no sirvió de mucho.

—¿Es tu chica?

—Bueno, es una forma de hablar. Es mi chica del mismo modo que JC es mi chico. En esta empresa todos son mis chicos y mis chicas. Es así como se forman las familias, Parker.

Leo tragó saliva. No lo hizo por las palabras de su amigo. Lo hizo porque el alivio que recorrió su cuerpo de inmediato fue tanto o más peligroso que el escalofrío que había sentido antes. ¿Qué...?

—Cuando le pregunté por tu casa, la pobre no sabía cómo decirme que te habías portado como un cretino. ¡Como si yo fuera a defenderte!

—¿Qué te dijo?

—No mucho. Se echa la culpa. Dice que se portó mal contigo y te dijo algo que te ofendió. Yo creo que tú eres un cabrón arrogante que seguramente dijiste algo que la incomodó y por eso saltó. Storm es una mujer muy dulce. —Esta vez fue Leo el que se carcajeó—. Lo es, y no me gusta que la hicieras sentir mal.

—¿No dices que ella ha reconocido que hizo algo que me molestó?

—¿Y no te digo que creo que más bien fue al revés e intenta protegerte por el aprecio que te tiene?

—¿Protegerme de qué? ¿De ti?

—No lo sé, pero esa chica es leal a los suyos, y está claro que te considera de los suyos, porque no consintió dejarte en mal lugar.

La satisfacción. Maldita sea. Ni el escalofrío, ni el alivio podían competir con la satisfacción que sintió al oírle decir eso. Fue entonces cuando lo supo: tenía un problema de dimensiones desproporcionadas entre manos.

Storm

El domingo por la tarde estaba en casa leyendo tranquilamente. Se había pasado la mañana en el ático de sus padres y Yellow y Violet la habían dejado para el arrastre. ¿Cómo dos cuerpos tan pequeños podían tener tantísima energía? Dios, estaba agotada y todavía tenía que revisar el correo. Estaba tan cansada que no podía ni levantarse a por el ordenador. El único esfuerzo que estaba realizando era el de alzar la copa de vino que se había servido cuando llegó y pasar las páginas de su libro. Arrugó la nariz al mirarlo. No le estaba gustando nada, pero era incapaz de abandonar un libro, aunque no le gustase. Su madre opinaba que era una pérdida de tiempo, con tantísimos libros como hay pendientes de ser leídos, pero a ella le provocaba tal remordimiento dejarlos a medias que siempre los acababa, aunque fuera leyendo a saltos.

Su móvil le avisó de que tenía un mensaje nuevo y lo cogió con curiosidad. A aquellas horas normalmente la dejaban tranquila, pues sus conocidos sabían que los domingos por la tarde eran especiales para ella. Necesitaba descansar, estar a solas, pasar un tiempo con ella misma. Cuando vio el nombre de Leo Parker en la pantalla sintió un sobresalto desagradable y, por descontado, inapropiado. No había pensado en él desde que se vieron en su casa. Bueno, no, eso no era cierto del todo. No había querido pensar en él, pero reconocía que le había resultado un tanto difícil. Recordaba su enfado y la curiosidad por saber qué fue lo que realmente le ofendió tanto la dominaba. Quería llamarlo y preguntar, pero algo le decía que ese interés no sería bien recibido. Al principio estuvo tentada de mandarle, al menos, un mensaje, pero al final se convenció a sí misma de que lo mejor era dejar pasar el tiempo. Calmar un poco las aguas. Al final, todo

volvería a la normalidad de un modo natural. No quería correr el riesgo de enfadarlo más con algún comentario fuera de lugar. Con respecto a Leo, desde la fiesta sentía que pisaba un campo de minas a su alrededor. Había pasado de estar completamente segura de la personalidad que tenía, así como los pensamientos que rondaban por su mente, y se había dado cuenta de que no solo estaba equivocada, sino que había pecado, no por primera vez en su vida, de fiarse de las primeras impresiones. Y lo peor es que en este caso esas impresiones habían durado años. No es que no lo conociera, sabía que lo hacía, pero había descubierto que había una faceta de Leo Parker que le era totalmente ajena. Una que había escondido de ella hasta el momento. Eso despertó su curiosidad, pero también su miedo. ¿Cuánto se había equivocado a la hora de juzgarlo?

Volvió a mirar la pantalla iluminada y no lo pensó más. Abrió el mensaje con cierta curiosidad y leyó.

Leo:

En el jacuzzi no ha estado ninguna mujer nunca. Ni en el resto de la casa, ya que estoy confesando.

Storm se quedó a cuadros. ¿A qué venía aquello?

Storm:

¿A qué viene esto, Leo?

Leo:

Me preguntaste cuantas mujeres había metido en el jacuzzi y te estoy respondiendo.

Storm:

¿Qué ha sido de eso de dudar entre seis o siete?

Leo:

Un hombre tiene todo el derecho del mundo de ser un imbécil de vez en cuando.

Storm luchó. Intentó no sonreír, pero la tentación ganó la batalla y se descubrió tecleando una respuesta y sin dejar de hacerlo.

Storm:

Bueno, te honra reconocerlo, pero me has mentido igualmente.

La respuesta no tardó ni diez segundos en llegar.

Leo:

¿En qué?

Storm:

Dices que no ha habido ninguna mujer, pero lo cierto es que el otro día había bastantes. Yo misma era una de ellas.

Leo:

Cuando tenéis la ropa puesta, no contáis.

Storm:

Acabas de perder los pocos puntos que habías ganado.

Leo:

Jajajaja. ¡Es broma, tormentita!

Storm:

Una broma de muy mal gusto.

Leo:

Intentaré refinar mi humor para que esté a la altura de una dama como tú la próxima vez.

Prometido.

Storm bufó. El problema de Leo Parker es que sabía cómo ganarse a la gente. Podía decir algo tremendamente inadecuado, y al minuto siguiente arreglarlo con una sonrisa encantadora y un par de frases con carisma.

Storm:

No soy precisamente una dama.

Leo:

¡Uf! Menos mal. Las damas me aburren lo indecible :)

Storm:

Idiota (:

Leo:

Ven a cenar a casa.

Storm:

¿Perdón?

Leo:

*Tengo una lubina que te llama a gritos. Ven a casa, estoy a punto de empezar a cocinar.
¿Quieres perderte ese espectáculo?*

Storm:

¿Espectáculo? ¿Piensas hacerlo desnudo?

Leo:

¿Eso quieres?

¿Qué estaba haciendo? Hablando de cosas inapropiadas: Aquello era muy, muy inapropiado. Del todo. Ella ya había superado la etapa de enamoramiento de Leo. Eran dos adultos sin ningún tipo de compromiso que podían cenar y... ¡Un momento! ¿Se estaba justificando? Sí, estaba haciéndolo. Era penosa.

Su dilema era tal que no contestó a Leo hasta que volvió a entrarle un mensaje suyo. Lo abrió con el pulso acelerado y se encontró con una foto de la lubina en primer plano, como si estuviese haciéndose un selfi.

Leo:

No me digas que no es comestible...

Lo intentó. Storm lo intentó con todas sus fuerzas, porque era del todo inapropiado, pero no pudo retener la carcajada que brotó de su pecho y resonó entre las paredes de su salón. Se tapó la boca y ahogó los sonidos de su propia risa, o lo intentó, pero no lo logró del todo.

Storm:

Eso ha sido una crueldad, teniendo en cuenta que piensas matarla.

Leo:

Ya está muerta, tormentita. Yo solo voy a darle un digno descanso... en mi estómago.

Storm:

¿Te has parado a pensar que esa lubina tendría una familia? La has despojado de sueños y

metas para comértela.

Leo:

Haremos un ritual antes, si así te sientes mejor. O me como yo las dos lubinas y a ti te pongo dos lechugas. ¡Soy un hombre abierto!

Storm rio a carcajadas y miró su atuendo. Tenía puesto un pantalón de chándal suelto y una camiseta de manga corta. Se levantó antes de tener tiempo siquiera de pensar en lo que estaba haciendo, cogió una sudadera blanca con un brócoli con carita sonriente estampado en el frontal, se calzó las zapatillas de deporte y salió de casa haciéndose una coleta, sin mirarse en el espejo del ascensor y convenciéndose a sí misma de que aquello no era una cita porque no se había arreglado lo más mínimo.

Cuando pisó la calle, para dar fuerza a ese pensamiento se echó a correr. Corrió hasta casa de Leo, de modo que llegó con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada. Saludó al portero, y mientras se dirigía a la entrada de su casa pensó que estaba justo como quería: desaliñada, informal, como una amiga cualquiera un domingo por la tarde. Cuando encontró a Leo apostado en el quicio de la puerta sonrió segura de haber logrado su objetivo.

—Joder, *tormentita*, ¿por qué parece que vengas de hacer una maratón de sexo?

Storm lo miró boquiabierta.

—¿Perdón?

—Labios hinchados, despeinada, jadeando... Si esa lubina no estuviera muerta, se moriría al verte.

Storm se mordió el labio con cierta culpabilidad. ¿Estaba hablando en serio o en broma? No tenía ni idea, y cuando vio a Leo desviar sus ojos hacia el gesto que acababa de hacer con la boca

su pulso se aceleró como si llevase corriendo una hora, en vez de unos minutos.

Bien, igual su plan no había funcionado tanto como ella pensaba...

Leo

Se había pensado durante horas si escribirle o no a Storm. Por la mañana el impulso de invitarla a comer fue tal que le costó una hora de correr en la cinta de su gimnasio privado el contenerse. Sin embargo, no cocinó las lubinas que tenía en el frigorífico. No sabía por qué. O sí, claro que lo sabía. No lo hizo porque quería invitarla a comer y hacer las paces. Por eso se pasó la tarde pensando si escribirle o no, y por eso cedió al deseo de verla y disculparse por haber sido tan capullo.

No esperaba que ella lo pusiera fácil, conocía a Storm y sabía que su personalidad jamás la haría comportarse como una chica dulce y sosegada, pero que se presentara en su casa así... Su cuerpo reaccionó de una forma tan violenta, físicamente hablando, que tuvo que agarrarse con fuerza a la puerta. Todavía estaba intentando asimilar el hecho de que Storm había removido ciertos pensamientos incómodos y ahora tenía que asimilar, de pronto, que su cuerpo reaccionara encendiéndose de manera desmedida solo con verla. No lo entendía. No entendía cómo, de repente, su cuerpo la reclamaba, como si la necesitara para seguir viviendo. De la misma forma que reclamaba un vaso de agua cuando estaba sediento. Era algo vital que nacía en lo más hondo de sus entrañas; algo que tenía que controlar, si no quería estropear las cosas. Leo no sabía lo que quería, o no estaba seguro de saberlo, pero sí sabía que no podía asustar a Storm dejándole ver el tipo de pensamientos que tenía últimamente. No todavía.

—Vengo en chándal y corriendo, Leo. Que eso te haga pensar en sexo me da una idea de lo necesitado que estás.

“Ni te imaginas cuánto” pensó para sí mismo. En cambio, sonrió y se adentró en su casa intuyendo que ella lo seguiría.

—Una mujer sudada y jadeando es una mujer evocando sexo, tanto si está en chándal como si

está con un camión de señora de 90 años.

—¿Y si la que jadeara fuera una señora de 90 años? ¿También te gustaría?

—Por supuesto.

Eso arrancó su risa y relajó un poco el ambiente. Entraron en la cocina, donde él tenía parte de la cena ya predispuesta.

—¿En qué te ayudo?

—Coge una botella de vino de la vinoteca, si puedes.

—De acuerdo. ¿Alguno especial?

—Confío en tu gusto.

Ella se encogió de hombros y fue hacia el mueble que le indicó, donde guardaba la vinoteca privada. No era un hombre de beber mucho alcohol, como buen deportista, se había cuidado siempre y solo tomaba alcohol o algo distinto del agua cuando estaba de vacaciones o en ocasiones especiales. Y aunque estuviera jubilado del juego profesional, pensaba seguir conviviendo con sus buenos hábitos, pero aquella le pareció una ocasión tan buena como cualquier otra para tomar una copa. Cuando Storm volvió abrió la botella y dejó caer el líquido en dos copas que cogió del mueble que él le indicó. En apenas unos minutos se movía por su cocina con tanta facilidad que Leo no pudo evitar el pensamiento. O más bien no quiso:

Pegaba allí. En su cocina. En su casa. Dios, se estaba volviendo completamente loco.

—¿Brindamos? —preguntó ella con una sonrisa.

—Claro. —Cogió su copa y la alzó frente a ella, que estaba al otro lado de la gran isleta de la cocina—. ¿Por qué lo hacemos?

—Por las paces, por supuesto.

—Por supuesto. —Imitó su sonrisa y dio un trago sin dejar de mirarla a los ojos—. Y bien, ¿cómo te ha ido esta semana?

—Trabajo, trabajo y más trabajo. —Leo frunció el ceño y ella se rio un poco—. No me quejo: me encanta mi trabajo.

—Eso es genial. Trabajar en lo que a uno le gusta siempre es un plus.

—¿Y tú? ¿Piensas trabajar en algo de ahora en adelante?

—No, trabajar como tal, no, pero estoy barajando algunas posibilidades...

—Ah ¿sí?

—Mmm, sí.

—¿Y qué posibilidades son?

Leo miró la pared del fondo, pensando si debería o no confiarle ese tipo de pensamientos. Podía parecer una tontería, pero no lo era. Esos pensamientos los había guardado solo para sí. Nunca les había dado alas y no había sido hasta esos días cuando había empezado a darles forma, pensando que podría ser una posibilidad a tener en cuenta.

—¿Leo? —su voz lo sacó de sus pensamientos—. Si no quieres contármelo...

—Quiero volver a estudiar.

Storm lo miró tan seria que parecía una estatua. Él se encogió de hombros y se movió por la cocina con agilidad y rapidez, que era como se movía siempre, incluso en la pista de hielo.

—¿Volver a estudiar?

—Eso he dicho —comentó un poco tenso, porque no sabía si le gustaba la incredulidad que denotaba su tono.

—¿Y qué quieres estudiar?

Se puso a la defensiva, porque estaba convencido de que ella creía que era una estupidez, y seguramente por eso le contestó de mal genio.

—¿Por qué lo preguntas como si tuviera intención de cruzar los siete mares a nado? ¿Tan raro

es que quiera estudiar?

—¿Qué? No, para nada. —Storm lo miró boquiabierto. Carraspeó y rodeó la isleta para acercarse a él—. Oye, no quería ofenderte.

—No soy estúpido. Tengo estudios, ¿sabes?

—Lo sé, Leo —murmuró—. Dios, no sé qué pasa últimamente, que no dejo de meter la pata contigo.

Storm cerró los ojos, visiblemente afligida, y Leo la vio tan consternada que la sujetó por los costados para que lo mirara.

—Eh, no, cielo. Perdóname. Es culpa mía. No sé qué pasa. No puedo dejar de ponerme a la defensiva, pero es que no quiero que pienses que soy un estúpido.

Ella abrió los ojos y lo miró con preocupación. Leo pensó que tenía los ojos más bonitos del mundo. Y un segundo después pensó cómo era posible que no se hubiese dado cuenta antes.

—Yo jamás pensaría algo así. Te he admirado desde niña, como deportista cuando no te conocía y como hombre cuando lo hice. Solo estoy sorprendida, porque no lo esperaba, pero creo que te honra querer aprender algo nuevo. Es maravilloso que tengas ansias de conocimientos.

—¿Lo es?

—Desde luego que sí. Admirable por demás.

Leo sonrió de medio lado y acarició su mejilla con el dorso de los dedos. Diantres, era hermosa. Hermosa en el sentido literal de la palabra. Sus labios estaban tan llenos, enrojecidos, en parte por el vino, pero en gran medida porque eran su color natural. Leo se preguntó cómo sería mordisquearlos suavemente primero, y un poco más fuerte cuando ella se encendiera. Se relamió literalmente de pensarlo y fue ahí donde la vio tragar saliva. Ese gesto hizo que la mirara a los ojos. Oscuras sombras se paseaban por ellos. Leo no sabía si era excitación lo que veía, o cierto miedo. Dio un paso atrás, pese a que su cuerpo le pedía que se pegara aún más, y carraspeó

cuando ella perdió un poco el equilibrio, maldiciéndose por no poder sujetarla, porque si lo hacía... si volvía a ponerle las manos encima iba a dejarse aún más en evidencia.

—Derecho —murmuró.

—¿Eh? —preguntó ella, aturdida.

Leo cerró los ojos. Saber que no era el único afectado después del momento que habían compartido no lo hacía más fácil. Al revés. Lo complicaba todo mucho más. Aun así, tomó su copa de vino, dio un sorbo y la miró con una sonrisa.

—Me gustaría ser abogado algún día. No sé si llegaré a ejercer, pero creo que es interesante aprender sobre ello. ¿Quién sabe? A lo mejor estás frente al nuevo *Perry Mason*.

Aquello pareció sacarla de su estado de letargo y confusión. Soltó una risita, alzó su copa y le guiñó un ojo.

—Brindo por eso.

Bebió un trago que, según la opinión de Leo, era más largo de lo normal, pero no podía culparla, porque él mismo sentía la boca completamente seca.

Echó un vistazo al horno, a las lubinas, y se preguntó cómo iba a aguantar el resto de la cena sin que su cabeza y su cuerpo se fuesen por derroteros nada aconsejables.

Storm

¿Qué estaba pasando? Storm sentía que la situación se le escurría entre los dedos. Su pulso se aceleraba con cada mirada de Leo, como cuando tenía 14 años, pero había algo distinto. Algo oscuro y cargado de un sentimiento espeso e intenso: el deseo. Lo deseaba con tanta fuerza que dolía, y no lo entendía, porque se había pasado años intentando alejarse de los sentimientos que un día tuvo por él. Y lo peor es que cuanto más pensaba en ello, más claro tenía que de niña no había estado realmente enamorada. O puede que sí. Cuando lo conoció sentía que él era el universo entero. Se pasaba las horas despiertas soñando con él. Lo seguía en las redes sociales y se sentía especial porque él la seguía a ella. Lo hacía porque era la hija de su amigo, vale, pero de todas formas lo hacía que era lo importante. Podía dar envidia a las chicas de su clase, con las que nunca se llevó especialmente bien, porque muchas de ellas no aceptaron que Storm viniese de un mundo pobre. La trataban como si fuera una rata apesetosa, o al menos lo hicieron hasta que Leo fue un día a recogerla al instituto. Llegó con gafas de sol y conduciendo el deportivo que tenía por aquel entonces. Sonrió a las chicas, pero la llamó a ella. La llamó y le guiñó un ojo cuando captó su atención: “Sube, cariño. Tengo planes para ti”. Storm casi se desmayó cuando lo vio allí y le dijo aquella frase. Diseccionó tan a fondo cada palabra durante los meses siguientes que se volvió un acto obsesivo. Era una chiquilla enamorada de un imposible, ahora lo sabía, pero en aquel entonces le pareció que Leo era Dios. Al día siguiente de que la recogiera, las chicas empezaron a hablarle. Storm no era tonta, sabía que lo hacían por conveniencia, igual que sabía que Leo lo había hecho porque seguramente sus padres habían comentado que no tenía amigos. Una parte de ella soñaba con que el día anterior hubiese sido distinto. Que al recogerla la habría llevado a algún lugar privado y allí se hubiesen besado durante horas. Puede que algo más, porque Storm estaba segura de que lo habría dejado llegar tan lejos como quisiera. Después de todo, Leo era un hombre, y no un niño como los que había en su colegio.

Para su decepción, el jugador de hockey la llevó a comprar un helado y luego pasearon por Central Park hasta que se cansaron. La llevó a casa sana, salva y sin darle más que un triste beso en la mejilla. Un beso con el que soñó durante meses, sí, pero no el beso que ella hubiese esperado.

—Ey, ¿estás aquí, conmigo?

Storm salió de sus pensamientos y se encontró con los ojos de Leo muy cerca de ella. Tanto que se sobresaltó.

—¿Eh? Sí, perdona.

—¿A dónde fuiste? —preguntó con sorna—. ¿Fue divertido el viaje?

—En realidad, sí. Pensaba en una escena que vivimos juntos hace unos años.

Se arrepintió nada más decirlo, pero ya no podía retractarse. Tenía que ser valiente y afrontar la conversación que iban a tener. Porque estaba claro que Leo no lo dejaría correr.

—¿Cuál de todas ellas?

Podría haber mentido. Lo tenía fácil. Solo tenía que hablarle de alguna de las muchas reuniones familiares en las que Leo se había colado. Cumpleaños, fiestas navideñas e incluso algún Halloween en el que Leo se sumó a recoger caramelos con ella y sus hermanos pequeños. Podría haber mentido, pero no lo hizo, porque si de algo estaba orgullosa Storm era de ser una mujer sincera y valiente. No se escondía y tampoco pensaba que fuera nada malo, así que confesó la verdad.

—No sé si lo recordarás, pero cuando empecé a estudiar en el colegio nuevo, poco después de llegar aquí, te pasaste una vez para recogerme.

—Lo recuerdo —admitió—. Tus padres me dijeron que no tenías muchos amigos y pensé que quizá te ayudaría un poco a impresionarlos que yo te recogiera.

—Eres tan humilde...

Leo rio en alto y alzó las manos antes de dar un trago al vino.

—Solo digo la realidad, cariño.

Ella puso los ojos en blanco, pero él se acercó más y le dio un toque cariñoso en el hombro.

—Adelante, ¿qué pasó con ese día? Lo pasamos bien, ¿no? Recuerdo que fuimos a pasear.

—Sí, exacto. El caso es que estaba pensando que, gracias a aquella interrupción tuya, me pasé meses fantaseando contigo. —Leo se quedó petrificado, con la copa a medio camino de su boca, y Storm no pudo evitar echarse a reír—. Oh, vamos, eres perfectamente consciente de que estuve loca por ti durante un tiempo.

—Eh... Bueno, sí, algo intuía, pero pensaba que era una chiquillada.

—Lo era, y ahora lo sé, pero en aquel momento para mí era increíble y poderoso. Te tenía tan idealizado que no sé cómo diantres no te subí a un altar. —Leo rio y ella lo hizo con él—. Me llamaste “cariño” cuando me recogiste aquel día.

—¿Lo hice?

—Lo hiciste. Obviamente no había una connotación sexual tras aquel apelativo. Siempre fuiste muy cariñoso conmigo, pero aun así... mi corazón se paró cuando lo oí, y luego me pasé meses recordando aquella frase y fantaseando sobre los distintos finales que podría haber tenido nuestro paseo.

—¿En serio? —preguntó Leo, acercándose a Storm con una sonrisa peligrosa—. Y dime, ¿con qué fantaseabas?

—Oh, cosas muy malas que no debería pensar ninguna niña de 14 y 15 años, que fue el tiempo que estuve enganchada a ti.

—¿Tan malas como para haberte buscado problemas? —murmuró cerca de ella. Muy cerca. Tanto, que el calor empezó a hacerse insoportable.

—Tan malas como para que mi padre te hubiese arrancado la cabeza, de haberse dado cuenta

de lo que provocabas en mí.

Leo no sonrió, gesto inequívoco de que estaban traspasando algunas líneas. Y aun así, no se detuvo. Debía estar loca, pero no lo hizo y, en aquel momento, ni siquiera le importó saber que se arrepentiría de aquello.

—Cuéntamelo —susurró con voz ronca. Oscura.

—Eran tonterías de adolescente. Pensaba que te habría dejado llegar tan lejos como quisieras. —Él ahogó un juramento y Storm rio—. Quizá no eran tonterías de adolescente...

—No te habría tocado ni un pelo de la cabeza —susurró Leo.

Fue como un jarro de agua fría para Storm. Todo el deseo que había aflorado gracias a los recuerdos y su acercamiento de esa noche se vio apagado por sus palabras. Leo debió notarlo, porque cuando Storm intentó alejarse abruptamente la paró, sujetándola por el brazo.

—Soy consciente de que no me habrías tocado ni aunque te lo hubiera rogado, pero podrías haber sido un poco más delicado y...

—No te equivoques —le dijo él, añadiendo el otro brazo a la sujeción—. No te habría tocado porque eras una cría y la hija de un buen amigo mío, no porque no fueras absolutamente preciosa. —Storm lo entendió, pero aun así sintió vergüenza por sus sentimientos. Intentó alejarse de nuevo, pero él no la dejó—. Ni siquiera fui consciente de que tenías deseos adultos. Para mí eras una niña gruñona y adorable que había sufrido más de lo que nadie debería sufrir nunca. —Acarició sus sientes, apartando los pelos rubios que se habían salido de su coleta—. Sin embargo, soy muy consciente de que ya no eres ninguna niña...

—¿Qué quieres decir?

Leo habló con voz baja, pero su tono fue tan electrizante que erizó el vello de todo el cuerpo de Storm.

—Quiero decir que, si ahora pudiera recogerte de cualquier lugar público, y te llamara

“cariño” lo haría con intenciones muy, muy distintas a las que tenía por aquel entonces...

Leo

Aquello estaba mal. Estaba fatal, pero si Leo tenía una cosa clara era que no iba a detenerse. Más que saberlo, lo sentía. Había algo dominándolo y nublando su razón. Algo que lo impulsaba a acercarse más a Storm. No era algo nuevo y que lo pillara por sorpresa. No después de cómo había reaccionado en su propia fiesta. No sabía cómo ni de qué manera había sucedido, pero sabía que había surgido algo poderoso entre ellos.

Lo que le había dicho a Storm era cierto. Antaño, cuando la recogió en el instituto, no tenía por ella pensamientos más allá del cariño que le profesaba por ser hija de su amigo. Era una niña para él, no la vio como a una mujer porque no lo era y no se arrepentía de eso, porque era del pensamiento de que los menores eran sagrados y jamás deberían despertar ese tipo de sentimientos.

Ahora bien, era muy consciente de que Storm ya no era ninguna niña. Era una mujer hecha, derecha y preciosa que conseguía que a Leo le palpitara el corazón y el cuerpo ante su mera presencia. No le daba la razón por dársela, o contentarlo. No, ella le declaraba la guerra cada vez que se pasaba de la raya y eso le volvía loco, para bien y para mal. Para bien, porque significaba que tenía con él la suficiente confianza como para ser ella misma, y para mal porque no estaba acostumbrado a que las mujeres no cumplieran sus deseos siempre, por mal que sonase.

Storm era... Era una tormenta, como su propio nombre indicaba. Había aprendido con años de estudio y experiencia a manejar su intensidad, pero seguía siendo una mujer arrebatadora, de un carácter indomable y fuerte. Era decisiva, oh, lo era... No había nada que se propusiera que no consiguiera. Y por alguna razón inexplicable Leo se encontró deseando que Storm decidiera ir a por él. Que lo pusiera en su próxima meta y no lo dejara ir de ninguna de las maneras. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pese a saber que su padre pondría el grito en el cielo si supiera que estaba pensando de ese modo en su niña. ¡Sus propios padres lo reprenderían, probablemente!, pero en

aquel momento... en aquel momento solo le importaba ella y el momento que estaban viviendo.

—¿Y me llevarías a comer helado, como entonces? —preguntó ella sin apartar la vista de sus labios.

Se moría por besarla. Ya era un hecho y no pensaba engañarse más. Besarla era una cuestión de vida o muerte.

Si no lo conseguía, acabaría calcinado por su propio deseo.

—Oh, te llevaría, solo que con intenciones ocultas.

Su ceja se disparó al mismo ritmo que el deseo de Leo.

—¿Qué intenciones ocultas puede haber en un helado?

—No me digas que ningún hombre te ha llevado a comer helado nunca.

Storm pareció pensarlo seriamente, pero acabó negando con la cabeza y riéndose.

—Los hombres, por lo general, quieren algo un poco más... adulto que un helado.

—Invitar a una mujer a un helado puede ser una de las experiencias más *sexys* en la vida de un hombre —susurró él con voz ronca—. Por ejemplo, yo ahora mismo no dejo de imaginarte lamiendo un cucurucho... —Storm se mordió el labio inferior y él no pudo detener el gemido que pugnó por salir de su garganta—. Me genera una curiosidad insana saber si eres de las que lamen, o directamente muerden.

—Eso depende de las ganas de helado que tenga —murmuró ella con la voz más erótica que Leo había oído nunca—. Si tengo muchas, muchas, muchas ganas... se me escapan mordisquitos.

Leo cerró los ojos. Tuvo que cerrarlos ante el latigazo que recorrió su espalda.

—¿Eres ansiosa con el helado, Storm?

—Vuelvo a responderte lo mismo. Depende de las ganas que tenga...

Leo enmarcó su rostro entre las manos y acarició sus mejillas con los pulgares.

—¿Y cuántas ganas tienes ahora?

—¿De helado? No muchas —admitió—. De otras cosas... muchas.

—¿Qué otras cosas? —preguntó él, queriendo que hablara claro.

—Cosas que me hacen pensar en lamer, y morder, y repetir hasta que se me quiten las ganas, que son muchas.

Leo no pudo aguantarlo más. Estampó su boca en la de ella y pegó su cuerpo, grande y musculado, al menudo pero perfecto de ella. Y encajó, Dios, de qué manera encajó en su cuerpo. Como si lo hubiese estado esperando la vida entera. Los labios de Storm sabían a vino y un aroma intenso llegó a sus fosas nasales. Su perfume, seguramente. Eran tiernos al tacto, pero exigentes y demandantes, cosa que volvía loco a Leo. Storm subió las manos por su torso, con las palmas abiertas y acariciando sus pectorales hasta llegar a su cuello y enredar los brazos detrás de su nuca. Se abandonó al beso de tal forma que Leo se mareó, porque jamás había sentido antes que una mujer le hiciera sentir así: febril, necesitado, tembloroso. Era un amasijo de necesidades y sentía que, si no les daba salida de manera inmediata, acabaría carbonizado.

—Storm... —Era consciente de que sonaba tal y como se sentía.

Ella no se apartó, sino todo lo contrario. Intensificó el beso y pegó sus perfectos pechos a su torso. Pudo notarlos incluso a través de la sudadera y juraría que sus pezones estaban clavándose en su cuerpo. Leo se volvió loco. Bajó las manos hasta su culo y la apretó contra él, alzándola y clavándole la erección que ya tenía en la barriga. Pensó por un breve momento que la asustaría, pero ella volvió a sorprenderlo gimiendo y arqueándose para frotarse contra él.

La deseaba. Dios, la deseaba tanto que dolía y necesitaba tenerla en aquel mismo instante. Se separó de ella para quitarse la camiseta de un tirón y pegar su frente a la de ella.

—Quiero follarte. Necesito follarte, nena.

Pensó que tendría que haber sido más delicado, usar otra palabra o ser un poco más dulce,

pero Storm le respondió con un gemido y mordió su cuello con tanta fuerza que Leo supo que le dejaría marca. Lejos de quejarse, jadeó y la alzó en brazos, enroscando sus piernas alrededor de sus caderas.

—Sí... sí... —gimió ella con una voz tan necesitada que a punto estuvo de volverse loco.

La subió en la isleta, incapaz de llegar más lejos, y le sacó la sudadera por la cabeza a toda prisa. Debajo solo tenía un pequeño top del que se desprendió de un tirón, igual que del sujetador. Sus pechos... Dios. Sus pechos eran la cosa más bonita que había visto nunca.

—Quiero comerte aquí —susurró acercándose a uno de sus pezones—. Quiero lamerlo, morderlo, chuparlo y hasta restregar mi polla contra ellos en cuanto tenga más tiempo.

—Oh, Dios... —Storm echó la cabeza hacia atrás y él aprovechó para raspar sus pezones con dientes y barba.

—¿Quieres que lo haga? —Ella no contestó y él los sopesó con las manos antes de juntarlos—. ¿Quieres que ponga mi polla aquí, nena? Joder, me encantaría verla deslizarse entre estas dos preciosidades.

—Sí... —gimió—. Sí, Leo, por favor...

Él subió lo justo para morder su cuello pillándola desprevenida con la misma intensidad que había recibido el mordisco minutos antes. Storm siseó, pero gimió y se agarró a su espalda.

—Te lo debía —le murmuró junto a su oído—. Ahora ya estamos en paz... Al menos, de momento.

Storm lo agarró por la nuca, enredando los dedos en su pelo, y sonrió con tanta altanería que a punto estuvo de clavarla de rodillas.

—Vas a tener que compensar ese bocado.

Lo haría y sería feliz haciéndolo, pensó. No se lo dijo, porque estuvo seguro de que su sonrisa fue más que suficiente, pero bajó de nuevo a sus pechos y los chupó, mordió y lamió hasta

que ella le suplicó más.

Y pensaba dárselo, pero de pronto una alarma comenzó a sonar sobresaltándolos y haciendo que se pusieran rígidos.

Leo miró en derredor y solo entonces se percató del humo que salía del horno.

—¡Joder! —exclamó al tiempo que abría la puerta y sacaba con cuidado la bandeja con las lubinas calcinadas.

El sonido era infernal y no tenía ni idea de cómo apagarlo, dado que la casa era nueva. No sabía a quién podía llamar a aquellas horas, pero se fue corriendo al cuadro de la alarma y tocó todos los botones, aunque no consiguió silenciarlo. Volvió a la cocina desesperado y vio a Storm subida en una silla, ella tocó algo del detector y el ruido cesó de inmediato, dejándolos con una cocina llena de humo y a ambos desnudos de cintura para arriba.

Storm bajó de la silla y lo miró, ya sin rastro de la excitación que habían sufrido minutos antes. Él intentó calmarse en general, pero la visión de sus pechos lo distraía tanto que le estaba resultando difícil.

—Reconozco que esto nunca entró en mis fantasías —murmuró ella.

Leo quiso evitarlo, pero fue complicado. La carcajada salió de su cuerpo mucho antes de poder frenarla y antes de darse cuenta los dos reían de manera descontrolada.

Sin duda, estaba siendo uno de los días más surrealistas de toda su vida.

Storm

Impresionante ni siquiera empezaba a definir la situación. Habían estado a punto de hacerlo en la cocina. ¡Sobre la isleta! Storm no sabía si estaba más alucinada, contenta o excitada. Si el maldito detector de humo no hubiese sonado, ahora mismo ella lo tendría dentro de su cuerpo. Cerró los ojos ante el recuerdo de la erección de Leo clavada en su estómago y deseó ir hacia él y acabar lo que habían empezado. El problema era que cuando abrió los ojos se encontró con que ya no estaba igual de receptivo. No sabía lo que era, pero había algo en su mirada que le dio a entender que lo que acababa de pasar había sido un lapsus y no pensaba repetirlo, o eso le pareció a ella.

—Voy al baño...

Se escabulló después de coger su sudadera y se maldijo frente al espejo, porque él no había hecho amago de seguirla. De hecho, se había quedado allí, de pie, mirándola y sin decir nada. La vergüenza estaba empezando a hacer mella en Storm. ¿Qué había sido de eso de tener cuidado con Leo? Ya había sufrido suficiente de adolescente, y Storm no era tonta, sabía que lo que sentía entonces no estaba ni siquiera cerca de lo que podía sentir ahora si se dejaba ir. No, ya había sufrido una vez los desaires de Leo. Estaba segura de que él no había pretendido herirla nunca. Como bien le había explicado, cuando era niña no pensaba en ella como en una mujer, y ahora, desde la perspectiva que le daba la edad adulta, podía entenderlo. De hecho, pensaba que, de haber cedido en su juventud, habría sido un pervertido, porque él tenía veinte años y ya sabía lo que se hacía.

Estaba bien, Storm entendía perfectamente las razones y las compartía, pero seguía pensando que no era buena idea enredarse con él. Ya cayó enamorada una vez, si repetía aquello... Bueno, sabía que esta vez no bastarían batidos y música triste para animarla, como en aquel entonces. Esta vez ella podría quedar para el arrastre. Y siendo sincera consigo misma: había visto lo que

Leo hacía con las mujeres. No es que las usara, porque ellas eran muy conscientes de que no podían esperar mucho de él, pero aun así algunas se enamoraron, protagonizaron escándalos al insultarlo públicamente o fueron a decir barbaridades a los programas amarillistas. Creía firmemente que Leo no tenía ninguna culpa en nada de aquello, porque no les hacía promesas, ¿pero quería ser el tipo de mujer que se prestaba a mantener sexo sin ningún tipo de compromiso? La respuesta llegó rápida: NO.

Ella no quería tener sexo sin compromiso y como si no fuera más que un acto físico. Había visto eso en su madre demasiadas veces. Quizá por eso no tenía tanta experiencia como podría esperarse. A lo mejor tenía un problema con el sexo, aunque su terapeuta dijera que no. Lo que estaba claro es que no era una mujer dispuesta a acostarse con un tío para luego olvidarse. Mucho menos con alguien como Leo Parker, que era amigo de su familia. También de ella. No debía perder eso de la perspectiva: Leo era su amigo y ella no quería que desapareciera de su vida. Cuando salió del baño se sentía un poquito más segura. Por desgracia, eso duró hasta que vio el hematoma que había hecho en el cuello de Leo. Si ya se veía claramente, no quería ni pensar cómo estaría al día siguiente. Instintivamente se llevó la mano al cuello, donde él la había mordido, y supo que tendría que ir a trabajar unos días con prendas que la abrigaran, quizás en exceso, aunque hiciera buen tiempo.

—He pedido pizza —dijo él con una pequeña sonrisa.

Qué guapo era. Era tan guapo que se su mente se obnubilaba, aunque no quisiera. Tragó saliva y se acercó a él intentando parecer calmada.

—Bien. —Se quedaron en silencio y Storm se odió por ello, del mismo modo que odió que él no diera un paso hacia ella para estrechar la distancia—. En realidad, no tengo mucha hambre.

—No hagas eso, *tormentita*.

—¿Hacer qué?

—Alejarte de mí como si fueses un gatito asustado.

—No estoy asustada.

La ofensa que sintió fue tal que elevó la barbilla en gesto desafiante. Era algo que había aprendido de pequeña, cuando su madre la hería profundamente con sus palabras.

—No quería ofenderte —murmuró él antes de coger aire y soltarlo lentamente—. El caso es que tengo la sensación de que, diga lo que diga, voy a salir mal parado. ¿Me equivoco?

Storm no supo qué contestar y él sonrió, aunque fue una sonrisa triste, como si le doliera que ella pensara mal de él.

—Me quedo, pero en cuanto cene me marchó.

Él sonrió otra vez, pero, de nuevo, no fue una sonrisa que llegara a sus ojos. De hecho, el tiempo que tardó la pizza en llegar fue denso e incómodo. Storm no podía dejar de mirar la encimera de reajo y Leo no dejaba de mirarla a ella, como si estuviera estudiándola. O como si fuera una extraña, lo que era absurdo, porque hacía años que se conocían.

Cuando por fin llegó la cena Leo pagó y entró en el salón.

—Pensaba comerla en la isleta, pero a lo mejor no quieres que te recuerde lo que hacíamos hace un rato...

Su tono hosco y algo frío la hirió. ¿Por qué estaba intentando culparla de todo? ¡Los dos se habían dejado llevar!

—Puedo cenar en la isleta sin que las ganas de arrancarte la camiseta me devoren, tranquilo.

Él hizo una mueca, pero no contestó. Se sentaron y empezaron a comer en silencio, enfadados. Storm no lo entendía. ¿Cómo podía ser que en tan poco espacio de tiempo pasaran de unas emociones positivas a otras negativas con esa facilidad? Eran expertos en complicarse la vida. No había más. Eso, unido a que él se arrepentía de lo ocurrido tanto o más que ella fue el determinante para cenar cuanto antes y poder así marcharse a casa.

Un rato después, cuando por fin acabaron y se levantó para despedirse, él la paró cogiéndola

por el brazo.

—No sé qué estás pensando, pero antes de irte quiero que sepas lo que estoy pensando yo.

Storm se preparó para el rechazo, como se había preparado toda la vida. Primero de su madre, que siempre la vio como un obstáculo para alcanzar sus pobres metas, más tarde esperó el de su tía Blue, aunque ese no había llegado nunca, sino todo lo contrario, y ahora esperaba el de Leo. Se dio cuenta entonces de que adoptaba esa actitud sobre todo cuando la gente que iba a rechazarla le importaba. Y Leo le importaba. Era un hecho. Puede que no estuviera enamorada de él, pero podría enamorarse a la velocidad de un rayo si sentía ciertas esperanzas. Quizá después de todo fuera buena idea que la rechazara. A lo mejor así podría seguir con su vida, encontrar un hombre que la comprendiese y que no despertase su pasión tan desmedida. Tendría una historia de amor más tranquila y dulce, porque con Leo nada era tranquilo, ni dulce.

—Adelante —dijo cuando se dio cuenta de que él estaba esperando que ella aceptara sus palabras.

—No me arrepiento de lo ocurrido —dijo entonces, dejándola con la boca abierta—. Si por mí fuera, ahora mismo estarías sin ropa y conmigo clavado en tu interior. Joder, solo pensarlo hace que me ponga duro como una piedra.

Storm no quiso hacer caso del ruido que su sangre hizo al burbujear rápida y potente por sus venas, acelerando su pulso.

—¿Pero...? —preguntó con un poco de malicia y frialdad, porque no quería que él se diera cuenta de cuánto la afectaban sus palabras.

—Pero quiero que estés segura de qué es lo que quieres tú, y cuando lo decidas, quiero que sea algo más intenso que un aquí te pillo, aquí te mato. Quiero follarte con tanta fuerza como quiero que entiendas que no haré esto si no estás segura de dar el paso conmigo.

Storm tragó saliva e intentó mantenerse estable y serena. ¿Qué podía responder a algo como eso?

Leo

Necesitaba una respuesta. La necesitaba tanto que empezó a pensar seriamente que si no se la daba se volvería loco. Storm no dejaba de mirarlo con sus grandes y preciosos ojos, más tormentosos que nunca. Jamás un nombre le había ido mejor a una chica que el suyo a ella.

Leo era consciente de que las cosas con ella nunca eran fáciles. No era una mujer que se hubiese criado en un hogar estable, como él. Storm había sufrido el abandono de su padre, las adicciones de su madre, junto con su rechazo y mal comportamiento y por último la adaptación a una vida con Blue. Realmente, llevaba diez años viviendo bien y siendo querida, y eso podía parecer mucho, pero para alguien que había sufrido tanto era poco. El quería más. Quería... No sabía bien, pero conforme pasaban los minutos sentía que quería mucho más de Storm. No se iba a conformar con follársela una vez, eso lo tenía claro, pero pensar en algo más le asustaba. Seguramente porque nunca se había comprometido con ninguna mujer. Y aun así estaba deseando que ella dijera que sí, que quería algo más con él. No lo entendía. No comprendía lo que le pasaba, pero sabía que quería pasar tiempo con ella, besarla hasta aburrirse y... No, espera, él no se aburriría jamás de besarla. ¿Cómo iba a aburrirse, si tenía una boca perfecta para besar, morder y chupar? Aquello inmediatamente le hizo pensar en sus pechos y no puedo evitar mirarlos, aunque ella ya tuviera la sudadera. Sabía que estaban bajo la tela, perfectos, con sus pezones pequeños y rosados, que tan bien se habían adaptado a su boca. Dios, no podía seguir por ahí. No podía, porque de verdad necesitaba antes una respuesta de Storm.

—¿Qué significa algo más intenso? —preguntó ella finalmente. Leo intentó contestar, pero lo interrumpió— ¿Te refieres a... azotes o algo así? Porque no me van.

La miró petrificado. ¿Eso es lo que había entendido? Dios. Oh, Dios, no sabía si reír o llorar. ¿Cómo podía ser tan estúpido? La miró cargado de frustración por no poder hacer que ella lo entendiese bien y procuró dejarlo lo más claro posible.

—No, joder, no me refiero a eso. —Se cortó un momento y elevó una ceja—. Aunque imaginar tu precioso culito azotado por mi mano... —Ella se encendió y él sonrió—. Sin dolor, nena, solo... —Cerró los ojos—. No estoy haciéndolo bien.

Cogió su mano, la llevó hacia el sofá y se sentó con ella a una distancia prudencial, porque se conocía y estaba a un paso de asaltar su boca, y el resto de su cuerpo, otra vez.

—Leo, no te estoy entendiendo...

—Lo sé, y es culpa mía, porque me estoy explicando fatal. Me refiero a que quiero algo más intenso en todos los sentidos. No quiero que sea solo follar por follar, ¿entiendes?

Storm lo miró evidentemente confusa.

—¿Te refieres a... una relación?

¿Se refería a eso? Leo no lo sabía, lo que era absurdo, porque se suponía que él tenía que saber qué estaba intentando decirle. El problema es que nunca había tenido con ninguna mujer algo serio y ahora, con ella, no sabía si era eso lo que quería. Tragó saliva e hizo lo mismo que hizo cuando decidió dejar el hockey: se imaginó sin ella.

Y fue curioso, porque cuando hizo esa prueba con el hockey se dio cuenta de que podía vivir bien sin practicarlo de manera profesional. Estaba en lo más alto, tenía algunas lesiones que cada vez pesaban más y podría seguir patinando como aficionado si lo dejaba a tiempo. Si lo hacía más adelante nadie le aseguraba que no acabara con una lesión permanente que le impidiera subirse sobre unos patines, así que la decisión fue relativamente sencilla.

Ahora, en cambio, al imaginarse a sí mismo perdiendo a Storm algo dolió en su pecho. Bueno, decir que dolió igual es quedarse corto. Sintió como si lo abrieran en dos con una motosierra y...

¡Dios! ¿Qué le estaba pasando?

Perderla no era el camino. Eso ya estaba claro, porque incluso la respiración se le había

agitado al imaginarlo. ¿Entonces? ¿Cuál era la otra opción?

Miró los preciosos ojos de Storm y sintió, por primera vez en toda su vida, que la respuesta estaba tan clara como el agua.

—Supongo que sí. —El asombro tintaba incluso su voz—. Storm, yo... nunca he tenido una relación. Sexo sí, mucho, pero una relación, no. —Su confusión fue tal, que ella sonrió—. No es gracioso.

—No lo es —pero rio con tantas ganas que él se sintió aún más confuso. Cuando estaba a punto de preguntarle, se levantó y comenzó a caminar por el salón—. Perdón, perdón, es que... Estamos justo al revés, Leo.

—¿Cómo?

Ella sonrió de nuevo, se acercó a él y habló, pero al hacerlo se ruborizó tanto que Leo tuvo que hacer un acto heroico de contención para no besarla.

—Tú tienes mucha experiencia en el sexo, es lo que se te da bien, pero no tienes ni idea de cómo mantener una relación. Y yo... —Se paró en seco, lo miró a los ojos y se levantó de nuevo, visiblemente incómoda—. Bueno, el sexo no es lo mío.

—¿Perdón? —preguntó, confuso—. ¿Cómo que no es lo tuyo?

Storm se encogió de hombros, como si con eso bastase.

—No se me da bien. No me gusta demasiado, tampoco. —Leo no daba crédito a lo que oía, y debió notarse, porque ella se puso a la defensiva—. ¿Qué pasa? No todos disfrutamos arrancándonos la ropa en cuanto se presenta la oportunidad. Algunas personas disfrutamos más de otras cosas, como la charla agradable o actos que precisen de menos... pasión.

—¿Menos pasión? —preguntó antes de soltar una carcajada—. No hay nada en esta ciudad menos pasional que tú. Eres fuego, Storm.

—Eso no es verdad.

—Lo es. —Se levantó y se acercó a ella, pero se paró cuando la vio alejarse a toda prisa—.
¿Qué diantres pasa? Dime la verdad.

—Esa es la verdad. No me gusta el sexo.

—Y una mierda.

—Esto no es de discusión, Leo. Te estoy hablando completamente en serio. Si quieres tener algo conmigo, es mejor que te quede claro.

—¿Qué tiene que quedarme claro? ¿Que no te gusta el sexo?

—Exacto.

—¿Y qué ha sido lo de hace un rato, entonces?

Ella lo miró como si le hubiese disparado en medio de las cejas. O como si le estuviera diciendo que las fresas, en realidad, saben a manzana.

—Eso ha sido otra cosa...

—Sí, en eso estamos de acuerdo. —Se acercó a ella nuevamente y esta vez no se alejó cuando la vio tensarse. Sujetó su cara con las manos y acarició sus mejillas—. Ha sido otra cosa, porque nunca en mi vida he tenido tantas ganas de acostarme con alguien, pero también ha sido sexo.

—No.

—Sí. Oh, sí, nena. Sexo duro y caliente como el fuego. Lo habría sido, al menos, si las lubinas no se hubiesen quemado.

—¿Y entonces por qué has parado?

Leo se quedó congelado. Allí estaba el *quid* de la cuestión. Storm, por alguna razón, pensaba que él no estaba interesado en el sexo con ella. Había un reto en su mirada que pocas veces había encontrado, pero eso no le disgustó. Leo era un hombre que adoraba los retos, así que solo sonrió y besó sus labios con fuerza y rapidez, porque si se demoraba mucho en ellos no podría volver a

separarse, o eso intuía.

—He parado porque pensé que la casa se iba a echar a arder.

—Pero no has querido seguir y...

—No he querido porque, como te he dicho, esto es algo más intenso. No voy a follarte la primera vez sobre la encimera. —Storm se ruborizó y él sonrió, pagado de sí mismo—. La segunda, puede que sí, pero no la primera.

El fuego que vio arder en sus ojos fue todo lo que necesitó para saber que acababa de tomar la elección adecuada: con Storm no bastaba con el sexo. Con ella debía tenerlo todo, aunque tuviera que aprender a lidiar con sus sentimientos por el camino.

Storm

Dos días después de su inusual encuentro con Leo, Storm se encontraba frente al espejo repasando su atuendo. Se había puesto un vestido negro y liso por encima de la rodilla, porque aprendió años atrás que el negro era elegante y Storm no era una mujer que supiera demasiado de moda. Oh, no era estúpida, por supuesto, pero saber qué lo que se estilaba no estaba entre sus pasatiempos favoritos. Quería acertar con su vestuario y había aprendido algunas cosas básicas como, por ejemplo, que el negro siempre era una buena elección. Y, aun así, tuvo la certeza de que Leo la desnudaría con la mirada, aunque se pusiera su chándal más desgastado.

Iba a tener una cita con Leo Parker. Se lo repetía mentalmente cada cierto tiempo, pero la verdad es que no acababa de creérselo. No entendía bien cómo habían llegado a aquella situación, pero aquella mañana, cuando Leo le había escrito para pedirle una cita oficial, ella no había podido negarse. Tal vez estuviera cometiendo un error. Probablemente así fuera, pero tenía la oportunidad de saber cómo podían ser las cosas con Leo y no quería echarla a perder. Quizás, se dijo, después de un par de citas con él dejara de endiosarlo y podría volver a su vida. A lo mejor solo era cuestión de tiempo que se aburriera.

Sonrió mirando al espejo: no. Eso no era cierto. Ella sabía muy bien que olvidar a Leo no sería tarea sencilla, pero aun así estaba dispuesta a correr los riesgos que suponía salir con él. Storm se dijo que probablemente tuviera más genes de su madre de los que le gustaría, porque era evidente que sentía una atracción poderosa hacia todo lo que no debía.

Dos noches atrás, cuando salió de casa de Leo tenía la mente tan confusa y embotada que apenas si fue capaz de pensar algo coherente con respecto a lo que acababan de vivir. Storm pensó que necesitaba tiempo, solo eso, pero allí estaba, igual de confusa y a punto de salir a cenar con él.

Cuando el portero la avisó de que Leo estaba abajo le pidió que no lo dejara subir, porque algo le decía que si volvían a encontrarse en un lugar sin público les costaría salir, y aunque una parte de ella deseaba saber hasta qué punto podían ponerse interesantes las cosas entre ellos, la otra tenía tanta curiosidad por saber cómo sería una cita con Leo Parker que ganó la batalla.

Bajó después de coger su bolso, se contoneó a conciencia sobre sus tacones y se dijo a sí misma que no había nada mejor que unos buenos 12 centímetros para hacer sentir a una mujer poderosa.

Cuestión de perspectiva, supuso.

Leo la esperaba junto al portero mientras le daba conversación sobre hockey, algo que no sorprendió a Storm. Si en algo no se había equivocado con él era en el hecho de que se mantenía cercano con sus seguidores. Storm siempre valoró que no se le subiera la fama a la cabeza hasta el punto de tratar mal a los que, en teoría, estaban por debajo. Leo tenía todo el dinero del mundo, pero no había olvidado de dónde provenía, o eso le gustaba pensar a ella.

—Fíjate en eso —le dijo Leo al portero cuando la vio—. Esa preciosidad que viene hacia aquí va a cenar conmigo. ¿Soy o no soy el hombre más afortunado del mundo?

—En efecto, señor Parker —contestó el portero con una sonrisa.

Storm puso los ojos en blanco, pero lo cierto es que un cosquilleo se extendió por su cuerpo ante la sensación de bienestar que le produjo sus palabras.

—¿Piensas llevarme a una pizzería? —Su intención no era molestarlo, pero ellos siempre se habían tratado así y no pensaba dejar de hacerlo.

—¿Eso quieres? ¿Pizza? —Sonrió y besó su mejilla cerca, muy cerca de sus labios—. Esta noche, tú decides cómo, cuándo, dónde y hasta qué punto...

No entendió lo último hasta que lo miró a los ojos y vio allí la promesa: sexo. Tragó saliva y caminó hacia el coche con chófer que los esperaba.

—¿Era mucho esfuerzo conducir? —preguntó cambiando de tema, porque el anterior la ponía demasiado nerviosa.

—No quiero tener ninguna distracción que no sea mirarte y conducir en esta ciudad es un caos.

Storm tuvo que aceptar eso, porque era cierto. Subió al coche con él, y aunque al principio se sintió algo cohibida y a la defensiva, no tardó en reír cuando Leo se dispuso a contarle anécdotas varias, como hacía siempre. Eso era lo mejor. Era como siempre, pero de fondo había una tensión sexual que antes no se había percibido entre ellos. Estaba segura de que no era algo que solo sintieran, sino que se notaba desde fuera. Quizás por eso, cuando llegaron a uno de los restaurantes más exclusivos de Nueva York, la recepcionista les sonrió con picardía. O quizás fuera porque Leo estaba guapísimo con su traje azul marino. Su pelo rubio estaba perfectamente peinado y sus ojos azules aquella noche brillaban tanto como dos esferas luminosas. Era tan atractivo que robaba el aliento. Y era suyo, al menos aquella noche.

—¿En qué piensas? —preguntó cuando se sentaron.

—En lo guapo que estás. —Fue sincera, porque no veía por qué tendría que ocultarse. Cuando él se ruborizó, se regodeó en ello—. Oh, Dios, ¿no te importa que te incluyan en la lista de solteros más *sexys* del mundo, pero te ruborizas si te digo que estás guapo?

—No estoy guapo. —Su farfallo fue acogido por Storm con una risita—. Los hombres no estamos guapos. Somos hombres.

—Eso es una tontería hasta para ti. Estoy segura de que nunca has tenido problemas para recibir halagos de otras...

—Es que las otras no son tú. Y no podrían serlo nunca.

Storm tragó saliva. La sinceridad que habitaba sus ojos era tal que se estremeció.

—No sé qué decir —susurró, fiel a sus pensamientos nuevamente.

—No hace falta que digas nada. —Leo cogió su mano por encima de la mesa y se la llevó a los labios—. Estás tan preciosa esta noche que me siento incluso mal.

—¿Por qué?

—Porque habrás pasado un tiempo maquillándote, peinándote y vistiéndote, pero yo solo puedo pensar en quitarte la ropa, despeinarte y meterte bajo la ducha mientras... —El brillo en los ojos de Storm fue tal que Leo sonrió y dejó su mano—, pero no hoy. Hoy es nuestra primera cita, nada más.

—¿Nada más?

—Ajá. Voy a ser un completo caballero.

Storm rio de buena gana y lo miró con cierta ternura.

—¿Estás seguro de que no prefieres ser Leo Parker a secas?

—No, contigo quiero ser una versión mejorada.

—Te equivocas en algo, Leo: para mí, tú ya eres increíble. No necesitas fingir ser alguien que no eres.

—Pero quiero hacer las cosas bien.

—Estás haciéndolas bien, créeme.

Él se mordió el labio y ella pensó que ojalá no hubieran salido a cenar. Tomar pizza en casa le parecía, de pronto, el mejor plan posible. Sobre todo porque podrían haberla dejado enfriar mientras iban a su dormitorio.

La sorprendió aquel pensamiento. Ella nunca había disfrutado del sexo tanto como para desearlo con esa fuerza, pero sabía que Leo era distinto. Su corazón de adolescente lo intuyó y su corazón de mujer podía confirmarlo ya sin ninguna duda. Con él todo sería distinto, más intenso y mejor, si salía bien.

El problema es que, del mismo modo que estaba segura de eso, entendía que, si salía mal, le

costaría demasiado recuperarse.

—Sea lo que sea lo que estés pensando, olvídalo —le dijo él acariciando su mejilla—. Esta noche es solo para nosotros.

Sonrió a modo de respuesta y decidió que tenía razón. El futuro era inestable, confuso y estaba lleno de expectativas, pero aquella noche no iba a pensarlo. Aquella noche solo importaban Leo y ella.

Disfrutaron de la cena, hablaron, coquetearon y cuando llegó la hora del postre Storm no podía dejar de pensar en el momento de llegar a casa e invitarlo a subir. Había decidido que se acostaría con él aquel mismo día. Tenía que hacerlo así, para no perder el valor. Si se acostaba con él cuanto antes quizás se diera cuenta de que no había sido para tanto y pudiera librar a su corazón de sufrir un desengaño terrible. Solo sería sexo salvaje y sin complicaciones, o de eso quería convencerse ella.

El camino hacia casa fue tortuoso, porque Leo no dejaba de acariciar su mejilla, su cuello o sus brazos, pero no la besaba, ni iba más allá. Cuando llegaron se bajó con ella, pero le pidió al chófer que no se marchara.

—¿No quieres subir? —preguntó algo confusa.

—No hay nada que quiera más. —Fue sincero, lo supo por sus ojos, que no podían engañarla con facilidad—. Pero te dije que haríamos las cosas bien, y pienso cumplir. —Acarició su costado y se acercó a ella con sigilo—. Quiero un beso, Storm. Un beso de despedida que nos deje ansiosos y mareados a los dos hasta nuestra próxima cita.

—Pero...

Storm no pudo hablar más. Los labios de Leo llegaron a su boca exigentes, fogosos y ardiendo. Mordió y chupó todo lo que pudo antes de que se alejara. Y sintió, cuando él dio un paso atrás, que le negaban el agua que tan sedienta la tenía.

—Esta semana podemos ir al cine —dijo él con voz ronca.

—Pero...

—Buenas noches, *tormentita*. Descansa y sueña conmigo, ¿vale?

Se alejó y ella se quedó allí, mirándolo marchar y sintiendo unas ansias desbordantes de gritarle que volviera inmediatamente y acabara lo que había empezado. Por fortuna, Storm no era una mujer que se dejara llevar por sus emociones. No lo había sido hasta el momento, al menos. Algo le decía que aquello estaba a punto de cambiar.

Leo

En el interior del coche resonaba una canción country que siempre conseguía ponerlo de buen humor. Probablemente también tenía parte de culpa en su estado de ánimo la mujer a la que iba a recoger del trabajo. No se lo había dicho, y eso que hablaron el día anterior por teléfono, y más tarde por mensaje. Recordó las insinuaciones que ambos se habían hecho y su cuerpo reaccionó con tanta violencia, físicamente hablando, que tuvo que obligarse a concentrarse en la película que iban a ver.

A llegar frente al edificio en el que los hermanos Campbell tenían su famosa y prestigiosa inmobiliaria se puso algo nervioso. Odiaba esa sensación, porque no era algo que le ocurriera con mucha gente. Se dijo que era normal, porque se trataba de Storm.

—Espérame aquí, George —le dijo al chófer.

—Por supuesto, señor.

Bajó, saludó al portero del edificio por mera educación y subió en el ascensor hasta la planta 25, donde se encontraba *Campbell Houses*.

Entrar en aquella empresa siempre le hacía pensar, con asombro, en el hecho de que Cameron y Keith Campbell habían conseguido hacer que una planta de un rascacielos pareciera un castillo escocés. No estaba seguro de si era cosa de la decoración o la actitud que se respiraba en la mayoría de los trabajadores. Quizá fuera un poco de todo: buen gusto, glamur y una buena dosis de orgullo escocés.

—¿Ya se te ha caído a trozos esa casa de juguetes que has comprado y vienes a que te guemos para comprar una de verdad?

La voz que sonó a sus espaldas le hizo reír en el acto. Se giró y se encontró de frente con los ojos azules de Cameron. Vestía con un traje de firma que seguramente costaba una fortuna, pero no

era eso lo que le daba presencia. Leo supuso que era algo que iba con su persona. Cameron Campbell sabía cómo imponer, pese a medir más o menos lo mismo que él y ser de complexión delgada, aunque lo había visto en el gimnasio y le constaba que bajo ese traje aguardaban un montón de músculos listos para demostrar su fuerza cuando fuera preciso.

—Mi casa va de fábula. Las chicas de *Maisons D'or* saben lo que hacen, definitivamente.

—Francesitas que venden casas a un precio muy superior al que deberían tener.

—Eso también lo haces tú, Campbell.

—Lo mío es distinto.

—¿Y eso por qué?

—¡Porque se trata de mi empresa! —Leo rio de buena gana y Cam no tuvo más remedio que seguirle—. Ahora en serio, ¿qué te trae por aquí?

Mentir no tenía sentido, así que admitió la verdad.

—He venido a recoger a Storm, aunque quizá debería haberme asegurado antes de que estaba por aquí.

—Lo está. Ha tenido una reunión con Keith hace apenas unos minutos. —Leo cabeceó en señal de asentimiento—. ¿Qué está pasando, Parker?

—¿A qué te refieres? —preguntó, todo inocencia.

—Oh, sabes muy bien a qué me refiero. Storm me ha contado que salisteis a cenar.

Leo no pudo evitarlo. Una ceja se disparó en señal de ironía mezclada con un poco de incredulidad.

—¿Y desde cuándo tienes tanta confianza con tus empleados?

—Ella es distinta, ya te lo dije. —Leo no respondió y Cameron metió las manos en su traje hipercaro—. Trátala bien, ¿vale? Es una buena mujer.

—Trato bien a todas las mujeres con las que salgo, Campbell. Y sin necesidad de ponerme una faldita.

—Se llama Kirk y a las chicas les encanta.

Leo rio, agradeciendo que su amigo hubiese captado a la primera el cambio de tema. Entendía su preocupación hasta cierto punto, pero la verdad es que no pensaba dar explicaciones a nadie, mucho menos a él.

—¡Leo! —La voz de Storm irrumpió en la planta con la fuerza de una verdadera tormenta. O quizá era cosa de Leo, que empezaba a pensar seriamente que no había nadie que llamara la atención tanto con tan poco—. ¿Qué haces aquí?

La observó acercarse a ellos vestida con un pantalón ceñido de tela azul marino, una blusa con un escote que dejaba intuir aquellas dos maravillas que tenía y una chaqueta, también azul marino. Profesional y *sexy*. Muy *sexy*.

—Tío, qué cerdada mirarle así las...

—Cameron, creo que, como jefe mío que eres, no deberías acabar esa frase al referirte a una de tus trabajadoras.

Cam la miró fijamente unos instantes antes de asentir y echarse a reír.

—Toda la razón. ¿Has llamado a Murray?

—Sí. Todo solucionado.

Cameron palmeó el aire, satisfecho.

—¿Ves lo que te digo, Leo? Esta mujer es una joya. —Pasó por el lado de Storm, besó su mejilla y le guiñó un ojo a Leo—. Recoge tus cosas y vete. Tengo entendido que aquí, mi amigo, va a llevarte a un sitio bonito a cenar.

—En realidad, yo pensaba en ir al cine.

—¿En serio todo lo que vas a gastarte es el dinero de una entrada?

Cameron era el tipo de persona que disfrutaba gastando dinero a manos llenas cuando tenía una amante. Leo lo había hecho con algunas chicas. Gastar, gastar y gastar solo para mantenerla feliz. Sin embargo, era muy consciente de que para Storm el dinero era importante, pero no lo era todo. Y los regalos tampoco. Ella valoraría mucho más una cita en el cine que en el restaurante más caro de Nueva York, o eso quiso pensar.

—También pagaré las palomitas —dijo por toda respuesta.

Cameron bufó, pero Storm rio y se agarró a su brazo para salir de allí, así que, tal como él lo veía, acababa de ganar aquella partida.

La película no era la mejor, pero en lo que respectaba a Leo, podría haber ido sobre la creación del universo y no se habría enterado, entretenido como estaba en besuquear el cuello de Storm, que se dejaba hacer entre risas sofocadas y algún que otro tocamiento destinado a encenderlo más.

—Sé bueno —susurró en un momento dado.

El problema es que, al tiempo que le dijo aquello, colocó una mano ascendente en su muslo, haciéndole imposible pensar con claridad.

—¿Crees que no lo estoy siendo? —preguntó mordisqueando su oreja—. Espera a entrar en el coche y verás.

—Amenazas, amenazas... —susurró riéndose de él.

Leo lo dejó estar cuando una pareja se giró y lo reprendió con la mirada por reírse. Storm aguantó la risa a duras penas y el resto de la película, en su opinión, fue un completo bodrio. El camino a casa, en cambio, se presentaba de lo más interesante.

Quizá por eso, cuando entraron en el coche, hizo que el chofer subiera la mampara que instaló

al comprar aquel vehículo, a sabiendas de que habría momentos en que necesitaría cierta intimidad.

—¿Qué haces? —preguntó Storm, entre tensa y nerviosa.

—Cumplir mis amenazas.

Ahogó la risa de Storm con un beso tan intenso que les robó el aliento a los dos. Rodeó su espalda con un brazo y la impulsó para que subiera a horcajadas sobre él. Cuando sus pelvis se apretaron Leo ya era un volcán deseando entrar en erupción.

—Oh, Dios —jadeó Storm en su boca—. Dios mío —repitió cuando él pellizcó sus pezones sobre la tela de la blusa.

—¿Tienes idea de lo que daría por follarte aquí y ahora? —El cuerpo de Storm se tensó y Leo acarició su espalda, apretándola más contra sí y alzando las caderas—. Mira cómo me pones, joder.

—Sí... —murmuró ella—. Sí, Leo, házmelo aquí.

La miró, tan bella y entregada, y sintió que el corazón se le apretaba de una forma que no lo había hecho nunca. Acarició sus mejillas, besó sus labios con suavidad y negó con la cabeza.

—No, Storm. Nuestra primera vez no será en un coche y de prisa. Cuando por fin te tenga será con una cama a disposición y la posibilidad de hacerte disfrutar durante horas.

—Pero...

—Sin embargo —dijo, adivinando la frustración en su rostro—. Puedo hacer algo por ti.

Storm lo miró sin entender, pero cuando él bajó la mano y abarcó su vagina, aun con el pantalón puesto, no pudo evitar alzar una ceja.

—¿Qué crees que haces?

—Conseguir que te corras en dos minutos, aproximadamente.

Su ceja se disparó aún más y una sonrisa socarrona se formó en su boca.

—Necesito algo más de tiempo para... Oh, Dios.

Leo sonrió, pagado de sí mismo. Ni siquiera había palpado su carne, y no lo haría como tal. Con cualquier otra ya se habría bajado la bragueta y obrado las maniobras necesarias para quitarle las bragas. Con Storm iba en serio cuando decía que quería recrearse. Cuando esa parte de su anatomía quedara expuesta ante él sería con la posibilidad de poder disfrutarla con boca, manos y polla durante horas y a placer.

Storm gimió cuando Leo apretó la tela de su propio pantalón contra su clítoris. Gimió un poco más cuando hizo la caricia circular para intentar despertar su sensibilidad, pese a no estar piel con piel, y estalló en un orgasmo que le supo a gloria cuando Leo le susurró todo lo que pensaba hacerle mirándola a los ojos. Hacer que se encendiera tanto con sus palabras como con sus manos fue mucho mejor que un orgasmo para él. Ella rodó los ojos, se contoneó, apretándose contra su mano y mordió su labio inferior cuando el orgasmo le dio un poco de tregua.

Cuando logró recuperarse un poco lo besó, sonrió e intentó bajar su bragueta, pero Leo lo paró.

—¿Es que no quieres...? —preguntó ella con cierta duda en su tono.

—No hay nada que quiera más, pero esta noche es tuya.

—Pero yo quiero...

—Me desearás mucho más, Storm. Me desearás tanto que cuando por fin nos tengamos vas a correrte solo con desnudarte para mí.

—A veces no sé si tu vanidad es graciosa o desesperante. —Leo rio y la besó—. Creo que ambas.

Sus palabras temblorosas lo hicieron reír de nuevo, y aunque le dolía el cuerpo físicamente por la tensión soportada, se dijo a sí mismo que era la primera vez en su vida que estaba haciendo

las cosas bien. Ella merecía todo aquello. Por eso, cuando la dejó en su casa sana, salva, excitada y un tanto molesta por no querer subir a su apartamento, se dijo que no podía postergarlo mucho más. La tercera cita le parecía el momento ideal para llegar hasta el final.

Storm debió pensar lo mismo, porque ese mismo fin de semana le pidió que fuera, porque había algo que tenía que ver, y cuando llegó la encontró con un breve camisón de seda, una copa de vino en la mano y la sonrisa más prometedora que había visto jamás en una mujer.

—De hoy no te escapas, Leo Parker.

No habló. Era incapaz, pero de haber podido, le habría dicho que no necesitaba escaparse, porque no se iría de allí ni por todo el dinero, fama o gloria del mundo.

Storm

Lo intentó no una, sino varias veces, pero la tensión no abandonaba los hombros de Storm. Había planeado su velada con Leo cuidadosamente. Las velas, la cena, que encargó en uno de los mejores restaurantes de Nueva York y un camisón de una marca tan exclusiva como famosa que tenía la responsabilidad de excitar a Leo, pero sobre todo de llenarla a ella de la seguridad que, a veces, le faltaba.

No es que fuera insegura o no tuviera autoestima. No se trataba de eso, sino más bien del sexo. El maldito sexo que se moría por tener cuando estaba a su lado, inexplicablemente, porque cuando se quedaba a solas sentía la frialdad recorrerle las extremidades. Lo había hablado en terapia el día anterior y, según parecía, solo había servido para confirmar lo que ya sabía: tenía problemas con el sexo por todo lo que vio hacer a su madre. No es que la cogiera por sorpresa, porque ya lo suponía, pero necesitaba solucionarlo. Esta vez quería hacerlo de verdad, porque suena triste, pero las otras veces era algo que sabía que había de fondo en su vida, pero no le quitaba el sueño. En aquel momento sí lo hacía. Le quitaba el sueño porque quería ser capaz de acostarse con Leo sin pensar en si él disfrutaba o no. Y no ayudaba mucho que él la hiciera disfrutar solo con mirarla o acariciarla. Cuando recordaba el modo en que había conseguido que alcanzara un orgasmo a través de su pantalón sentía que hervía de vergüenza, pero también de excitación.

—¿En qué piensas? —preguntó él acariciando su sien con el dorso de sus dedos.

Acababan de terminar de cenar y estaban en el sofá, sentados de lado, cada uno con una copa de vino en la mano y mirándose fijamente.

—En nada importante —aseguró, dispuesta a no dejar que sus pensamientos le frustrasen sus planes para aquella noche—. O, quizá sí es importante. No lo sé.

—Si me lo cuentas, a lo mejor puedo ayudarte a decidir si es o no importante.

Ella sonrió con cierta picardía, se acercó más y llevó sus labios al cuello de Leo. Dejó un beso en él y recordó el hematoma que había lucido durante días a causa de su bocado. Pasó al otro lado de la base de su cuello, admirando lo ancho y atractivo que era incluso en esa parte, y besó también esa porción de piel. El carmín pasó de sus labios a la piel de Leo y aquello, de alguna manera, la encendió más.

—Intento decidir qué lado de tu cuello morderé hoy —susurró—. ¿Te parece importante?

—Me parece vital. —Su voz había cambiado de serena a tremendamente excitante en cuestión de segundos—. ¿Qué te parece si cierro los ojos y dejo que me des la sorpresa?

Storm rio, besó el centro de su cuello y casi gimió cuando lo notó tragar saliva.

—Hecho.

Leo le quitó la copa de vino y la dejó en la mesita, junto a la suya, antes de tumbarse y arrastrarla sobre su cuerpo, dejándola tumbada sobre él.

—Soy tuyo, Storm. Hazme lo que quieras.

Ella elevó las cejas, llena de dicha, pero también con cierta desconfianza.

—¿Así de fácil?

—Oh, no es fácil —admitió—. Puedes hacerme tan tuyo como quieras, pero cuando acabes, serás mía.

Sus ojos eran la clave, pensó Storm. Aguardaban una promesa tan caliente como aterradora. Aun así, ella inspiró con fuerza, merodeó sobre su piel con sus labios y los acabó clavando en la parte derecha de su cuello. Mordió con fuerzas suficientes como para sentirse mal, pero Leo, lejos de quejarse, gimió y posó las manos en su trasero, apretándola contra su cuerpo y demostrándole, al hacerle sentir su erección, cuánto le estaba gustando aquello.

Desde ese momento Storm dejó de ser consciente al cien por cien de la realidad. Se

concentró en el deseo que sentía por él. En lo mucho que anhelaba sentir su cuerpo. Leo debió imaginarlo, porque la levantó del sofá y la llevó prácticamente en volandas hasta la habitación. Una vez llegaron la tumbó en la cama con delicadeza y se desnudó completamente frente a su mirada. No fue lento, ni preciso, pero fue una de las cosas más eróticas que Storm le vio hacer.

Leo Parker desnudo era... imponente. *Sexy*. Fuerte. Caliente como pocas cosas. Su propio cuerpo respondió con una urgencia que la sorprendió. Cuando miró su polla dura e hinchada, goteando líquido preseminal por ella, apenas pudo pensar en nada que no fuera tocarla, chuparla y tenerla dentro de sí misma. Y esto último fue la prueba de que verdaderamente lo deseaba. O quizá fuera algo más allá del deseo. A lo mejor su cuerpo añoraba con esa fuerza a Leo porque sabía que era especial. Que había algo entre ellos más fuerte que el sexo sin más, o eso le gustaba pensar.

Cuando se levantó para desnudarse, Leo se apresuró a detenerla.

—Deja que lo haga yo —murmuró con voz oscura.

—¿Y por qué no he podido desnudarte yo a ti?

—Porque lo mío solo es piel. Lo tuyo es... otra cosa.

—¿Otra cosa? —preguntó nublada por el placer que le proporcionaba besándola en la base del cuello.

—Tu nombre no es cualquier nombre —murmuró él soltando el lazo delantero del camisón y aflojándolo sobre sus hombros—. Tus ojos. Tu boca. Tu piel... —descubrió un hombro y tiró de la tela con delicadeza, pero la fuerza suficiente para hacerla ceder—. Eres como desatar una tormenta.

Storm apenas lo oía, sumida como estaba en una nebulosa de excitación. Leo le quitó la ropa con delicadeza, salvo cuando solo le quedaron las braguitas, que inspiró, las agarró por los extremos que acariciaban sus caderas y las arrancó sin ningún esfuerzo haciendo que Storm soltara un gemido de sorpresa.

—¿Acabas de arrancarme las bragas?

—Y no serán las únicas que te arranque —declaró con tanta tranquilidad que Storm abrió los ojos con sorpresa. Él abarcó su vagina con una mano y cuando la miró había tanto fuego en sus ojos que se estremeció por completo—. Te arrancaré casi tantas como sean necesarias para llegar a ti, siempre que tú me lo permitas.

—También podrías quitármelas y.... —Un movimiento de sus dedos la hizo cerrar los ojos y morderse los labios—. Ay, Dios...

—Te las arrancaré —susurró cerca de su oreja—. Y luego te compraré dos más por cada una que rompa. ¿Mejor así?

—¿Mmm? —Apenas era capaz de hilar una frase coherente.

—Eso pensaba.

Su risita egocéntrica debería haberla molestado, pero era tan consciente de su excitación, de lo que Leo le hacía, que permitió que se regodeara en lo evidente de sus reacciones ante sus caricias.

Supo entonces, sin atisbo de duda, que Leo había tenido razón al principio. Iba a ser suya. Iba a conseguir llegar hasta el final y no tenía miedo por su cuerpo.

Por su corazón, en cambio, estaba aterrorizada, porque algo le decía que acababa de perderlo para siempre.

Leo

Quemaba. Era fuego en sus manos. Se sentía como un barco atrapado en medio de la tormenta. Estar con ella era conocer el delirio en su sentido más profundo. Ninguna mujer lo había hecho sentir así antes y estaba completamente seguro de que ninguna más lo lograría. La quería. Ni siquiera era consciente de cuándo se había dado cuenta de ello, pero la quería, no solo en su cama, sino en su vida. Necesitaba hacerla suya y ser suyo del mismo modo, puede que más. Era la fuerza de la naturaleza levantándose poderosa y majestuosa frente al hombre, y sin embargo, cuando le arrancó las bragas, lo miró con tanta inocencia e incredulidad que consiguió ponerlo aún más duro.

La tumbó en la cama, chupó su cuello con fuerza con el único propósito de marcarla como ella había hecho con él, y bajó por su cuerpo, recorriéndolo con manos, lengua y dientes hasta que llegó a su ombligo, donde merodeó un poco. Gloriosa. Era gloriosa. Abrió sus rodillas, se coló entre ellas, y cuando intentó cerrarlas al adivinar sus intenciones mordió uno de sus muslos.

—Deja que me divierta un poco.

Ella permaneció tensa unos instantes más, pero la miró a conciencia, pidiéndole sin palabras que se entregara sin medidas ni preguntas. Que le dejara hacer, porque él luego haría exactamente lo mismo. No estaba pidiendo más de lo que pensaba dar. Al contrario. Ella aflojó la fuerza impresa y permitió que se recreara en su exposición. En su rendición, tan sensual como excitante.

—Perfecta —susurró antes de soplar sobre los pliegues de su feminidad—. Eres perfecta.

—Leo, quiero...

No acabó la frase. Él bajó la cabeza y chupó su clítoris haciéndola gritar con tanta fuerza como sorpresa. Repitió el proceso no una, sino varias veces. Se deshacía en su boca. Sus flujos bañaban sus labios y era como si no pudiera cansarse. Quería más, mucho más. Cerró los ojos,

sobrepasado por lo que sentía mientras la acariciaba y saboreaba. Storm no dejaba de arquearse. En un momento dado agarró su pelo e intentó retirarlo, pero él insistió en seguir. El resultado fue un orgasmo que la hizo correrse con tanta potencia que sintió en su boca el fruto. Aquello lo volvió loco, se alzó sobre sus brazos y buscó su boca. La besó con el deseo que había acumulado durante días y alojó su polla entre sus pliegues. Se restregó contra ella dos, tres, cuatro veces, consiguiendo que sus temblores se intensificaran y que él mismo no pudiera soportar la tensión.

—Un condón —masculló a duras penas—. Necesito un condón.

—En la mesita —murmuró ella.

Leo abrió el cajón, cogió uno sin mirar nada más, se lo puso y la penetró de una sola estocada. Lo intentó, al menos, porque el cuerpo de Storm lo recibió con una estrechez que no esperaba para nada.

—¡Joder! —exclamó—. Pareces virgen.

La tensión de su cuerpo fue tal que Leo dejó de mirar su unión para mirarla a ella. Sus mejillas estaban encendidas, tenía el pelo esparcido por la cama y sus ojos se centraban en él con una mezcla de miedo y deseo que lo dejó petrificado.

—Lo siento... —murmuró.

—¿Eres virgen? —Ni siquiera entendió cómo había conseguido que la voz saliera de su interior.

Storm tragó saliva y negó con la cabeza. Él se tumbó sobre ella intentando no moverse, porque era evidente que se sentía incómoda con él dentro de su cuerpo.

—El sexo es algo más que la penetración... —dijo vacilante. Cuando él abrió aún más los ojos, intentó rectificar—. Lo intenté una vez hasta el final.

—¿Solo una vez? —preguntó anonadado.

—No soy ninguna niña inocente —le escupió entonces con una furia que él no entendió. Igual

que no entendió que lo empujara por el pecho—. Simplemente las penetraciones han sido un tema algo difícil para mí, pero si te molesta puedes irte a...

—Espera un maldito momento —la tumbó cuando intentaba levantarse. Seguía dentro de su cuerpo, duro como una piedra ¿cómo podía pensar que le molestaba? — Solo quiero entenderlo, Storm, nada más.

—No hay nada que entender —murmuró ella—. No soy ninguna virgen y quería hacer esto.

—¿Querías? —preguntó con cautela—. ¿Ya no quieres? —Su vacilación fue tal que lo entendió. No era que ella no quisiera. Era que pensaba que él no quería. Cerró los ojos para intentar calmarse y no decir nada que pudiera estropearlo todo—. Me muero por hacerte el amor, Storm. Mírame. —Ella no lo hizo enseguida, pero él acarició su barbilla y su mejilla con la nariz—. Mírame —repitió con suavidad. Cuando lo hizo vio tal tormento en sus ojos que se maldijo—. Solo quiero que lo disfrutes. Me da igual si lo has hecho hasta el final con uno, dos o cien. Ahora estás conmigo y quiero que disfrutes como nunca en tu vida. Eso es todo.

—¿Todavía me deseas? —Su pregunta lo habría hecho reír, de no encontrarse en aquella situación.

Se movió dentro de su interior, haciéndole notar lo duro que estaba, y mordió su labio inferior disfrutando del gemido que salió de su boca y reverberó en todo su cuerpo.

—¿Tú qué crees?

—Creo que se siente como si estuvieras invadiendo cada rincón de mi ser —susurró junto a su oído—. Y creo que eres impresionante, por dentro y por fuera. —Mordió su oreja haciendo que cerrara los ojos—. Y creo que te necesito, Leo. Hasta el final.

—Sí, cariño. Hasta el final.

No dijo más. No habría podido, aunque quisiera. La deseaba, la necesitaba y la amaba. Dios, cuánto la amaba. Ni siquiera era capaz de expresarlo con palabras, y estaba convencido de que, si

se lo decía, no le creería, porque Storm se caracterizaba por ser desconfiada, así que decidió demostrarle todo lo que sentía con su cuerpo, su boca, sus manos y su polla. Decidió hacerla disfrutar como nunca lo había hecho antes para que, al acabar en aquella cama, pensara y sintiera que nunca más podría volver a compartir colchón con alguien que no fuera él. Eso es lo que quería, y eso es lo que pensaba conseguir.

Se meció con lentitud al principio, disfrutando de lo apretada que estaba, pero también de su boca, sus pechos, sus manos recorriendo su espalda o arañando su trasero. Se meció hasta que Storm dio señales de estar cerca del precipicio de nuevo. Entonces se giró, tumbándose de espaldas en la cama, y la dejó sobre su cuerpo.

—Fóllame a placer, nena. Úsame hasta conseguir tu orgasmo.

—Pero tú...

—Me correré en cuanto te vea hacerlo, créeme.

No era mentira. Estaba al límite y sabía que solo necesitaba un golpe de efecto. Las contracciones de su vagina alrededor de su coño. Su cara de placer cuando se corriera. Su cuerpo estremeciéndose sobre el suyo. Aquello sería más que suficiente para dejarse ir y alcanzar la liberación que tanto deseaba.

Storm lo hizo. Se movió en círculos como una verdadera amazona y lo cabalgó a conciencia hasta que estalló en un orgasmo que la hizo gritar y arrastró a Leo, tal como había predicho. Hundió los dedos en sus muslos y alzó su propia pelvis buscando, de manera inconsciente, clavarse lo más profundamente que pudiera en el cuerpo de Storm. Su gemido fue tal que, al acabar cayó exhausto sobre la cama. Y no fue el único, porque Storm cayó sobre él y enterró la cara en su cuello, agotada pero satisfecha. Acarició su espalda y se obligó a abrir los ojos. Tiró un poco de su pelo, llamando su atención, y cuando la miró a los ojos lo vio. Puede que ella no estuviera lista para admitirlo, pero el amor estaba allí, en su mirada. No quiso asustarla, así que la besó con dulzura, acunó su rostro entre las manos y sonrió como si no se hubiera dado cuenta,

pero lo había hecho. Y se prometió en aquel mismo instante no descansar hasta que Storm se diera cuenta de que su futuro, desde ese instante, estaba unido al de él.

Storm

Amanecer en Nueva York, si tenías la suerte de poseer una cristalera con vistas, era una experiencia única. Storm lo pensaba desde la primera vez que se mudaron con Kilian, su padre, cuando ella no tenía más que catorce años. Lo seguía pensando diez años después y estaba segura de que lo pensaría siempre. Si, además, se tenía la suerte de haber pasado una noche de ensueño con el hombre más guapo, *sexy* y conciencioso del mundo para practicar sexo, era maravilloso. Se sentía tan afortunada que apenas podía respirar. También se sentía asustada, porque no sabía lo que pensaría Leo de ella, pero estaba segura de una cosa: lo de la noche anterior no había sido solo cosa suya. Hubo sexo, sí. Un sexo maravilloso, pero también hubo algo más. Sentimientos. Estaban allí, flotando entre ambos. Aun así, sabiendo que Leo era un tanto alérgico al compromiso, decidió guardar silencio y esperar que él solito se diera cuenta de que sentía algo por ella. El momento llegaría. Solo debía tener paciencia.

Se levantó de la cama y se encaminó hacia la cocina. Encendió la cafetera, la cargó y buscó su iPad para entrar en las noticias del día. Era una costumbre que había adquirido cuando empezó a vivir con sus padres. Les gustaba comentar las noticias con un buen café antes de que cada uno se dispusiera a hacer sus cosas. También le gustaba poner música, pero Leo dormía plácidamente y no quería despertarlo. Quizá debería volver a la cama con él, pero lo cierto era que, aunque estaba cansada físicamente, se sentía con una energía excesiva. Se tomó el café, cogió su esterilla y la puso en el salón. Su padre le enseñó a practicar yoga cuando no era más que una adolescente enfadada con el mundo y descubrió en la modalidad una forma de evadirse de todo; lo bueno y lo malo. La ayudaba a pensar, y si una mañana no podía hacer su sesión de costumbre, sentía que el día no era igual de bueno.

Estaba en medio de un asana cuando oyó la voz adormilada de Leo.

—Necesito hacértelo en esa postura.

Se irguió sonriendo al oírlo, pues ciertamente estaba en una postura un tanto comprometida. La sonrisa murió en sus labios en cuanto lo vio, despeinado, con los ojos algo hinchados y completamente desnudo. Su cuerpo se encendió con tanta rapidez que le sorprendió incluso a ella.

—Buenos días, dormilón.

Leo se acercó, la rodeó con los brazos y la besó con suavidad, aunque no pudo disimular lo contento que lo ponía tocarla. Bajó una mano, lo rodeó con ella y apretó un poco, haciéndolo ronronear.

—Café —murmuró—. Necesito café, pero luego no te me escapas.

Storm rio y lo acompañó a la cocina, donde Leo se sirvió una taza de café y le ofreció a ella la segunda del día.

—Será el último —musitó—. Estoy intentando no pasarme con la cafeína. Tengo una afición malsana por ella. Creo que es mi mayor adicción.

—Te entiendo, porque me encanta. —Leo se sentó en el banco y la atrajo hacia sí, abriendo las piernas y colándola entre ellas—. Aunque, en mi caso, no es mi mayor adicción.

—¿No?

—No.

—¿Y cuál es?

Seguía excitado. Storm podía notarlo, y saber que estaba desnudo y excitado en su cocina era tan tentador que apenas podía concentrarse en lo que le decía.

—Últimamente he desarrollado una adicción intensísima por las chicas rubias con bocas perfectas y un carácter del demonio.

—¿Chicas? —intentó ocultar su diversión y fingió estar un tanto molesta—. ¿Plural?

—Hum... Sí, ¿por?

Que se hiciera el tonto la puso frenética. Tanto que intentó separarse de él, y cuando intentó impedirselo, no tuvo ningún problema para clavarle el codo en el estómago, haciéndole gruñir.

—Solo tú podrías estropear una mañana tan bonita.

No estaba realmente enfadada, porque sabía que Leo solo pretendía molestarla, pero aun así no pudo evitar enfurruñarse un poco. Él enseguida la rodeó por detrás y besó su nuca sin dejar de reír entre dientes.

—Rubia. Una sola —murmuró sobre su cuello—. Una boca tremenda, un genio tremendo, también, y un cuerpo que me vuelve completamente loco.

Se relajó entre sus brazos. Era imposible no hacerlo. Se dejó mecer por él y cuando le quitó el top que se había puesto lo dejó hacer.

—No nos hemos acabado el café —murmuró cuando él bajó su pantalón de yoga.

—Estoy más necesitado de mi primera adicción que de la segunda.

Y eso fue todo lo que necesitó para dejar que le hiciera el amor contra la encimera de su casa. Permitió que llegara hasta el final, pese a dudar que la penetración pudiera resultarle placentera estando de pie. Descubrió con infinito goce que Leo podía hacer que la penetración fuera placentera en cualquier lugar y postura.

Al acabar se sentía más rejuvenecida que nunca, y cuando él le pidió que la acompañara a casa, no se lo pensó.

—¿Por qué no haces una maleta para un par de días? —preguntó de forma casual.

Su corazón brincó de entusiasmo e intentó que no se le notara, pero la sonrisita de Leo le indicó que había fracasado.

—¿No te agobiará tenerme en tu casa?

—Me encantará. —Su rotundidad la hizo sonreír aún más—. Además ¿recuerdas esa bañera?

—¿Esa que nos hizo pelear antes de que todo esto empezara? —preguntó irónicamente.

Leo no lo tomó a mal, sino todo lo contrario. Rio y acarició su mejilla.

—Esa en la que no ha habido ninguna mujer y esa en la que quiero que estés esta misma noche.

—¿Es una proposición?

—Lo es. Abriremos una botella de vino, nos desnudaremos, haremos el amor y luego nos relajaremos tomando una copa y oyendo música mientras nos acariciamos hasta que el agua se enfríe. ¿Qué me dices?

—Que es imposible resistirse a algo así —susurró emocionada ante la perspectiva.

Leo besó sus labios brevemente.

—Bien, porque no quiero que te resistas. Vamos, *tormenta*, haz una maleta, pero mete solo la ropa que vayas a usar en la calle, porque en casa... no usarás mucha.

Si antes su corazón se había apretado en un puño, ahora era el resto del cuerpo el que reaccionaba. Leo debió notarlo en el brillo de sus ojos, o en la forma en que se mordió el labio, porque su mirada se tornó mucho más oscura.

—Ve, Storm. Necesito que lleguemos a casa cuanto antes.

“A casa”. Aquellas dos palabras tan simples consiguieron que Storm sonriera durante todo el tiempo que tardó en hacer la maleta. A decir verdad, consiguieron que sonriera también durante todo el camino hasta casa de Leo.

En cuanto entraron él llevó la maleta al dormitorio mientras ella entraba un momento en el baño. Se encontraron en la cocina, donde Leo anunció que iba a preparar la comida para los dos. Aquello le hizo pensar de inmediato en el extractor de humor y en la forma en que todo había comenzado entre ellos. Se lo dijo y Leo rio y le comentó que no tenía lubinas, pero haría otro pescado para compensar lo de aquella noche.

—¿Y yo que hago?

—Ve a la habitación y deshaz la maleta. Te he dejado libre parte del vestidor.

Storm sonrió en agradecimiento y cuando llegó y vio el cajón que había vaciado a toda prisa, amontonando la ropa en una esquina, se echó a reír. Leo parecía tan ansioso como ella por compartir espacio, y tan maravilloso como era, se preguntó si él estaría seguro o se daba cuenta de lo que estaba haciendo.

Esperó con todo su corazón que sí, porque llegados a aquel punto, el simple hecho de pensar en perderlo hacía que un dolor intenso se aposentara en su pecho. Colocó la ropa que había llevado en los cajones y las perchas que dejó libres para ella, volvió a la cocina y lo abrazó por detrás, besando el centro de su espalda.

—Gracias.

—¿Por qué? —preguntó él.

“Por quererme” quiso decir, pero sabía que era ir demasiado lejos. A lo mejor no estaba preparado para tanto, así que se limitó a encoger los hombros cuando él se giró para mirarla de frente.

—Por todo. —Leo la miró entrecerrando los ojos, como si sospechara que había algo más, pero ella solo sonrió y acarició su mejilla—. Por todo —repitió.

Leo sonrió, y Storm habría jurado que vio el entendimiento brillar en sus ojos justo antes de que la besara. O quizá fuera un pensamiento surgido de sus deseos más profundos.

En cualquier caso, no iba a pensarlo.

Pasaría con Leo los días que tenían por delante, viviría el presente y haría todo lo posible para que ni el pasado, ni el futuro, se interpusieran en sus caminos.

Leo

Una semana después de que se acostaran por primera vez, todavía no habían logrado separarse. Leo podía decir ya sin temor a equivocarse que estaba viviendo su relación más larga, aunque sonara ridículo a sus treinta años. No le avergonzaba admitir que había estado con muchas mujeres, pero nunca había tenido una novia como tal. No había sentido que la necesitara, pero con Storm todo era distinto. Con ella sentía que era lo correcto. Así de simple. Plantearse si estaba interesado en algo serio no era necesario. Solo tenía que hacer caso a su instinto, y su instinto le pedía que estuviera con Storm todo el tiempo posible. Todo el tiempo que les permitía el trabajo de ella, al menos.

Trabajaba muchas horas. Era otra cosa que había descubierto y le pareció sorprendente, porque pensaba que valoraba lo que hacía, pero no era cierto. Sí, estaba orgulloso de que hubiera logrado trabajar para una empresa tan prestigiosa como *Campbell Houses*, pero entendió, durante aquellos días, todo lo que Storm se esforzaba para lograr tener el puesto que tenía. Quizá en un primer momento entró por sus contactos, pero seguía allí por su valía y eso nadie podía ponerlo en duda. Lo sabía incluso sin hablar con Cameron. Aun así, aquel día, cuando quedó a comer con él, pensó que sería buena idea recordarle la suerte que tenía de contar con alguien como ella.

—¿Me has traído aquí para poner por las nubes a tu nueva amante y que le suba el sueldo o algo así? —Leo lo miró tan mal que Cam alzó las manos en un gesto defensivo—. Tranquilo, amigo mío. No lo digo como algo malo. Storm trabaja muy duro y todo lo que consiga será por méritos propios, puedes estar seguro.

—Bien, porque no quiero que la beneficies solo por ser mi...

Se quedó en silencio, consciente de que nunca había acabado una frase como aquella. Cam, que tonto no era y había compartido con él tantas batallitas de faldas que ni siquiera podía

contarlas, elevó las cejas y se quedó expectante, seguramente sintiendo una curiosidad insana por ver cómo iba a resolver aquello.

—¿Tu...? —preguntó, confirmando sus sospechas.

Pensó en ello un segundo. No necesitó más. Sintió, como si de un truco de magia se tratara, cómo su mente se despejaba y la palabra brillaba con fuerza en su cabeza.

—Novia —contestó con tranquilidad—. No quiero que la beneficies por ser mi novia, sino porque es alucinante como trabajadora, y lo sabes.

Cameron se quedó mirándolo en silencio durante lo que a Leo le pareció una eternidad. Sus ojos azules eran tan profundos que hasta él, que jamás había sentido curiosidad por el género masculino, tuvo que admitir que se sentía un poco atrapado. Era una cualidad que tanto él, como su hermano Keith, poseían. Alzó su copa de vino, sorprendiéndolo, y la inclinó en su dirección.

—Por ti, amigo mío. Nunca pensé que vería este día, pero conociendo a Storm, puedo entender que hayas perdido la cabeza por ella.

Bebió un trago con tanta solemnidad que Leo casi pudo imaginarlo como a un guerrero escocés, aunque fuese vestido con un traje de firma. Cogió su propia copa y la alzó en la dirección de su amigo. Sonrió y bebió justo cuando vio a Storm entrar en el restaurante y dirigirse hacia ellos con decisión.

—Mi jefe y mi chico reunidos —comentó con soltura—. No sé si tener miedo.

Si Leo pensaba que antes había sentido plenitud, no era nada en comparación con el sentimiento que recorrió su espina dorsal en aquel instante. Plenitud, pero también amor, deseo, sosiego. Storm, en cambio, parecía cohibida. Leo se dio cuenta de que probablemente había dicho aquello sin pensar y en aquel momento lo miraba sin saber bien si disculparse o hacer como si nada. Decidió ponérselo fácil, y sin importar que estuvieran en un restaurante de renombre de Nueva York, que el que estaba frente a él fuera su jefe o que la cogiera totalmente por sorpresa echó la silla hacia atrás, agarró sus caderas y se la sentó en el regazo, donde besó su hombro y

señaló a su jefe.

—Tu chico solo intenta convencer a tu jefe de que debería subirte el sueldo —dijo como si nada—. Espero que sepas agradecermelo en cuanto estemos a solas.

Storm pasó por varias fases en cuestión de segundos, y Leo fue consciente de cada una de ellas. Primero se tensó tanto que sintió sus huesos clavados en aquellas partes en las que sus cuerpos se rozaban. Después se obligó a respirar y relajarse, seguramente con alguna técnica aprendida del yoga. Ese yoga que tan loco lo volvía... Y por último sonrió y consiguió relajarse contra su pecho, muy lejos de avergonzarse por las posibles miradas que, a buen seguro, estaban recibiendo.

—Creo que tu chica es capaz de gestionar sus propias peleas profesionales ella solita —musitó justo antes de besarlo en los labios—, pero gracias.

Aquel gracias no era solo por el trabajo. Los dos lo sabían, por eso Leo negó y volvió a besarla.

—Gracias a ti, siempre.

—No quisiera ser un aguafiestas. —La voz de Cameron llegó clara y rotunda—. Pero estás haciéndote carantoñas con mi trabajadora en horario laboral. ¿Para eso te pago, Storm?

Ella rio y se volvió para mirar a su jefe. Le cogió la copa con todo el descaro del mundo, porque podía haber cogido la de Leo, pero entonces no habría jugado con Cam del modo que tanto le gustaba. Dio un sorbo y volvió a dejarla en su sitio.

—Buenísimo. Y respondiendo a tu pregunta, no, no me pagas para eso, pero sí para que cierre una venta valorada en más de cuatro millones de dólares.

Cam elevó una ceja y una comisura de su boca se elevó en señal de reconocimiento.

—¿Cuál?

—El dúplex del East River. Creo que me merezco mi propia copa de vino, ¿no te parece?

Cameron sonrió abiertamente y llamó al camarero para pedir una botella nueva.

—¿Vas a coger una silla o vas a obligarme a imaginar todo el tiempo si mi empleada y mi amigo se están metiendo mano frente a mí o no?

Leo y Storm rieron de buena gana, pero lo cierto es que cuando ella se sentó en la silla que había a su lado la echó de menos. Le encantaba tenerla encaramada a su cuerpo. Repentinamente solo quería acabar aquella comida, llevarla a casa y dar cuenta de su cuerpo, pero el brillo que había en los ojos de Storm le indicó que necesitaba disfrutar aquel momento. Al parecer, el dúplex era una venta complicada, así que bien merecía que los tres celebraran el cierre como merecía.

Cuando por fin salieron del restaurante era tarde, Leo enterró la cara en el pelo de Storm solo para empaparse de su olor. Ella rio y besó sus labios antes de que los dos se pusieran a caminar un tanto achispados hacia la casa de él. Por fortuna estaban en el mismo barrio, así que el recorrido no era largo.

Estaban ya a punto de llegar cuando reconoció las dos figuras que caminaban hacia ellos. Sus padres se acercaron sonriendo y un tanto extrañados al verlos tan abrazados, pero supieron disimular bien cuando se dieron cuenta de que ninguno de los dos tenía intención de soltarse.

—Hola, hijo. Íbamos a verte. Hace días que no sabemos nada de ti —Su padre sonrió a Storm—. Hola, cielo.

—Hola —murmuró ella, algo cohibida, aunque intentando controlarse.

Leo no soltó el agarre que tenía sobre sus hombros, sino todo lo contrario.

—Genial. Os invitamos a cenar en casa, ¿te parece? —preguntó a Storm, que lo miró con los ojos de par en par, igual que sus padres—. ¿Qué? —preguntó al darse cuenta.

—¿Nos invitáis? ¿En plural? —preguntó su madre.

La emoción en su voz estaba tan controlada que quizá por eso fue tan palpable. Leo se dio cuenta entonces de que, en efecto, había hablado en plural. Era una locura, pero ya consideraba a

Storm parte de su vida y había dado por hecho que ella seguiría quedándose con él. La miró, por si se había molestado por sus palabras, pero ella, tan asertiva como siempre, sonrió y palmeó su pecho.

—Os invitamos, sí, pero prometo cocinar yo. La última vez que Leo lo intentó por poco quemó la cocina. Literalmente.

Sus padres rieron y Storm se puso a contarles cómo quemó las lubinas. Por supuesto omitió el detalle de que estaba a punto de hacérselo sobre la encimera y eso lo distrajo. En su lugar argumentó que se había olvidado de ellas mientras hacía otra cosa, sin especificar qué. Sus padres encontraron la historia tan interesante, que para cuando llegaron a casa ella iba en medio de los dos y Leo detrás, solo. Aquello, en vez de molestarle, le encantó. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de hasta qué punto encajaba ella en su vida? Era como si hubiese estado esperando toda la vida para ocupar el puesto que realmente le correspondía en su vida.

—Leo, cariño, ¿estás bien? —preguntó su madre en la entrada, dándose cuenta de que estaba muy callado.

Miró a Storm, que se había girado para observarlo con detenimiento y algo de culpa, como si no estuviera segura de estar haciendo lo correcto al relacionarse así con ellos. Para disipar las dudas cogió su mano, la besó frente a sus padres y luego fue a por sus labios, que rozó levemente. La abrazó y aprovechó que Storm escondía un poco la cara en su cuello para sonreír a sus padres.

—Mejor que nunca —murmuró.

La sonrisa emocionada de su madre y la satisfecha de su padre le dijo todo lo que necesitaba saber de su opinión con respecto a aquello.

Storm

La cena con los padres de Leo fue tan bien que a Storm le costaba un poco hacerse al cambio. No es que se quejara. Todo lo contrario. Le encantaba estar en aquella situación. Era solo que todo iba muy rápido. Tan rápido que no tenía tiempo de gestionar lo que ocurría. En apenas unos días había pasado de pensar que tenía a Leo Parker totalmente superado, a ser su novia y sentirse más enamorada que nunca. Era amor. No tenía dudas acerca de eso. Podía tenerlas con respecto al sexo, la seriedad de la relación o lo que duraría, pero no acerca de lo que sentía. Estaba locamente enamorada de él y rezaba para que, al revés, fuera igual.

Recordaba la forma en que él la había subido a su regazo aquel mismo día frente a Cam y sentía que la felicidad saltaba en su estómago en forma de ranas. Era maravilloso. Y daba miedo. Daba mucho miedo.

—Bueno, nosotros nos vamos. —La madre de Leo se levantó y tocó el hombro de su marido cariñosamente—. Venga, los chicos querrán estar tranquilos.

—Sí, desde luego.

Se fueron rápido, entre risitas y miradas pícaras que hicieron a Storm sentir vergüenza, porque imaginaba que ellos presuponían que iban a mantener una sesión de sexo en cuanto la puerta se cerrara.

Y no se equivocaron, porque en cuanto se marcharon Leo se quitó la camiseta, la alzó en brazos y la besó en los labios.

—Por fin eres mía...

—Siempre —musitó ella.

Fue suficiente para que Leo se ablandara. El impulso que había tenido en un inicio de hacerlo

salvajemente se sustituyó por la ternura, no porque Storm se lo pidiera, sino porque él quería. Era maravilloso ver hasta qué punto la comprendía.

Aquella noche fue una de las más largas y placenteras de su vida. Lo hicieron en la cama con ternura y lentitud, pero luego Leo la llevó a la ducha y allí... Bueno, ni siquiera podía recordar lo que habían hecho allí sin sentir que su cuerpo se ponía a punto para él nuevamente. ¿Qué le había hecho? Era como si no pudiera dejar de pensar en su cuerpo, en sus besos y en sus caricias. Magia, se dijo. Lo parecía, a juzgar por el nivel de adicción que sufría.

Tanto fue así, que los días siguientes Cam tuvo que ponerse seria con ella. Lo entendía, porque se había distraído bastante con unos clientes y al final no había podido cerrar una venta. No es que la hubiese perdido, pero se había postergado porque no había presionado todo lo que debería.

—Lo siento mucho, de verdad —le dijo a su jefe cuando ya estaban recogiendo para marcharse a casa.

—No te preocupes, todos tenemos días malos, pero tienes que intentar estar concentrada, Storm. Entiendo que estés en las nubes con Parker, pero eso tiene que quedar fuera de la oficina, ¿comprendes? No puedes permitir que te afecte.

—Lo entiendo, pero es difícil. —Tragó saliva y aprovechó la confianza que tenía con Cam, pese a ser su jefe, para sincerarse—. Es como si me comiera por dentro. Ocupa todo mi espacio, aunque no esté conmigo.

—Suena maravilloso —contestó con ironía—. Dios, realmente espero no enamorarme nunca.

Storm lo miró, tan alto y fuerte, con aquellos ojos azules, insondables y espectaculares, y deseó todo lo contrario: ojalá viviera un amor como el suyo. Ojalá Cameron Campbell conociera el amor verdadero y supiera lo maravilloso que era despertar junto al cuerpo amado. Aterrador también, no lo negaba, pero sobre todo maravilloso.

Salieron de la oficina y compartieron el coche con chófer de su jefe. Se había empeñado

muchas veces en caminar hasta su casa, pero Cameron era un hombre sobreprotector, a veces en exceso, y se negaba en rotundo. Las veces que él no la acompañaba era porque Leo iba a recogerla.

—¿Hoy no duermes con él? —preguntó con un puntito irónico que la hizo rodar los ojos.

—No dormimos juntos todas las noches, Cam.

Pero lo cierto es que sí lo habían hecho. Aquella noche se habían separado solo porque su madre le había mandado un mensaje pidiéndole que cenaran juntas. En un principio quedaron en un restaurante de moda, pero al final Storm prefirió invitarla a cenar en su propio apartamento. Estaba deseando descalzarse, quitarse el sujetador y soltarse la melena, porque aquel pasador que había elegido le hacía un daño terrible.

Su madre llegó puntual a su apartamento. Vestía de manera informal, pero aun así estaba preciosa. Cuando la miraba no podía creer que aquella mujer tan fuerte y valiente se lo hubiese jugado todo por ella. Sobre todo, porque, en el pasado, Storm se había portado fatal con ella. Había descargado su ira y odio contra ella una y otra vez. La había convertido en la diana de todas sus frustraciones y no fue hasta que lo perdió todo, incluido a Kilian, su padre, para defenderlas a ella y a Yellow, que se dio cuenta de que había encontrado por fin una madre. Que llegara a su vida cuando tenía catorce años ya era lo de menos. De hecho, tenía que esforzarse para recordar algo de antes de que ella estuviera. Había hecho un buen trabajo reprimiendo los recuerdos de su niñez. Cada vez que le venía uno lo suprimía y sustituía por otro más placentero. A lo mejor no era la mejor técnica, pero funcionaba, y eso era lo importante.

Cenaron en el salón con una copa de vino y música blues de fondo. Su madre le contó las últimas travesuras de Yellow y Violet, sus hermanos, y ella se extendió hablando de su trabajo. Fue ya en el postre cuando juntó las manos sobre la mesa y le dedicó aquella sonrisa que tan

nerviosa la ponía. Aquella que venía a significar “Sé todos tus secretos”.

—¿Vas a hacer que te pregunte por ello? —preguntó después de unos segundos.

Storm suspiró trémulamente y se recordó que era una mujer hecha y derecha. No tenía por qué temer la opinión de su madre. Además, confiaba en ella. Posiblemente era la persona en la que más confiaba, de hecho.

—Leo Parker y yo estamos saliendo. —Lo soltó de sopetón y esperó su reacción.

Su madre sonrió con tanto cariño que Storm se preguntó cómo era posible que un día hubiese dudado de su amor incondicional.

—Siempre has estado loca por él.

—En realidad, es distinto, mamá. —Dio un sorbo a su copa de vino y buscó la manera de expresarse para que la entendiera—. Cuando era niña me encantaba, sí, pero el amor que sentía era ficticio. Lo idolatraba, más que amarlo. No me importaba demasiado descubrir sus sombras y luces. Quería a Leo porque era guapísimo, famoso y un ligón empedernido. —Sonrió recordando a la adolescente rebelde que fue.

—¿Y ahora? ¿No es eso lo que sientes?

—No —aseguró rotundamente—. No, por supuesto que no. Esto que siento ahora es el amor de una mujer. Lo quiero, mamá. Aun con sus defectos, porque soy consciente de que no es perfecto, como pensaba en el pasado. —Su madre se emocionó y buscó su mano por encima de la mesa—. Dime que te parece bien, por favor.

—Oh, cariño. No es a mí a quien tiene que parecerle bien, sino a ti.

—Pero sería mucho más feliz si me dijeras que lo apruebas.

—Apruebo las decisiones que tomes, Storm. Eres una mujer responsable y cauta. Pasaste un infierno de pequeña, pero te adaptaste, del mismo modo que te adaptaste a tu vida conmigo. Estoy completamente segura de que encontrarás la forma de manejar esto.

—¿Pero...?

Lo sabía. Sabía que había un “pero” escondido en alguna parte. Puede que llevaran diez años siendo madre e hija, pero había sido tiempo suficiente para aprenderse los gestos y expresiones la una de la otra.

—Tengo miedo de que te haga daño. Cariño, Leo es... —Suspiró con pesar—. Es un mujeriego. Y me duele decir esto, porque realmente le tengo aprecio, pero necesito que entiendas que existe la posibilidad de que se canse de ti. —La cara de Storm mudó al dolor y su madre se apresuró en aclarar sus palabras—. No lo digo porque no seas suficiente para él. Mi amor, tú eres maravillosa, pero los hombres que están habituados a estar con tantas mujeres... Bueno, les cuesta dejar esa vida.

—Papá la dejó por ti.

—Es distinto.

—¿Por qué? —preguntó con cierta malicia—. Papá la dejó por ti y tú nos tenías a Yellow y a mí a tu cargo. Era una situación mucho peor.

—Sí, pero...

—¿Por qué papá pudo cambiar, pero Leo no? Eso es muy injusto, mamá.

Blue la miró fijamente y, tras unos segundos, cabeceó en señal afirmativa.

—Tienes razón. Es injusto y te pido que me perdones, pero entiende que es mi preocupación lo que me hace plantearme estas cosas.

—Lo entiendo, pero lo que necesito es que confíes en mí. Y un poquito en él. Sabes que no es un mal hombre.

—No, claro que lo sé. Es un gran hombre y su familia es maravillosa. —Sonrió con cierta melancolía y besó los dedos de su mano—. Sabes que papá será un hueso duro de roer, ¿verdad?

Storm se tensó automáticamente. Su padre y Leo siempre habían mantenido una relación

extraña. Se tenían muchísimo aprecio, pero Leo se había quedado diez años atrás con el puesto de Kilian y Storm sabía que eso era algo que todavía, a veces, escocía. Y luego estaba el hecho de que era sobreprotector en exceso con ella.

No sería fácil, lo tenía claro, pero si de verdad su padre la quería, tendría que aceptar sus decisiones, igual que había hecho su madre.

Leo

Leo golpeó el saco de boxeo con fuerza. El sudor perlaba sus sienes y empapaba su espalda, pero no le importaba. Le encantaba la sensación que le producía golpear el saco una y otra vez, hasta sentirse exhausto. Lo usaba para descargar el exceso de adrenalina, pagar sus frustraciones o, simplemente, relajarse cuando no podía dormir, como ocurría aquella noche.

Storm y él llevaban juntos un mes. El mes más corto de la vida de Leo, sin ninguna duda, porque se le había pasado en un suspiro. A veces, si se paraba a pensarlo, se le antojaba imposible el modo en que ella lo había cambiado todo. Sus prioridades, que parecía tener tan claras, dieron un giro completo y de pronto todo lo que Leo quería era estar con ella. Estudiar también, claro, pero sus planes de futuro se redujeron a... Storm. Se redujeron a ella porque sentía que la necesitaba casi tanto como se necesitaba a sí mismo para poder respirar. Era una completa locura y aun así, no se sentía mal, ni asustado, sino todo lo contrario.

Su único problema era que llevaba días conteniéndose para no pedirle que se fuera a vivir con él. Las ganas se acumulaban en su mente y las palabras se quedaban en la punta de su lengua cada vez que hablaban. Sobre todo, le resultaba difícil contenerse cuando hacían el amor, porque las pocas defensas que le quedaban en pie se desplomaban y todo lo que deseaba era pedirselo.

Tenía miedo. Esa era la realidad: Leo Parker tenía miedo de que una mujer lo rechazara por primera vez en su vida. A su favor había que decir que no se trataba de cualquier mujer, sino de Storm. Ella era... Bueno, era todo lo que él quería, y le aterraba no ser capaz de convencerla de que, si se quedaba a su lado, se desviviría por cubrir todas sus necesidades, no solo las físicas.

Según la opinión de su propio padre, con quien había hablado de sus pensamientos aquella misma tarde, lo que tenía que hacer era lanzarse y no postergarlo más. Le sorprendió que le diera aquel consejo, teniendo en cuenta que solo hacía un mes que salía con Storm, pero cuando le

preguntó, se limitó a contestarle que sabía bien cuándo una chica era la correcta y solo había que verlos juntos para saber que estaban destinados. Además, alegó sabiamente que, en realidad, Storm y él llevaban diez años conociéndose. No era lo mismo que empezar una relación con una desconocida. Y tenía razón. La tenía, por eso volvió a casa, y cuando descubrió a Storm descalza, con una de sus sudaderas y preparando la cena, hizo lo que mejor se le daba: hacerle el amor. Demostrarle sin palabras hasta qué punto estaba loco por ella. Al acabar, en cambio, se sintió tenso y molesto consigo mismo. Necesitaba hablar con ella, encontrar las palabras adecuadas para pedirle que se fuera a vivir con él, y a ser posible no hacerlo después de una sesión de sexo. Conocía bien cómo funcionaba la cabeza de Storm y probablemente pensaría que era fruto del placer y no algo pensado en frío.

Por eso se levantó de la cama cuando ella cayó presa del sueño y bajó al gimnasio, agradeciendo inmensamente tener uno privado.

Se quitó la camiseta, porque empapada como estaba le resultaba incómoda, y siguió pateando y dando puñetazos al saco. Necesitaba descargar su frustración por el hecho de que hubiera pasado un día más sin pedírselo.

—¿Estás bien?

Se sobresaltó al oír su voz. Se giró y la visión por poco lo hace perder el equilibrio. Su cabello despeinado, sus ojos algo hinchados y aquella marca en el cuello que seguramente había dejado con el roce de su barba... Si verla en su cocina con su ropa lo aturdió, aquella imagen, cuando aún tenía fresco lo que habían hecho un rato antes, lo dejó sin habla, lo que solo ayudó a que Storm se preocupara más.

—No. —Se separó cuando ella comenzó a avanzar hacia él con cara de preocupación—. No te acerques, nena. Apesto a sudor.

Ella sonrió y chasqueó la lengua, desoyendo su consejo. Colocó las palmas de sus manos sobre su torso y las bajó despacio, disfrutando del tacto y provocando que sus músculos se

endurecieran en el acto.

—Me encantas así, también. Sudado y jadeante, aunque no sea por mí...

—Podrías tenerme sudado y jadeante en cuestión de minutos —murmuró.

—¿Podría?

—Oh, sí. No pongas cara de niña buena, sabes bien cómo seducirme. —Ella rio, encantada, y él acarició sus labios con un suave roce—. Tenemos que hablar.

No era el mejor momento, lo sabía, pero iban derechos a otra sesión de sexo y no podía hacerlo sin antes contarle lo que lo carcomía. Necesitaba saber una respuesta y la necesitaba cuanto antes, si quería volver a descansar en algún momento. Hasta que no la tuviera, no podría dormir tranquilo de nuevo.

No fue consciente de la tensión que se instalaba en el cuerpo de Storm hasta que la cogió de la mano para guiarla hacia el salón. Frunció el ceño, pero guardó silencio hasta que llegaron.

—¿Vas a dejarme? —preguntó entonces ella con un tono de voz tan contenido que tensó a Leo de pies a cabeza.

—¿Qué? —Sentía tal confusión que apenas podía pensar.

—Has dicho que tenemos que hablar, no has querido acostarte conmigo en el gimnasio y...

—Joder. —Leo cerró los ojos y pensó de cuántas maneras más podría estropear aquello. Al abrirlos y ver la expresión herida en el rostro de Storm, se dio cuenta de que podía empeorarlo mucho más si no hablaba rápido—. ¿Dejarte? No podría hacer eso jamás, *tormenta*. Ni aunque quisiera. Y no quiero —aclaró cuando ella hizo amago de hablar—. Es, más bien, todo lo contrario.

—No te entiendo.

Claro que no. ¿Cómo iba a hacerlo? Se estaba explicando como un libro cerrado. Se sentó a su lado, cogió sus manos y maldijo el momento en que se quitó la camiseta. Así, con el torso

desnudo y sudado, se sentía mucho más vulnerable.

—He estado pensando en nosotros. En este mes que ha pasado.

—Ajá.

—Deja de poner esa cara, Storm.

—¿Qué cara?

—Cara de estar aterrada.

—Es que estoy aterrada. —Leo reprimió una sonrisa y ella se dio cuenta—. ¿Estamos bien? Dime solo eso, si estamos bien.

—Estamos bien, nena. —Chasqueó la lengua y acarició su mejilla—. Mejor que bien. —Fue increíble ver cómo se relajaba su cuerpo—. De hecho, estamos tan bien que necesito decirte algo. —Storm guardó silencio y Leo intentó buscar las palabras adecuadas—. Tú sabes que... —No. Se corrigió. Así no. Lo intentó de nuevo—. Verás, cuando compré esta casa, soñaba con... — chasqueó la lengua, otra vez, y se frotó las manos. Se sentía tan inútil con las palabras en aquel momento que habría pagado por poder decir lo que sentía por escrito.

No lo hizo. Storm merecía sinceridad y él decidió que, para explicarse, podía ayudarse de la imagen que se formó en su propia cabeza al comprar la casa, así que cogió su mano y la guio escaleras arriba, al famoso baño en el que estaba el enorme jacuzzi que provocó la discusión en la fiesta de jubilación de Leo. Se lo señaló y ella elevó las cejas.

—¿Quieres que nos metamos?

—No. Sí. —Maldijo y tomó aire antes de hablar—. Cuando compré la casa lo hice, en parte, por lo que este sitio me provocó. Aquella noche, cuando me puse tan a la defensiva, fue porque no me gustó que pensaras que solo quería esto para meter mujeres dentro. Ninguna mujer ha estado aquí, aparte de ti. Ninguna se ha bañado dentro, salvo nosotros. ¿Recuerdas cuando me dijiste que esta casa no me pegaba? Que era robusta, y demasiado grande, y demasiado...

—Sí, pero Leo, cariño, no quería ofenderte ni...

—Imaginé a mi propia familia aquí dentro. —Tragó saliva y se lanzó a la confesión completa—. Cuando la vi por primera vez no pude dejar de imaginar un montón de niños corriendo por todas partes. Cuando vi el dormitorio infantil supe que quería llenarlo con niños. Y cuando vi esta bañera supe que sería la bañera que compartiría con la mujer que eligiera en un futuro. No tenía ni idea de que esa mujer ya estaba en mi vida, ni de que bromearía con el jacuzzi en el que pensaba hacerle el amor el resto de mis días. —Storm abrió los ojos como platos, pero Leo no se detuvo. No pensaba hacerlo—. En aquel momento no lo sabía. Aquella noche no lo sabía, pero tus palabras me causaron dolor porque quería que entendieras lo especial que era, pero no podía explicártelo. Ahora comprendo que seguramente en aquel momento ya estaba loco por ti, aunque no lo hubiera pensado nunca.

—Leo...

—Te quiero, Storm. Te quiero como no he querido antes a ninguna mujer, y estoy seguro de que no querré jamás a otra. Quiero que vengas aquí a vivir conmigo. Que llenemos ese jacuzzi infinidad de veces, primero con nuestros cuerpos y algún día, cuando tú quieras, con hijos alborotadores y con tus ojos, espero. —Storm comenzó a llorar, y aunque se pinzó el labio inferior, no sirvió de nada—. Sé que solo llevamos un mes saliendo, pero estoy tan seguro de esto que siento que...

Las palabras se le agotaron. Cerró los ojos, frustrado, y ese fue el motivo por el que no vio a Storm hasta que la tuvo encima de su cuerpo, besándolo y abrazándolo con todas sus fuerzas. Abrió los ojos y se encontró con la sonrisa más bonita que había visto nunca.

—Sí, claro que quiero vivir contigo. —La carcajada que tronó en el baño fue tan grande como preciosa—. Y algún día llenaremos esta casa de niños. Pero no todavía.

—No todavía... —murmuró aturdido por la inmensidad de sus sentimientos—. Pero algún día...

—Sí, algún día, sí. De momento, quiero que llenemos ese jacuzzi y entremos dentro. Quiero que celebremos en él todo lo que está por venir, Parker.

Leo la miró fijamente, y no por primera vez en su vida, se preguntó qué había hecho un tipo como él para merecer a alguien como ella. Cuando Storm empezó a desnudarse, en cambio, apartó sus pensamientos, la metió en el jacuzzi y le mostró exactamente una de las escenas que más imaginaba cuando pensaba en su futuro. O lo que era lo mismo: cuando pensaba en ella.

Storm

Decidieron que el apartamento de Storm se quedaría un mes más alquilado. No tenían prisa por ir sacando sus cosas. Eso dijo ella, al menos. Leo, por el contrario, le dijo que lo ideal sería contratar una empresa que se ocupara de todo. La quería con él de manera fija cuanto antes. Ella rio a carcajadas y le aseguró que no tenían tanta prisa y él le dijo que sí, que por supuesto que la tenía. Y aquello, por estúpido que pareciera, hizo que Storm se sintiera más feliz que en toda su vida. Estaba tan ansioso por estar con ella que... era un sueño. Era su sueño más loco y prohibido hecho realidad.

Storm era tan feliz que estaba aterrorizada.

Se repetía constantemente que todo iría bien, que solo necesitaba tiempo para asimilar tantos cambios en tan poco espacio de tiempo. Podía parecer una locura que se fuera a vivir con él, pero lo cierto era que ella estaba completamente segura de hacerlo. Y si no, cómo solía decir su madre, no había nada definitivo. No estaba obligada a permanecer a su lado en caso de que las cosas fueran mal. Si no se entendían bastaba con coger sus cosas y volver a salir de su casa. ¿Sería un engorro? Claro, pero seguramente en ese caso tendría el corazón tan malherido que el hecho de volver a mover unas cajas sería lo que menos le importara. Además, al dar un paso como aquel lo hacía pensando que iría bien. El positivismo era crucial, o eso, al menos, creía ella.

Cuando se lo contó a su madre por teléfono sintió cómo se alegraba por ella, pero sabía que había algo de fondo, y no tardó en comentárselo. Les había llevado mucho tiempo llegar a ser una familia unida mediante el diálogo, pero a Storm le gustaba pensar que, al final, lo habían conseguido.

—¿Por qué no vienes a cenar y así se lo cuentas en persona a papá?

—Oh, pues había pensado en comentárselo en cualquier otro momento. Esta noche iba a cenar

con Leo y...

—Cariño, es tu padre y se preocupa por ti. No me entiendas mal, pero ahora tienes todo el tiempo del mundo para cenar con Leo todas las noches.

Tenía razón. Storm lo sabía. El problema residía en que, las ocasiones en las que se habían visto desde que su madre supiera la verdad y, por lo tanto, se lo contara a su padre, este se había comportado de manera extraña. No parecía enfadado, pero sí contenido, y Storm no era tan estúpida como para no darse cuenta de que probablemente su madre lo obligaba a mantenerse de acuerdo con aquella relación, pero él tenía algunas cosas que decir.

Storm sabía que, si iba a cenar, esa conversación iba a darse irremediablemente, pero pensó, por otro lado, que ya iba siendo hora. Quería a Leo, iba a vivir con él e intentar construir un futuro a su lado, y su padre tendría que aceptarlo. Le dijo a su madre que estaría en su casa puntual para cenar aquel mismo día y colgó el teléfono sintiéndose nerviosa, pero esperanzada.

—¿Todo bien? —preguntó su chico apareciendo en el salón, donde Storm intentaba colocar sus libros.

—Ha llamado mi madre —respondió—. Tengo que ir a cenar a casa.

Él se acercó sin decir nada, rodeó su cuerpo con dulzura y acarició su mejilla.

—¿Te preocupa?

—Papá quiere hablar conmigo.

—Entiendo. —Sonrió con ternura y besó sus labios—. Ha llegado el momento de tener “esa” charla.

—Eso parece. —No lo negó, porque no tenía sentido. Era algo muy evidente.

—¿Quieres que te acompañe?

Que se ofreciera, aun sabiendo que en aquel instante estaba en una posición delicada con su padre, la animó, y aunque se lo agradecía, sabía que tenía que hacer aquello sola.

—Lo entiendes, ¿verdad? —le preguntó después de negarse.

—Claro que sí, *tormenta*. Es tu padre y eres tú quién tiene que entenderse con él. —Storm sonrió a modo de respuesta y Leo coló una mano bajo su camiseta—. ¿Has acabado con esos libros?

—Puede, ¿por?

—Bueno... Resulta que me he dado cuenta de algo imperdonable.

—Ah, ¿sí? —Él asintió y ella sonrió, disfrutando de la caricia que empezaba a gestar en su estómago—. ¿Y de qué se trata?

Leo se acercó a ella. Sentir su erección pegada a su cuerpo la hizo sobresaltarse, pero no con nerviosismo, sino con excitación.

—El otro día al final no te follé en el gimnasio.

Le encantaba cuando era tan explícito. Sabía cómo encenderla en apenas unos segundos solo con sus palabras y eso le parecía maravilloso. Llevó la palma de su mano hasta su pantalón, la colocó por dentro de la tela y acarició su polla directamente, pues su chico había vuelto a pasar de la ropa interior.

—Tienes razón, es imperdonable. ¿Piensas solucionarlo?

—Oh, sí. Ahora mismo.

—Mmm. Yo elijo la postura. —Leo entrecerró los ojos, pero ella apretó su pola y se mordió el labio inferior—. ¿Qué me dices?

—Elige rápido, porque vas a perder la ropa en apenas unos segundos.

Río a carcajadas cuando empezó a desnudarla, tal como había prometido. Ni siquiera esperó a llegar al gimnasio, así que tuvo que ingeniárselas para caminar y perder prendas al mismo tiempo. Cuando llegaron se fue directa hacia el saco de boxeo. Estaba desnuda, a excepción de los zapatos de tacón. Sujetó el saco con las dos manos y pensó en las veces que había visto a Leo

descargarse con él, sudar y jadear. Esta vez lo vería hacer lo mismo, pero de una forma mucho más placentera. Lo agarró con las dos manos e inclinó la espalda, apoyando la frente en el duro saco, abriendo las piernas a la altura de sus caderas y exponiéndose por completo a Leo.

—Ven aquí y fóllame todo lo fuerte que puedas, Parker.

Se encendió tanto que sus ojos brillaron de forma peligrosa. A Leo le encantaba el sexo rudo y potente. Y también a ella. Era algo que había descubierto en el tiempo que llevaba con él. Oh, disfrutaba muchísimo cuando se ponía tierno y le hacía el amor en su cama, pero lo hacía del mismo modo cuando la sorprendía haciendo café, subía su falda y le practicaba sexo oral hasta que suplicaba que la follara allí mismo.

No le extrañó en absoluto que Leo se arrodillara detrás de ella y pusiera la lengua en su clítoris. De más sabía que, aunque estuviera excitada al máximo, él se ocupaba de los preliminares con la misma intensidad que de la penetración. Chupó y mordió sus labios, clítoris y muslos hasta que su cuerpo tembló y el orgasmo la asaltó. Se irguió entonces, se agarró la polla y golpeó su culo varias veces con ella.

—Voy a correrme en esta preciosidad —dijo acariciando sus cachetes—. Me va a encantar verte llena de mi esencia, *tormenta*.

Storm gimió en respuesta. La volvía tan loca que apenas podía unir algunos pensamientos coherentes. Por fortuna, pensar era lo último que tenía que hacer. Leo ensartó su polla en su interior con tanta precisión e intensidad que gritó su nombre, presa del placer más desgarrador.

—Ven aquí —gimió él con voz ronca y acelerada. La alzó hasta tenerla de pie, rodeó sus pechos y mordió su cuello—. ¿Te gusta que te lo haga así?

Sus caderas iban a la velocidad de la luz, sentía cada embestida con una potencia atronadora y el sonido de sus cuerpos al chocar una y otra vez conseguiría llevarla a la locura en cuestión de segundos, estaba segura.

—Me encanta —admitió llevando una mano hasta su nuca y enredándola en su pelo—. Así,

más fuerte, cariño. Más.

Leo se volvió loco. Le ocurría siempre que la veía necesitada de sus caricias. Bajó una mano, pellizó su clítoris y buscó llevarla al orgasmo de forma rápida e intensa. Es decir, del mismo modo en que la estaba follando. Lo consiguió, no podía ser de otro modo. Storm tembló, arqueó la espalda y gritó su nombre en el momento exacto en que su cuerpo se dejaba ir a un orgasmo que la dejó tan satisfecha como laxa y agotada. Luchó por aferrarse a él, agradecida de que no la hubiese soltado en ningún momento. Leo salió de su cuerpo, gruñó su nombre y Storm giró los ojos justo a tiempo de ver cómo se acariciaba él mismo y se derramaba sobre su trasero y el final de su espalda.

Sus abdominales, definidos y perfectos, se agitaban al ritmo de su respiración errática. Su respiración era trabajosa y las palabras apenas le salían, pero cuando apoyó la frente en su nuca supo todo lo que intentaba decirle.

—Siempre —jadeó entonces, besando dulcemente su coronilla.

—Siempre —repitió ella, tan feliz que sentía que podría explotar en cualquier momento.

Después de aquello Leo le dio la vuelta, la alzó en brazos y la llevó al dormitorio como si no pesara más que una pluma. Siempre ocurría cuando el sexo era más fuerte e intenso que derrochaba su ternura en cuanto acababan. Como si necesitara colmarla de caricias dulces y sosegadas para contrarrestar todo lo que hacían cuando la excitación los superaba. Ella se dejaba, por supuesto, encantada con tantos mimos. Se tumbó en la cama y se encaramó a su cuerpo en cuanto él se tumbó a su lado.

No se movió de allí hasta que llegó la hora de prepararse para ir a la cena familiar.

—Debería darme una ducha —murmuró jugando con el poco vello del pecho de Leo.

—¿Te acompaño?

La risa le brotó en el pecho mientras hacía un gesto de negación.

—Si me acompañas, no llegaré a tiempo.

Leo sonrió, besó su frente y la dejó levantarse. Lo miró nuevamente desde el marco de la puerta. Estaba agotado, a juzgar por el modo en que sus ojos se cerraban y se acomodaba en el colchón. Deseó poder quedarse con él. Dormir y luego cenar algo rápido mientras veían alguna película acurrucados en el sofá, pero se había comprometido con su familia y no podía faltar a su palabra.

La entrada en su antiguo hogar fue un tanto extraña. Su padre agradeció el vino que llevó y besó sus mejillas con el mismo amor de siempre, pero el ambiente estaba enrarecido. Su madre intentaba sonreír todo el rato, como si de ese modo pudiera contrarrestar el semblante adusto de su padre.

Durante la cena no faltó el tema de conversación. Yellow y Violet se encargaban de ello. Los niños alborotaron, discutieron y rieron a carcajadas de un modo tan adorable que Storm no pudo más que agradecer internamente la suerte que tuvieron al encontrar a Blue cuando Yellow solo era un bebé. No quería ni pensar en la vida que hubiese llevado su hermano si su madre hubiese seguido viva.

Comieron el postre entre risas y bromas, y fue al acabar cuando su madre se levantó para llevarse a los niños a dormir y le guiñó un ojo. Storm quiso pensar que era un gesto dedicado a infundirle ánimos, ahora que se quedaba a solas con su padre.

—¿Quieres una copa? —le ofreció él.

Aceptó, más por tener algo entre las manos que por el hecho de beber en sí. Su padre se la sirvió y la guio hacia el salón, donde se sentaron frente al inmenso televisor.

—Imagino que quieres preguntarme por Leo.

A favor de su padre tenía que decir que mantuvo el gesto neutro.

—Tu madre dice que vais a ir a vivir juntos.

—Así es.

Kilian cabeceó un poco, como asintiendo y meditando al mismo tiempo.

—No te voy a negar que me hubiese gustado saberlo por ti. O al menos haber tenido alguna charla al respecto de todo esto.

Storm lo sintió fuerte y profundo: el dolor. Su padre no estaba enfadado, sino dolido con ella por su falta de confianza. Se sintió tan mal que dejó la copa sobre la mesa y se acercó a él, sentándose a su lado y cogiendo su mano.

—Me daba miedo que te enfadaras.

—Eres una mujer adulta, Storm. No tengo poder sobre tus decisiones. —Storm agradeció que se lo tomara de aquella forma—. Aun así, no dejo de pensar por qué ni tú, ni él, habéis venido a hablar conmigo.

—Ha sido todo muy rápido —intentó justificarse.

—Entiendo... —La miró atentamente a los ojos y sonrió un poco. No era una sonrisa sincera, pero Storm pensó que era mejor que nada—. ¿Eres feliz, princesa?

Ella lo miró un tanto sorprendida, porque no esperaba esa pregunta. La respuesta fue tan fácil como respirar.

—Más que en toda mi vida.

Kilian apretó las manos de su hija y besó su mejilla en un gesto paternal que consiguió enternecerla.

—Entonces ya está todo dicho, supongo.

Feliz, Storm alzó la copa y brindó con él. Se arrepentía de haber infravalorado a su padre.

Pensó que era algo que había hecho toda la vida con las personas que le importaban. Pensaba mal de ellas a propósito. Dio por hecho que su padre lo tomaría mal o discutiría con Leo, y allí estaba, dándole una vez más una lección de humildad y unión familiar.

Storm pensó en su familia y en Leo y se recordó mentalmente, no por primera vez, que era la mujer más afortunada del mundo.

Leo

La primera semana de convivencia con Storm fue un sueño. Hacían el amor cada noche, aunque no siempre en la cama, dormían abrazados, cocinaban juntos, y cuando el tiempo de ella lo permitía salían a pasear o comer fuera. Storm seguía trabajando duro en la inmobiliaria, pero era feliz, así que Leo supuso que eso era todo lo que importaba, aunque la echara de menos los días que se pasaba fuera nueve y diez horas. Decidió empezar a organizar el tema de sus estudios. Quería tomárselo en serio, así que bien podía ponerse a ello cuanto antes.

Aquella tarde, en cambio, estaba en su despacho, que ahora usaba sobre todo Storm, realizando llamadas en referencia a un par de inversiones que había hecho en Manhattan. Debería decir que le sorprendió recibir una visita de Kilian, pero lo cierto era que llevaba semanas esperándolo. Había querido ir a hablar con él, sobre todo después de su cena con Storm, pero ella le convenció de que lo mejor era que se fuese acostumbrando a la idea de imaginarlos juntos.

Al parecer de Leo, Kilian no tenía nada a lo que acostumbrarse. No era asunto suyo si ellos salían o no, pero cuando dejaba el egoísmo de lado e intentaba ponerse en los zapatos del otro hombre, reconocía que no debía ser fácil aceptar que su niñita era una mujer. Eso, y que Kilian había visto las peores caras de Leo. Conocía su pasado y algo le decía que eso no le ayudaba a ganar puntos, precisamente.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó en un intento de ser cortés.

—Un té, si tienes.

—Claro.

En otro momento, Leo se habría reído de él, o habría bromeado acerca de que dos jugadores grandes como montañas se sentaran a tomar el té juntos. En aquel instante, Leo sabía que no era momento para eso. Preparó el té y se preguntó si Storm sabría algo de aquella visita.

—Mi hija no sabe que he venido —comenzó a decir Kilian, despejando de inmediato sus dudas.

—Entiendo —contestó con cautela.

—No, creo que no lo entiendes, Parker.

Aquello no iría bien. No había más que prestar atención al tono en el que Kilian hablaba. No iría bien porque lo conocía de sobra y sabía cuándo estaba a punto de estallar. Por eso, y porque él no estaba muy predispuesto a tolerar según qué cosas.

—Si tienes algo que decir, jefe, es mejor que lo hagas cuanto antes.

Su tono tampoco fue el mejor. Si Storm hubiese estado allí, probablemente hubiese intentado calmar los ánimos o directamente les hubiese pedido un poco de paz, pero no estaba, así que Leo supuso que tendrían que llevar aquello como pudieran, y para ser franco, no tenía mucha confianza en que acabara bien.

—Entiendo que te guste Storm, Parker. —Kilian sonrió con una frialdad que no gustó nada a Leo—. Lo entiendo, ¿vale? Mi hija es preciosa, responsable, simpática e inteligente. Tiene todo lo que un hombre podría desear.

—¿Pero...? —preguntó, sabiendo lo que venía a continuación.

—Pero no es para ti. —Leo tensó los hombros y Kilian chasqueó la lengua—. Escucha, hijo, te tengo aprecio, de verdad. Fui yo el que te sacó de la cárcel cuando la cosa se te fue de las manos hace diez años, ¿te acuerdas? Fui yo quien dio la cara por ti las innumerables ocasiones en las que la prensa intentó hundirte por mujeriego y fiestero. Te defendí frente a las cámaras y frente al propio equipo. Lo hice incluso frente al entrenador, porque estaba convencido de que detrás de todas aquellas acciones autodestructivas solo había un chico un poco perdido y sobrepasado por la fama.

Leo se sintió dolido como pocas veces. El padre de Storm tenía razón en todo lo que había

dicho. Había estado para él en innumerables ocasiones y era consciente de que lo había decepcionado casi tanto como a sus propios padres. Lo que no pensó nunca es que llegaría el día que vería cómo Kilian le echaba todo aquello en cara.

—Hace mucho que no soy ese hombre, Kilian. —Él intentó hablar, pero lo cortó—. Y te recuerdo, por si se te ha olvidado, que tú tienes tu buena parte de fechorías en una mochila llamada “pasado”.

—¿Crees que no lo sé? Esto no es una acusación de nada, Leo. Estoy intentando explicarme de la mejor manera que sé. Lo único que quiero que entiendas es que Storm siempre ha estado impresionada por ti. Cuanto más rebelde eras, más se encaprichaba contigo. Yo supuse que era normal, ¿no es eso lo que hacen todas las adolescentes? Pero esto... —Señaló la casa con gesto grandilocuente, como si tuviesen tiburones colgando del techo—. Es excesivo.

—¿Qué es excesivo? ¿La cocina? ¿La casa? ¿Nuestra relación?

—Que viváis juntos y llevéis esta relación a algo serio. Quiero decir, ¿es necesaria tanta seriedad? ¿Acaso no estás bien teniendo sexo con ella y poco más?

Las palabras que Leo había pensado en un primer instante se atascaron en su garganta. Se sentía tan ofendido e insultado que no sabía bien qué responder. Y lo peor no era eso, sino la idea de que también estaba ofendiendo a Storm, de alguna forma. No lo pretendía, estaba seguro de eso, pero acababa de decirle que podía usar a su hija para el sexo sin comprometerse con ella, y por mucho que lo intentaba, no sabía cómo gestionar aquello.

—¿Eso es lo que crees que merece ella? ¿Un par de revolcones sin más?

—No, joder. —Kilian se levantó y empezó a pasear por la cocina, nervioso—. Solo digo que es evidente que vas a cansarte de ella y preferiría que, cuando eso ocurra, al menos no esté instalada contigo y tenga que atravesar la humillación de salir de aquí, despreciada públicamente.

—Porque se supone que voy a cansarme y partirle el corazón —murmuró Leo.

—Exacto. —Kilian se paró, y al ver el rostro de Leo, dio un paso atrás—. Vamos, Parker —suavizó el tono—. Los dos sabemos que no estás hecho para relaciones largas y serias. Te conozco bien, hijo.

—Eso pensaba yo, que me conocías bien, pero veo que me equivocaba. —Kilian hizo amago de hablar, pero Leo se levantó y fue hacia donde estaba con una calma tan fría que incluso a él lo ponía nervioso, porque sabía que estaba igual de cerca de alejarse, que de saltarle a la yugular—. Storm es la mujer más buena, lista e increíble que he conocido en mi jodida vida, jefe. No estoy jugando con ella.

—No he dicho eso. Solo digo que, teniendo en cuenta tu pasado con las mujeres, es de suponer que pronto te olvidarás de ese amor que dices sentir.

—Eso no pasará.

—¿Cómo lo sabes? Ella está dejándolo todo por ti, Leo, y no tiene ninguna garantía de que vayas a hacerla feliz.

—Lo intentaré cada día con todas mis fuerzas.

—Pero a veces no basta con intentarlo. Los chicos como tú... —Chasqueó de nuevo la lengua, como si tuviera problemas para acabar aquella frase, pero al final sacó arrojo y lo hizo—. Los chicos como tú siempre acaban haciendo daño a las chicas como Storm. Ella merece a alguien tranquilo, con un pasado un poco menos público y que pueda ofrecerle una vida de calma.

—Y ese alguien no soy yo.

El dolor en la voz de Leo fue tan palpable que hasta Kilian lo notó. Estaba seguro. Lo supo por la forma en que suavizó su mirada, pero aun así siguió adelante con lo que había ido a hacer allí.

—Ella vivió un infierno de pequeña. Drogas, bebidas, hombres mujeriegos entrando y saliendo de la vida de su madre... ¿Qué harás cuando la prensa empiece a sacar todo eso a la luz?

¿De verdad vas a exponerla así solo porque te has encaprichado con ella?

—La quiero, Kilian.

—Es un amor egoísta. En cuanto empiecen a sacar a la luz su pasado comenzará un infierno para el que no estás listo. Y esto sí te lo digo por experiencia, porque lo intentaron con Blue.

—¡Exacto! Y Blue lo superó.

Lo sabía. La prensa había hablado de Blue durante meses, pero al final, ante su obstinado silencio, se habían cansado y habían puesto sus carroñeros ojos en otra cosa. ¿Por qué no podía pasarles a ellos lo mismo?

—Blue no es Storm —susurró Kilian—. Ella fue quien se encargó de esos niños, pero hasta ese entonces había tenido una vida más o menos calmada, quitando su propia infancia. Storm... Bueno, hijo, la mierda que pueden sacar de ella puede hacerle mucho, mucho daño. Está labrándose un futuro. ¿Crees que los Campbell querrían ese tipo de publicidad relacionada con su negocio?

Pensó en ello. Era inevitable hacerlo. Para Storm su trabajo lo era todo, quitando el amor que sentía hacia su familia y hacia él mismo. Le encantaba trabajar con Cameron y Keith Campbell, y aunque una parte de él quería suponer que él no la dejaría en la estacada si la prensa empezaba a sacar mierda, otra dudaba. Dudaba porque Cam era el típico hombre de negocios capaz de hacer cualquier cosa por la imagen de su empresa. Él jamás hablaba de su pasado, pero Leo intuía que le había costado sangre, sudor y lágrimas alcanzar la cima, y por mucho que le doliera a Leo, seguramente montaría en cólera si todo aquello salía a la luz.

Se frotó los ojos y sintió por primera vez que las cartas que tenía eran las de un perdedor. No había forma de hacer aquello sin perjudicar a Storm. Quería estar con ella más que nada en el mundo, pero sobre todas las cosas quería que ella fuera feliz, y no lo sería si por su culpa se veía envuelta en una polémica que hiciera peligrar su carrera y su buen hacer en el mundo profesional.

Miró a Kilian, y los dos supieron que este había ganado la batalla. Quizá por eso se acercó a

él y puso una mano en su hombro, en señal de apoyo. Palmeó su espalda antes de marcharse sin decir ni una palabra más y Leo se quedó solo, mirando su taza de té y pensando en la forma de hacer lo correcto.

Aquella misma noche, cuando Storm llegó a casa, él no pudo disimular su malestar. Lo achacó a una migraña, y por primera vez no la buscó para hacer el amor. Se metió en la cama y fingió dormirse mientras ella hacía lo mismo. Cuando sintió que su respiración se regulaba se giró para mirarla. Se había desnudado para meterse entre las sábanas y observó su cuerpo con deleite y dolor. Haría lo que fuera por ella. Lo que fuera. Incluso dejarla para que consiguiera un final feliz mucho más limpio que el que ellos tenían.

Se pasó la noche en vela y a la mañana siguiente estuvo raro. Storm le preguntó qué le pasaba, pero achacó una excusa y se fue al gimnasio.

El resto de la semana fue así. Intentaba hacer lo correcto, y cuanto más pensaba en ello, antes llegaba a la conclusión de que lo único correcto, si quería su felicidad, era dejarla libre.

Pasada una semana, una mañana que Storm preparaba café y lo miraba de reojo, se dijo que no podía más. Llevaba una semana entera buscando excusas para no tocarla, haciéndose el dormido y alegando migrañas. Sentía el dolor que le hacía y no podía soportarlo más, por eso le pidió que se sentara a su lado. Era hora de hacerle daño una vez más, pero al menos después ella sería libre para empezar a buscar la felicidad verdadera.

—Pasa algo, ¿verdad? —La pregunta de Storm estaba llena de dolor, pero también de orgullo.

Bien, pensó Leo. Eso es, cariño. Saca el orgullo, porque es lo que te hará mantenerte en pie.

Juntó todo el valor que tenía, que no era mucho, y lanzó las palabras más dolorosas y falsas

que había dicho nunca.

—Creo que todo esto me supera, Storm.

Era mentira. La mentira más grande jamás dicha, pero estaba convencido de que, si le decía la verdad, ella se sentiría aún peor. Si conseguía su odio, en vez de su lástima, superaría antes la ruptura. Quedaría mal. Fatal. Pero era por ella. Era lo menos que podía hacer por ella.

—¿Perdón? —preguntó ella desconcertada.

—Hemos ido demasiado rápido —mintió—. Estoy agobiado, un poco asfixiado. Necesito espacio y tiempo.

Storm lo miró fijamente durante lo que a Leo le pareció una eternidad. Apretó la mandíbula, y cuando él pensaba que se pondría a llorar, o le echaría en cara algo, se acercó a su cara y habló con toda la rabia del mundo.

—Eso es mentira.

—¿Qu-qué? —preguntó él.

—Que es mentira. No me dejas por eso.

—Claro que sí.

—No. Te conozco, Leo Parker. Hay algo más. Suéltalo.

Su enfado era tal que Leo se quedó bloqueado. No sabía qué hacer. El dolor estaba partiéndolo en dos y aun así solo quería lo mejor para ella. Al final, y a la desesperada, dijo lo único que sabía que Storm no podría soportar. Y que el cielo lo perdonara algún día.

—Te quiero, pero necesito estar con otras chicas antes de asumir que solo voy a estar contigo. Necesito más... en la cama.

El dolor apuñaló a Storm de tal forma que Leo se odió como sabía que no se odiaría jamás. Storm no había contado mucho de su pasado, pero sí lo suficiente como para que Leo supiera que era prácticamente virgen cuando llegó a él. El sexo a su lado era maravilloso, desinhibido,

salvaje, tierno, sexual y sensual. Era todo lo que Leo quería y más, pero sabía que ella, a veces, se sentía insegura. Sabía que aquello la alejaría de él para siempre y deseó que se fuera cuanto antes, porque necesitaba derrumbarse a solas. Sin testigos.

Storm lo miró atentamente unos instantes. Leo jamás debió infravalorar su inteligencia. Cuando ella se acercó y lo miró con todo el rencor del mundo contenido en la mirada, lo supo.

—No, no es por eso, lo sé, pero voy a dejar que te salgas con la tuya porque nunca, Leo, óyeme bien, jamás voy a perdonarte que hayas preferido hacerme daño a ser sincero.

Se marchó de la casa tan violentamente que Leo tuvo que agarrarse a la mesa con todas sus fuerzas para no ir tras ella.

Su vida acababa de derrumbarse, había perdido todo lo que le importaba en el mundo. Se sintió tan desesperado que corrió hacia el gimnasio y golpeó el saco sin guantes y con fuerza antes de hacerse daño en las manos y agotarse físicamente. Después de aquello, y sintiendo que el cansancio no hacía desaparecer el dolor, usó la opción desesperada. Fue al salón, abrió una botella de tequila y bebió a morro mientras pensaba en el modo de sobrevivir a aquello los siguientes días.

Storm

Ir a casa de sus padres quizá no era lo más adecuado, porque temía la ira de su padre, pero la primera noche en su apartamento sin Leo fue tan desgarradora que no podía soportar pensar en la idea de pasar una más. Necesitaba distraerse con sus hermanos, que su madre la abrazara y que su padre le prometiera que todo iba a ir bien.

No la esperaban, y se notó cuando los dos se mostraron sorprendidos al verla en la puerta de casa. La hicieron entrar, y aunque Storm lo intentó, porque había superado cosas mucho peores en el pasado, se derrumbó en cuanto su madre le preguntó qué ocurría.

Lo contó todo, de inicio a fin. Contó cómo Leo se había pasado una semana raro y taciturno. Apenas hablaba con ella, era como si se hubiese convertido en otro hombre. Ya no veían películas, ni tenían sexo, ni hacían la cena juntos. Él la esquivaba tanto como podía y al final, cuando le dijo que necesitaba estar con otras mujeres... Dios, ni siquiera podía expresar con palabras lo que había sentido. No podía soportarlo. Ni siquiera podía soportar imaginar a Leo siendo besada por otra, mucho menos aún imaginar que las metería en casa y que... Un sollozo ahogó, incluso, sus pensamientos, y su madre la abrazó con fuerza.

—Tranquila, cariño.

—Es que no puedo entender que haya cambiado tanto de un día para otro. Mamá, éramos tan felices. ¡De verdad! Absolutamente felices. Hablaba de pasar la vida juntos, incluso de tener hijos. —Storm se sonó con el pañuelo que le pasó su madre y ahogó un nuevo sollozo cuando recordó aquello—. Hasta me hablaba de los nombres que les pondríamos.

—¿Estás segura de que no habéis discutido ni has dicho algo que pueda dolerle?

—¿Qué puedo haber dicho como para provocar algo así? Es como si de pronto lo hubiesen cambiado. Como si hubiese dejado de ser el mismo hombre de un minuto al siguiente. Salí de casa

el martes de la semana pasada riendo. Lo dejé hablando de hacer la cena juntos y celebrar el trato que iba a cerrar ese día, y al volver simplemente... era otro. Te juro que es lo más extraño que he vivido nunca.

Su madre guardó un silencio que lejos de calmarla, la tensó más. La miró entonces, preguntándose por qué no hablaba, y se la encontró con los ojos fijos en su padre.

—¿Dónde estuviste el martes de la semana pasada, Kilian?

—¿Qué? —preguntaron su padre y ella al mismo tiempo.

—Es una pregunta sencilla. —Blue se levantó, su voz era puro hielo cuando se acercó a su padre y clavó un dedo en su pecho—. ¿A dónde fuiste el martes pasado por la tarde, cuando saliste de casa diciendo que ibas a correr y volviste sin una sola gota de sudor?

El pulso abandonó el cuerpo de Storm. Sintió que sus venas dejaban de transportar sangre y su corazón se paraba en seco a la espera de una respuesta. No la necesitó. No en palabras, al menos. Su padre bajó la mirada en un gesto tan culpable que Storm solo pudo ahogar una exclamación. Su madre, en cambio, sí lo hizo. Cerró la mano dentro del puño de su camiseta y habló con tanta ira que incluso Storm se quedó helada.

—Esto no voy a perdonártelo tan fácilmente, Kilian. Esta vez has ido demasiado lejos.

Cuando se giró, sus ojos estaban aguados, como si intentara contener las lágrimas. Storm se maravilló, pese al dolor, porque fue nuevamente consciente de hasta qué punto aquella mujer la quería. Enmarcó su rostro entre las manos y habló con tono suave y dulce.

—Ve a casa con Leo, cariño. Pídele que te lo cuente todo.

—Pero... —Se deshizo de las manos de su madre y volvió a su padre—. ¿Tú...? ¿Qué hiciste?

—Pregúntale a Leo, mi vida. Debes aclarar las cosas con él.

—No. —Storm negó con la cabeza mirando a su madre—. No. Él dejó claro de parte de

quién estaba. Quiero que sea papá... —Miró a su padre—. Quiero que seas tú quien me digas qué motivos te han llevado a arruinarme la vida.

—Cariño, yo solo... —Su padre parecía atormentado, eso no podía negarse.

Por desgracia, no bastaba que se sintiera mal para que ella pudiera perdonarle lo que sea que hubiese hecho.

—Habla, papá. Y habla rápido.

Lo hizo. Le contó toda la conversación que había tenido con Leo mientras ella lo escuchaba en silencio y aparentemente imperturbable. Por dentro, en cambio, era un volcán a punto de entrar en erupción. No podía imaginarse a Leo y su padre hablando de ella como si no fuera más que una muñeca inútil e incapaz de tomar sus propias decisiones. No le entraba en la cabeza que el hombre racional y coherente que pensaba que era Leo se hubiese prestado a algo tan... rastrero. Y mucho menos que su padre, un hombre que había hecho tanto por ella, hubiese puesto tanto empeño en alejarla del único hombre que había amado hasta el punto de querer pasar toda su vida con él.

—Yo no le dije que te hiciera daño. —Su padre se mecía entre el arrepentimiento y la indignación—. Jamás le dije que te hiciera daño, cariño. No era eso lo que quería.

—¡Claro que era eso! ¿Cómo, si no, iba a echarme de su lado? —Rio amargamente y se limpió las mejillas—. Has tenido un comportamiento egoísta y cruel, papá. Jamás pensé que me harías sufrir de esta forma.

—Yo solo...

—Tú decidiste lo que me convenía porque no confiaste en mis decisiones. Eran mías. Tú luchaste contra todo y todos por mi madre, pero cuando me ha llegado la hora de hacerlo a mí, en vez de ponerte en mi espalda y empujarme, apoyándome, has decidido ponerte enfrente y ser un obstáculo más.

—Cariño, no digas eso.

Su tono era tan lastimero que, por un momento, Storm sintió lástima. De inmediato recordó lo que había hecho y la lástima quedó apagada por el resentimiento.

—Esto no te lo voy a perdonar nunca, papá. Nunca.

Cogió su bolso y se dispuso a salir de la que había sido su casa. Estaba ya casi en la puerta cuando su madre sujetó su mano.

—Ve a hablar con él, cielo. Aclara las cosas con Leo.

No contestó. En aquel momento ni siquiera podía pensar con claridad. Quería darse la vuelta y gritarle a su padre hasta quedarse afónica. Quería ir a casa de Leo y lanzarse a sus brazos, pero entonces recordó que él había elegido ponerse del lado de su padre. Puede que el hombre que la adoptó se hubiese equivocado al ir a pedir todo aquello, pero le correspondía a Leo defender su relación a capa y espada. Era él quien tenía que haber luchado por ella. Por ellos. Y no lo hizo. Por eso no fue a su casa. Por eso paró un taxi y fue a la casa de la única persona de la que se fiaba en aquellos momentos.

Llegaron cuando había pasado una eternidad, o eso le pareció a ella. Bajó, saludó al portero y pronunció las palabras mágicas.

—Vengo a ver a Cameron Campbell.

Cinco minutos después estaba entre los brazos de su jefe mientras lloraba desconsolada y él intentaba comprender algo de lo ocurrido. Storm gimió, balbuceó y se comportó como una adolescente, pero en aquel momento nada le importó. Nada, salvo su dolor y su orgullo herido.

—¿Cómo han podido decidir así qué era y qué no mejor para mí? ¿Es que mi opinión no cuenta?

—Aun a riesgo de quedar como un completo imbécil, te diré que entiendo las razones por las que lo hicieron. Entiendo que tu padre y su miedo a que te hicieran daño quisieran hacerse cargo de la situación, y también entiendo que Leo, pensando que te protegía, te apartara de su lado. —

Storm se preparó para marcharse, porque estaba claro que no iba a entenderla, pero él la detuvo —. Lo entiendo, porque soy un hombre sobreprotector, pero eso no quiere decir que piense que es lo correcto.

—No te entiendo. Tengo la cabeza hecha un lío y...

—Básicamente estoy diciéndote que comprendo por qué lo hicieron, pero lo hicieron mal.

—Lo de mi padre es desgarrador, pero lo de Leo... No confió en mí, Cam. No confió lo suficiente como para confesarme la visita de mi padre y todas las dudas que lo carcomían. Prefirió decidir por mí y apartarme de su vida. Lo hizo sin esfuerzo, sin derramar ni una lágrima y... Te juro que ahora mismo solo quiero desaparecer. Solo eso, Cam. Desaparecer.

No pudo seguir hablando. Era demasiado doloroso. Cam la sostuvo mientras lloraba, y cuando consiguió calmarse un poco le ofreció una infusión tranquilizante y le mostró unas llaves.

—¿Qué es eso?

—Una salida. —Cam la miró muy serio un segundo antes de seguir hablando—. Desaparece, si es lo que necesitas, pero prométeme que volverás en cuanto consigas recomponerte un poco.

Ella cerró la mano sobre la llave asintiendo con vigor. No sabía a qué casa pertenecía, ni dónde estaba, pero sabía que podía fiarse de Cam, y si él decía que con eso podría desaparecer... le creía.

Una hora después iba camino de un lugar en el que nadie, a excepción de su jefe, podría encontrarla. Cerró los ojos, se dejó llevar por la tristeza y deseó que la peor parte de sus heridas emocionales sanara cuanto antes, porque no estaba segura de poder vivir con un dolor tan pesado e intenso.

Leo

No podía decirse que Leo Parker aguantara bien la bebida. No, cuando en su primera noche de borrachera rompió prácticamente toda la vajilla. Plato a plato. Vaso a vaso. Lo fue estrellando todo contra paredes y suelos sin importarle que estuviera descalzo, ni los cortes que vinieron luego. Bebió en copa, primero, intentando asimilar el hecho de que Storm ya no estaba en su vida. No lo consiguió, a juzgar por el mando de televisor que lanzó por una de las terrazas cuando encendió la tele y se encontró con una actriz que le recordó a ella.

Dos días después las copas eran parte del pasado. Bebía a morro y ponía todo su empeño en mantener la consciencia en límites superfluos. Esto quería decir que se mantenía vivo, pero apenas despierto. No era la mejor alternativa, bien lo sabía, sobre todo para él que había pasado toda la vida cuidando su cuerpo con dieta y disciplina. Quizás por eso lo hizo. Se castigó hasta que su cuerpo rechazó el alcohol y entonces se tumbó en el suelo y dedicó sus horas a escuchar la música favorita de Storm y echarla de menos.

Imaginaba que aquello pasaría, porque no conocía a nadie que hubiera muerto por no tener a su lado a la mujer amada, pero si le preguntaban en aquel momento, tenía serias dudas de poder sobrevivir sin Storm. A lo mejor aquello no era sano, pero le parecía mucho más insano haber permitido que alguien le dijera lo que merecía y lo que no. Peor aún, lo había permitido y se lo había creído. Ahí estaba el problema. Leo pensaba que no tenía derecho a poner la vida de Storm patas arriba porque no creía que mereciera la pena. Si el premio era él, no pensaba que fuera un juego justo.

Así lo encontró su padre al cuarto día, cuando harto de que no le cogiera el teléfono entró en casa gracias a la ayuda del portero.

—Si tu madre te viera... —fue lo primero y único que dijo.

Quiso decirle que se avergonzaría de él, pero no más que aquella vez que acabó en la cárcel porque la fiesta se le fue de las manos. No había sido un chico modelo, eso era algo de dominio público. Había estado en fiestas tan salvajes que, de habérselas contado por encima a una monja, la habría matado del corazón. Siempre había sido un gamberro, pero nunca se había considerado mal chico. Su madre era la única que repetía una y otra vez que él solo necesitaba encontrar un camino sólido. Ese camino había sido Storm, pero ahora no estaba y él no sabía si volver a las fiestas, dejarse pudrir lentamente o dedicarse a pasar los días así, tumbado en el suelo, mirando al techo e intentando retener las ganas de vomitar sus excesos.

Cerró los ojos y sintió los movimientos que su padre le hizo realizar, pero no fue muy consciente de nada. Lo arrastró a la ducha, lo dejó caer sobre el suelo y abrió el agua fría. De aquello sí fue consciente. Gritó, soltó insultos a diestro y siniestro y procuró por todos los medios resistirse a que su padre lo desnudara. No lo logró. No era ninguna sorpresa. Tenía tanta soltura como un mono drogado. Era humano drogado, de hecho.

—¡Para un poco! —exclamó cuando su padre encendió la maquinilla de afeitar para recortarle la barba—. ¡No vas a tocarme la cara!

—No lo haré yo. Lo harás tú mientras yo enciendo la cafetera.

Leo estuvo a punto de protestar, pero vio la mirada de su padre y se contuvo. Era la misma mirada que le dedicaba de pequeño cuando pisaba las flores de las vecinas o se escapaba de casa para ir a patinar. Era una mirada que venía a decir que estaba a un paso de perder la paciencia con él.

Se recortó la barba y fue un milagro que no se cortara. Bajó a la cocina y se bebió de dos tragos la primera taza de café. Llevaba la mitad de la segunda cuando volvió a oír la voz de su padre.

—¿Has acabado de comportarte como un niño caprichoso y mimado?

—Tú no entiendes nada.

—Entiendo más de lo que piensas. Blue me ha llamado. —Leo intentó hablar, pero su padre se lo impidió—. Cállate, Leo. Esto es mucho más complicado de lo que crees.

—No lo es. Papá, escúchame, Kilian estuvo aquí y...

—De eso ya se ha encargado su mujer. Y no es el problema.

—No hay problema, papá. Todo lo que dijo es verdad. Storm tiene un pasado oscuro que no necesita que le recuerden. Y yo tengo un pasado que...

—Leo, mírame. Te estoy diciendo que el problema ahora no es ese. No es que Kilian viniera. Ni el pasado de Storm. Ni el tuyo. El problema es mucho más grave, hijo, ¿entiendes lo que te quiero decir?

En otro momento Leo se habría ofendido al ver que le hablaba como si fuera un niño pequeño, pero en aquellos instantes sabía que su padre solo intentaba asegurarse de que la borrachera cedía, y en medio del caos que era su mente, entendía sus palabras.

—¿Cuál es el problema?

Su padre tragó saliva, lo que hizo que Leo tragara con él, porque lo había visto serio muchas veces, pero aquella tensión en su cuerpo era extraña. Era como si estuviera... asustado.

—Hijo, no sabemos dónde está Storm.

Frunció el ceño y sintió un zumbido extraño en los oídos. Como si hubiese estallado una bomba y el eco se le hubiese colado dentro.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Cómo no sabéis dónde está?

—Hace unos días fue a casa de Blue y Kilian. Según me ha contado ella discutieron, Storm se enteró de que Kilian había estado aquí y se fue de la casa. Blue intentó convencerla de que viniera aquí para arreglar las cosas, pero ella se fue sin dar explicaciones y ahora nadie da con ella. Tiene el teléfono apagado, así que no se la puede localizar por el GPS.

Leo nunca hubiera pensado que la sangre podía abandonar su cuerpo con aquella facilidad.

Sintió que se quedaba seco. Cada partícula de su ser se paralizó ante la noticia y solo quedó el miedo, grande y feroz, comiéndoselo desde las entrañas.

—¿Han llamado a la policía? —preguntó con un hilo de voz.

—No, porque está bien, pero no sabemos dónde.

—¿Y cómo sabéis su estado si no sabéis dónde se encuentra?

—Cameron Campbell. —El tono fue serio, estricto, y algo le decía a Leo que su propio padre había intentado ya hablar con él—. La ha ayudado a desaparecer y se niega a dar información.

No tuvo que decir más. Se levantó, controló las náuseas que sentía, en parte por miedo y en parte por el alcohol, y se dirigió a la salida con la única intención de obligar a Cameron a decirle dónde tenía a Storm. Puede que él no fuera merecedor de ella, pero no iba a permitir que se escondiera del mundo. ¡No tenía que ser así! Se suponía que la había dejado para que su vida fuera mejor, no para que abandonara todo lo que le importaba. Ni pensaba permitir que Cameron la escondiera, ni pensaba consentir que Storm se alejara de todo lo que tanto esfuerzo le había costado obtener.

Subió en el coche con chófer y maldijo el instante en que empezó a beber. Necesitaba desesperadamente tener la cabeza despejada, porque algo le decía que su pesadilla no había hecho más que comenzar.

Storm

Storm observó la leña que ardía en la chimenea y se preguntó, no por primera vez, por qué tenía Cam una cabaña como aquella. No había electricidad, ni luz. Todo lo que tenía era aquella chimenea y algunas lámparas de gas. Ella le pidió que la ayudara a desaparecer y él le dio lo más parecido a perderse en los confines del mundo. La cabaña estaba en Nueva Escocia, pero por lo que a ella respectaba, podría haber estado en el centro de la tierra. Construida en piedra y madera, y repleta de cristaleras, lo que de día le había parecido encantador y acogedor ahora le daba terror y se preguntaba cuántos animales salvajes podían acecharla allí dentro. Peor aún, cuántos locos podrían ir hasta allí y acabar con ella sin que nadie se enterara. Podía quedarse afónica gritando y no la oirían.

Inspiró aire con todas sus fuerzas y se obligó a calmarse. No podía llamar a su madre para decirle donde estaba por varios motivos: el primero y principal era la falta de cobertura. Su teléfono había perdido la señal mucho antes de adentrarse en el bosque. Ni hablar de internet, claro. El segundo era que, aun habiendo tenido cobertura, no sabía qué podía decirle a su madre para que comprendiera su necesidad de huir.

Quizá era un trauma pendiente de su niñez. La necesidad de desaparecer del mundo en cuanto las cosas se complicaban. A lo mejor, incluso era algo heredado de su madre biológica. Tragó saliva, porque odiaba pensar que tenía rasgos de la mujer que la parió. Se había esforzado durante toda su vida para tomar distancia y en aquellos momentos, cuando su corazón sangraba y su cabeza era un caos, lo peor que podía hacer era traer su recuerdo de vuelta y comparar sus personalidades. Estaba allí para limpiarse y aliviar su dolor, no para provocarse más. Ya llegaría el momento, en el futuro, de exorcizar esos demonios.

Oyó un crujido en el exterior y sintió cómo se le helaba el cuerpo. Tragó saliva, cerró los ojos y se repitió, no por primera vez, que todo estaba bien. No tenía vecinos, el pueblo estaba lo

bastante lejos como para necesitar un coche o camioneta para llegar allí, y de ser así, la oiría a kilómetros de distancia, porque si algo sobraba en aquella cabaña era el silencio. Justo al salir había unos escalones de madera. En realidad, llamarlos escalones era ser muy generosa. No eran más que unos tablones clavados en plena ladera para acceder al río. En un primer momento Storm pensó que ni siquiera tendría agua y debería cogerla del río, pero Cam no estuvo tan loco como para eso. Para lo demás, sin embargo... ¿por qué tenía aquella cabaña? La intriga que sentía era tal que se prometió no quedarse con la duda y sonsacarle la verdad en cuanto todo se solucionara y ella se sintiera lista para volver. La verdad, porque estaba convencida de que aquello que le había contado de que le encantaba perderse del mundo de vez en cuando, era una mentira. No conocía a nadie que adorara más estar entre personas que Cameron Campbell. Era un animal en los negocios. Serio, profesional, efectivo, ambicioso y si quería, tan peligroso como el gran tiburón blanco. Se sentía cómodo entre personas que no tenían más que veneno dentro. Era, en definitiva, un hombre hecho para relacionarse y cerrar tratos con otras personas, así que esa historia de que a veces necesitaba estar solo le resultaba, cuanto menos, rara.

Miró la pared del fondo y deseó tener un televisor. A lo mejor había sido mala idea aislarse de ese modo. Quizá lo que necesitaba fuera un buen vino, una película pésima, litros de helado y a su madre rodeándola con sus brazos. Extrañó en el acto todas y cada una de esas cosas. Por fortuna, el vino no era problema, pues era lo único que sí tenía de su lista de deseos. Abrió la botella que compró en el supermercado del pueblo, antes de perderse allí de la mano de un señor que pagó el mismísimo Cameron y que iría al día siguiente para, según sus palabras, ver cómo le había ido en su primera noche enfrentada al bosque.

No había mucho en aquella cabaña. Era cierto. Pero había vino, algunas latas de verdura, otras de chile y un bizcocho de chocolate de tamaño familiar que pensaba comerse directamente del envase. Se concentró en eso y se dijo, no por primera vez, que si superaba aquella noche, el resto sería pan comido.

No fue una noche bonita. Se obligó a dejar su móvil apagado, porque incluso sin batería y sin cobertura tenía la tentación constante de encenderlo para ver sus fotos y videos. Aquello no era sano, por eso estaba orgullosa de haber vencido su propia curiosidad y haberlo dejado apagado. Bebió mucho más de lo que acostumbraba, y cuando sintió que el cuerpo se le embotaba, se tumbó en la cama sencilla y sin cabecero que había en un extremo de la cabaña y se concentró en la nueva leña que había metido en la chimenea. Pensó en Leo, y en todas las veces que hicieron el amor frente a la chimenea, o dentro de su famoso y precioso jacuzzi, o en la cama, sin ningún adorno y sin nada espectacular, si no contaban las caricias que se dedicaban. Lo recordó besando sus labios y diciéndole que la quería. También hablándole de hijos y proponiéndole nombres como Sky para su primera hija o Rain para el segundo, porque estaba convencido de que sus hijos tenían que llevar nombres acordes al de Storm. Ella se reía y decía que no, que solo quería un pequeño Leo corriendo por toda la casa y volviéndola loca. Un pequeño al que consentir con toda su alma. Entonces era Leo el que sonreía y fingía estar celoso de ese hipotético niño, porque él también quería ser consentido. Aquellas discusiones acababan en la cama, en su gran mayoría, y aunque eran escenas cotidianas que en aquellos instantes no tenían más importancia de la normal, en aquella cabaña, tumbada en soledad y oyendo los sonidos típicos del bosque, le parecieron el bien máspreciado que tenía.

Lo olvidaría, tenía que hacerlo si quería que su corazón sobreviviera a la catástrofe que había resultado amarlo, pero aquella noche Storm se permitió recordar todas y cada una de las veces que Leo y ella se habían hecho promesas, ya fueran serias o aparentemente insignificantes. Las contó y se esforzó por memorizarlas, solo para no olvidar nunca más que Leo las rompió todas al pensar por ella y dejar que alguien de fuera, aunque se tratara de su padre, le dijera lo que debía o no hacer con su relación.

Y respecto a su padre... Bueno, era otro tema doloroso para Storm. Aquel hombre atractivo y bondadoso le había enseñado, junto con su madre, todo lo que sabía acerca de tener una familia,

porque lo de antes no había contado. Confió en él poco a poco, a base de muchas demostraciones, y en una sola actuación había conseguido desplomar la relación tan increíble que habían construido. Storm no tenía dudas de que estaría arrepentido, pero se preguntó si algún día podría volver confiar ciegamente en él.

Fue una noche muy larga. Interminable. Cada vez que pensaba que por fin iba a dormirse, la imagen de Leo se colaba en su memoria. Lo tenía en su sistema nervioso, listo para atacar en cuanto se descuidaba. Recuerdos, sentimientos, acciones realizadas en aquel tiempo... Todo había sido tan maravilloso que entendió con pesar que iba a costarle algo más que un par de días extirpárselo de su interior.

En algún momento consiguió dormirse en el sofá, porque el colchón se le antojaba tan grande que le costaba más conciliar el sueño. Lo hizo contra el respaldo e imaginó que era la espalda de Leo. La avergonzaba el pensamiento, pero le parecía mucho más estúpido dormir en una cama que acabó dándole miedo, de tan grande como era.

Los golpes de la puerta la sobresaltaron. No sabía qué hora era, pero el sueño no había sido tan profundo como para relajarse por completo, así que sus nervios volvieron a alterarse y su corazón, que había conseguido calmarse un poco por el sueño y el alcohol, galopó con la fuerza de una tormenta nuevamente.

Se incorporó en el sofá, miró las cristaleras que había junto a la puerta y lo vio sin esfuerzo alguno, pues las cortinas brillaban por su ausencia. No eran necesarias en un sitio perdido de la mano de Dios.

Tenía el peor aspecto que le había visto jamás, con diferencia, y la miraba con unos ojos tan cansados y llenos de tormento que se le hizo la boca agua.

Se levantó, caminó hacia la puerta y abrió intentando obviar el hecho de que su pelo era un desastre y su ropa estaba arrugada, porque no se había atrevido la noche anterior a ponerse el pijama por si tenía que salir corriendo si la asaltaban. Ahora, a la luz del día, parecía un

pensamiento estúpido, pero aquella cabaña tenía dos caras demasiado señaladas como para sentir vergüenza de su comportamiento.

Se concentró en Leo Parker y maldijo a Cam, porque no había aguantado ni dos días sin contar su paradero. Tenía que haber sido él, no había otro que supiera dónde estaba. Se dijo a sí misma que Cameron acababa de perder el regalo que pensaba hacerle por haberse portado tan bien con ella. Y dejándolo de lado, se concentró en el hombre que le había hecho trizas el corazón.

—¿Qué haces tú aquí? —Su tono fue frío y algo despectivo, pero no pensaba pedir perdón por ello.

—Vengo a recuperar mi corazón. O lo que es lo mismo: vengo a recuperarte a ti.

Leo

Su pelo rubio estaba hecho una maraña, su ropa arrugada y sus ojeras eran tan profundas como las del propio Leo. Aun así, él la veía preciosa. Triste, enfadada, pero preciosa. No se lo dijo, porque intuyó que el halago no sería bien recibido, y se cuidó mucho de sonreír o intentar aprovecharse de su zalamería para librarse de aquello. No quería ser el Leo que sorteaba los obstáculos tomándolos a broma. Quería ser el Leo arrepentido y atormentado, porque era así como se sentía y necesitaba que ella se diera cuenta.

Convencer a Cam para que le dijera dónde estaba no había sido sencillo. Si lo consiguió fue porque conocía uno de los pocos puntos débiles de su amigo: su empresa. Amenazó con contarle a las propietarias de *Maison D'or* varios de los negocios que tenían pendientes de cerrar. Un completo farol, porque no tenía ni idea de nada. Le contó que Storm le había hablado de cada detalle de la empresa y lo atacó por ahí. No fue una jugada limpia, pero no se arrepentía. Cam sabría perdonarlo, estaba seguro. Y si no era así, entre averiguar el paradero de la mujer de su vida para asegurarse de que estaba bien, y ofender a su amigo, tenía claro cuál sería su elección.

También sabía que Cam se había quedado con un sentimiento horrible de traición a Storm, pero Leo esperaba de corazón poder solucionarlo y que ella lo perdonara. En el fondo, algo le decía que Cameron le había descubierto su paradero porque lo había visto tan desesperado que se había apiadado de él. Leo supuso que resultaba un tanto patético ver a un chico tan grande y fuerte suplicando por información. No se avergonzaba, sin embargo. Tenía muy claras sus prioridades. Puede que Kilian lo confundiera, y seguramente deberían tener en cuenta un montón de posibles problemas que surgirían a raíz de su relación con Storm, pero no iba a darse por vencido tan fácilmente. Quería estar con Storm, no solo una temporada, sino toda su vida, y si a Kilian le parecía mal, podía meterse su opinión por el mismísimo...

—Eso es precioso. —Storm cortó de raíz sus pensamientos. Hablaba en tono frío y algo

despectivo, pero no podía culparla—. ¿Tienes alguna frase estúpida más que decir, o eso era todo?

—Pues...

—¿Pensabas que con eso volvería a tus brazos? ¿Así? ¿Sin más? —Leo guardó silencio. No era tonto, sabía cuándo Storm estaba a punto de estallar y aquel iba a ser un gran estallido. Ella alzó las manos y las dejó caer con frustración—. ¡Es que no puedo creerme que hayas venido hasta aquí solo para decir eso! ¿Tú eres consciente del daño que me has hecho, Leo?

—Lo soy, por desgracia.

—¿Y por qué lo hiciste? —Las lágrimas tiñeron sus ojos y Leo se sintió aún peor—. No tenías ningún derecho. Yo te amaba. Quería tener un futuro contigo y no me importaba lo que dijera nadie, incluidos mis padres.

—¿Puedo pasar?

—¿Qué? —preguntó desconcertada.

Pareció darse cuenta entonces de que ella seguía dentro de la cabaña y él, no. Hacía frío, porque la humedad de aquella zona se le colaba en el cuerpo, y aunque quería arreglarlo todo cuanto antes, quería hacerlo dentro de la cabaña y con la puerta cerrada. Aquel sitio estaba tan lejos de todo rastro de humanidad que lo ponía nervioso. No entendía qué demonios hacía Cam teniendo una cabaña allí.

—Estoy helándome, y tú no estás abrigada —murmuró—. Deja que entre y hablemos las cosas, nena.

No quería ceder. Lo vio en sus ojos, pero si había una cualidad a destacar en Storm era que podía dejar de lado sus sentimientos momentáneamente. Era algo que él siempre había admirado, porque a menudo se dejaba llevar por lo que sentía, y eso no siempre acababa bien. Aquella situación daba buena fe de ello. Storm se colocó en un costado de la puerta y le indicó el interior

con una mano a regañadientes. Entró y se quitó la chaqueta, agradecido porque tuviera prendida la chimenea. Ya le resultaba bastante complicado imaginarla allí, como para imaginarla pasando frío.

—Si has venido solo a inspeccionar el lugar, te adelanto que valoro mucho la intimidad y no eres bien recibido, así que yo, en tu lugar, diría lo que sea que tengas que decir y me largaría cuanto antes.

Los ojos de Leo brillaron ante el orgullo que le provocaba ver que incluso en los peores momentos Storm sabía cómo erguir los hombros y machacarlo. Parecía una locura que estuviera orgulloso de eso, pero no lo era. Él estaba acostumbrado a que todos los que le rodeaban cumplieran sus deseos sin preguntar, a excepción de sus padres. Durante los años que jugó al hockey se rodeó de amigos que en realidad no lo eran. Hizo negocios con gente rastrera que solo quería aprovecharse de él, y permitió que sucediera. No le dio importancia porque se repitió que lo importante era que contaran con él. Fue estando con ella cuando se dio cuenta de lo importante que es tener a alguien que te quiera tanto como para ponerte los pies en la tierra cada vez que te equivocas.

Storm suspiró y Leo se percató de que estaba colmando su paciencia, así que habló de una vez por todas.

—Vengo a pedir perdón, eso es obvio. Pido perdón por haberte dejado, pero no por mis sentimientos al hacerlo.

Ella entrecerró los ojos y habló con indignación.

—Como disculpa, no es la mejor que he oído.

Leo se frotó la nuca y habló de nuevo, deseando poder explicarse mejor esa vez.

—Cuando tu padre me puso sobre la mesa todas las cartas con las que jugábamos, me di cuenta de que no había perdido ni un solo segundo de mi vida en pensar qué pasaría cuando la prensa empezara a especular con nuestra relación. Siempre pensé que nos perseguirían un tiempo,

pero ni por un momento me paré a valorar que fueran capaces de sacar tu pasado a la luz y usarlo en tu contra.

—¿Por qué haría alguien algo así?

—Porque la gente que me rodea es venenosa y ambiciosa. Solo quieren de mí el dinero o los beneficios que les reporto, ya sea adorándome, o atacándome. Tu padre me hizo ver que, si seguía contigo, te convertiría en el blanco de todos mis enemigos. —Ella abrió la boca, pero él negó con la cabeza y comenzó a pasearse por el estrecho espacio de la cabaña con nerviosismo, como un león enjaulado—. Y no se trata solo de eso, sino de las cosas que he hecho en mi pasado. ¿Qué pasaría cuando te dieras cuenta de que habías acabado con alguien que, en realidad, es un fracasado?

—No eres ningún fracasado, Leo Parker. Eres una leyenda del hockey y...

—Las copas, los premios y los patines no te hacen un triunfador. Tú mereces estar con alguien que adore tus pisadas, como yo, pero que además no te avergüence.

—A mí no me has avergonzado nunca.

—Ahora. Pero si seguías conmigo llegaría un punto en que tendríamos hijos, porque sabes que los dos queríamos. ¿Te imaginas lo que hubiesen pensado de ti las madres del colegio? Dirían que eres quien me calienta la cama, o el último plato, porque me he acostado con infinidad de mujeres. Incluso esos niños tendrían que vivir sabiendo que su padre desfasó tanto durante su juventud que su abuelo tuvo que sacarlo de la cárcel una noche que la fiesta se descontroló demasiado. —Ella lo miraba con sorpresa. Casi con horror—. ¿Es que no lo ves? —preguntó con impaciencia—. Acabarías arrepentida de estar con alguien como yo y deseando haberte casado con alguien como... como... ¡Cam! Acabarías deseando haberte casado con alguien como Cam, que goza de buena reputación y...

—¡Yo no quiero a Cam, pedazo de imbécil! Yo te quiero a ti, y tu pasado jamás me ha importado. ¿O acaso te importa a ti saber que crecí de casa en casa? Eso si a las caravanas se las

podía llamar casa, porque era de todo, menos un hogar. No supe lo que era tener una familia de verdad hasta que Kilian y Blue se hicieron cargo de mí. Me enamoré de ti con 14 años, primero como una niña insensata y con demasiados pájaros en la cabeza, y luego, años después, como la mujer adulta y responsable que soy. Te he amado tanto tiempo y de tantas maneras que ni siquiera yo me explico cómo he logrado sobrevivir sin ti tanto tiempo, y cuando por fin parecía tenerlo todo... me lo quitaste. De una vez y sin pedir permiso, ni hablar las cosas. Simplemente decidiste que no podíamos seguir juntos.

—Lo hice por ti.

—¡No te correspondía! —exclamó enfadada—. No te correspondía decidir eso, del mismo modo que no le correspondía a mi padre ir a avisarte de nada. Yo sabía que estar contigo no es fácil. No soy una niña estúpida, Leo. Asumí la responsabilidad que suponía nuestra relación, me tragué el miedo y me convencí de que tú estabas poniendo el cien por cien de tus energías en esto, como yo.

—¡Y así fue! —La desesperación de su respuesta fue tal que hasta Storm relajó un poco los hombros—. Estaba al cien por cien contigo, *tormenta*. Pero tu padre me pintó un futuro que me aterró, porque no quería hacerte daño y...

—Y entonces decidiste hacérmelo antes y sin contar con mi opinión. Me anulaste como persona.

Fue la primera vez que Leo lo vio así. Su primer impulso fue negarlo, pero se lo pensó mejor. Procesó las palabras de Storm y se dio cuenta, con pesar, de que tenía razón. No había tenido en cuenta sus deseos ni sentimientos y simplemente había decidido por los dos qué era lo mejor para su futuro. Cerró los ojos, derrotado, y se dejó caer en el borde de la cama.

—Soy un imbécil —murmuró con la derrota pintando su voz—. No me merezco ni siquiera que me mires. Mucho menos que aceptes mis disculpas. Y no tengo excusa. —La miró y supo que en ese instante ella estaba viendo su interior como nunca había podido—. No tengo excusa, pero te

quiero como nunca he querido a otra mujer. Como jamás querré a ninguna otra. Tienes que creer eso, Storm. Es la única verdad que tengo en mi vida ahora mismo. Mi amor por ti es lo único que me queda, aunque te parezca mentira. Y si no quieres volver conmigo, está bien, pero por favor, te lo suplico, regresa a Nueva York. Tus padres no están bien, los míos tampoco, por si te lo preguntas, y yo... —Chasqueó la lengua y bajó la mirada, odiándose por sonar tan débil—. Yo, simplemente, no puedo vivir sabiendo que por mi culpa has tenido que venirte a este sitio, que es lo más parecido a los confines del mundo que he visto jamás.

Storm no habló en un principio y Leo empezó a ponerse nervioso. No tenía mucho más que decir, salvo una cosa. Algo que destrozaría su corazón, pero era lo mejor que podía hacer por ella después de haberle causado tanto daño.

—No volveré a molestarte nunca más, si es lo que quieres. Ni siquiera sabrás nada de mí. Desapareceré de tu vida para siempre y...

El cuerpo de Storm se estrelló contra él con tanta fuerza que cayó hacia atrás, hacia la cama, con ella encima. Cerró los ojos de inmediato y la rodeó con los brazos, sin entender nada, pero deseando que aquello fuera una buena señal.

—Estar sin ti es lo más parecido al infierno que he vivido nunca, y crecí con una madre adicta, Leo, así que imagina cómo de intenso es esto —susurró Storm con la voz rota—. No vuelvas a hacerme daño, por favor. No vuelvas a herirme así porque creo que no lo soportaría y...

Giró en la cama con ella para dejarla bajo su cuerpo y poder mirarla a los ojos. No hubiera pensado ni en mil años que acabarían así, tumbados en la cama y mirándose a los ojos a escasos centímetros de distancia, pero quizá era lo mejor. Después de todo, ellos siempre habían hablado con sinceridad y mirándose de ese modo.

—Te prometo que, si vuelves a Nueva York y decides, por un milagro, darme una nueva oportunidad, no dejaré que nada ni nadie nos separe. Nunca. Me levantaré cada día con el único propósito de hacerte feliz y... —Storm comenzó a llorar y él sintió que se rompía—. Por favor, no

llores más por mi culpa. Venga, nena, por favor —suplicó.

Ella se echó a reír, desconcertándolo y haciéndole pensar, una vez más, que daba igual cuánto pensara que la conocía, porque siempre encontraba la forma de sorprenderlo.

—Son lágrimas buenas, Parker. —Alzó una mano temblorosa y acarició su mejilla—. Son lágrimas de felicidad porque has sido muy imbécil, pero estás aquí, dándote por completo a mí y...

—Porque todo lo bueno que pueda tener se multiplica por mil cuando estás conmigo.

Storm no contestó de inmediato, pero cuando lo hizo consiguió que cada segundo de agonía mereciera la pena.

—Te quiero, Leo Parker. Te quiero más de lo que querré nunca a ningún hombre.

Leo la besó como única respuesta. La besó porque ansiaba demostrarle con hechos, y no palabras, cómo se sentía, pero también porque necesitaba un segundo para procesar lo que ella acababa de decirle. No se la merecía, eso lo tenía claro, pero se prometió allí, en aquella cabaña perdida en ninguna parte, que durante todos los días que les quedaban por vivir no se iría a la cama sin haberla hecho sentir especial al menos una vez a lo largo del día. Cuando Storm mordió su labio y rio sobre su boca, supo que acababa de ganar uno de los partidos más complicados de su vida.

Ya no tenía el hockey, pero aquel juego era mucho mejor. En aquel juego, si jugaban bien, acabarían ganando los dos.

Epílogo

Storm

—No puedo creerme que de verdad me hayas hecho venir aquí de luna de miel.

Storm miró a Leo tiritar y no pudo contener la risa. Habían pasado dos meses desde su reconciliación y nadie podía decir que no los habían aprovechado. Al volver a Nueva York se encontraron con su padre desesperado por hablar con ella. Lo hizo, y lo perdonó, pero también le dijo que le llevaría un tiempo volver a confiar en él. No quería mentir y le había dolido mucho lo que había hecho. Por otro lado, entendía que las ansias por protegerla le pudieron, así que pasadas unas semanas su relación empezó a estar prácticamente igual que al principio. Al menos ya tenía claro que su padre no intentaría volver a convencer a Leo de dejarla, igual que su ya marido no tendría nunca la idea de hacerle caso. Habían aprendido la lección, o eso le gustaba pensar a ella.

La relación entre ellos dos fue muy tensa al principio. Leo se empeñó en que Kilian en realidad no le tenía cariño, como había pensado hasta entonces, y se negó a ir a casa de sus padres cuando ella lo hacía. Aquello duró un par de semanas, solo, porque su padre se presentó a modo de visita sorpresa en casa de Leo una noche y se negó a marcharse hasta que hablara con él. Leo solo accedió si Storm estaba presente y una parte de ella supo que lo hacía, en parte, para que ella se diera cuenta de que jamás pensaba volver a tomar decisiones a sus espaldas, y menos en lo relacionado con su padre.

Leo se puso a la defensiva durante horas. Sí, horas. Su padre le explicó una y otra vez que el cariño que le tenía era sincero y que se había equivocado al elegir las palabras, pero que ahora veía que hacía feliz a Storm y eso era todo lo que importaba. Leo se enfurruñó y le dijo una y otra vez que él sabía que era poca cosa. Kilian le aseguró que no, que no era poca cosa y que él se había equivocado. Y dieron vueltas sobre el mismo tema hasta que Storm, cansada, sacó una botella de vino y los obligó a brindar por la familia. Desde aquel momento las relaciones se mantuvieron tensas hasta que Leo, dispuesto a hacer lo correcto, fue a ver a Kilian sin decirle

nada a Storm. Esta vez el motivo de la reunión de los hombres de su vida fue distinto: quería pedirle la mano de Storm. Su padre no solo aceptó, sino que se prestó a acompañarlo a comprar el anillo. A ojos de Storm, aquello fue lo que acabó de cerrar la reconciliación.

Le pidió matrimonio en casa, dentro de la bañera. Se puso tan nervioso que lo tiró y tuvieron que salir, vaciarla y buscarlo. Storm tuvo tal ataque de risa que el pobre Leo acabó algo enfurruñado. Por suerte, se le pasó en cuanto se colocó el anillo y le pidió que llenara la bañera de nuevo, porque necesitaba hacerle el amor a su prometido.

La boda fue sencilla. Storm sabía que se convertiría en carne de los medios en cuanto lo supieran, así que se casaron en la terraza de sus padres y los únicos invitados fueron sus familias y sus jefes, Cam y Keith. Comieron, brindaron y cuando la noche cayó Storm le pidió a Leo que se marcharan, porque le tenía una sorpresa.

Horas después estaban allí, en la cabaña de Nueva Canadá de Cam. La chimenea quemaba los troncos con premura, pero aun así hacía frío. Leo había ido allí sin quejarse solo porque unos días después irían a Hawaii y podrían tumbarse al sol durante todo el día, salvando los momentos de intimidad que, para qué engañarse, eran muchos.

En aquel momento lo veía tiritar y protestar, porque algo debió romperse y no había agua caliente, y pese a lo cómico de la situación, no podía dejar de pensar en lo guapísimo que estaba. Era algo que la maravillaba. ¿Cómo conseguía estar siempre tan atractivo? Entendió antes de lo que pensaba que el amor tenía mucho que ver. Leo consiguió deslumbrarla siendo adolescente, y aunque en aquel momento lo amaba de una forma mucho más madura y real, tenía que admitir que él seguía cautivándola con su presencia.

Su marido la miró, consciente de que no estaba oyendo ni una sola de sus protestas, y entrecerró los ojos, seguramente valorando si enfadarse más o dejarlo estar. Ella sonrió, y él debió ver algo en la forma en que lo hizo, porque se quitó la toalla, que era lo único que cubría su desnudez, y caminó hacia ella con una sonrisa felina y una promesa peligrosa dibujada en la cara.

—¿Quiere algo de mí, señor Parker? —preguntó con tono inocente.

Su sonrisa se amplió y Storm supo el motivo. Adoraba las palabras que iba a pronunciar a continuación. Y lo cierto era que ella también.

—La quiero a usted, señora Parker. Solo a usted.

Se coló entre sus piernas y permitió que la tumbara y le hiciera el amor como solo Leo sabía. Se regodeó en la sensación de que aquel hombre era su marido, y cuando acabaron, aun jadeantes y exultantes por los orgasmos que habían tenido, pasó las manos por su pelo, besó sus labios y pronunció las palabras que pensó que jamás diría en voz alta.

—Puede que durante muchos años no lo pensara, pero qué bonita es la vida, ¿verdad?

Él la miró con la adoración de quien está enamorado hasta lo más profundo de su ser y sonrió sin despegar los labios, apartando un mechón de pelo de su cara y colocándolo detrás de su oreja.

—Preciosa —susurró.

Los dos supieron exactamente a qué se refería, y no era a la vida.

¿Quieres estar al día de las próximas novedades?

¡Hola! Soy Emma Winter y espero que hayas llegado hasta aquí con una sonrisa. Ojalá hayas disfrutado mi primera novela, y si es así, te pediría por favor unos minutos de tu tiempo para dejar tu comentario en Amazon. ¡Me hará muchísima ilusión leerlo! Y seguro que me anima a escribir más ☐

[Aquí](#) puedes leer la historia de Blue y Kilian, si es que no la has leído ya.

Muy pronto, espero poder presentar a los hermanos Campbell =)

Si quieres estar al día de novedades y próximas novelas, puedes agregarme a mi Facebook desde este enlace:

<https://www.facebook.com/emma.winter.921677>

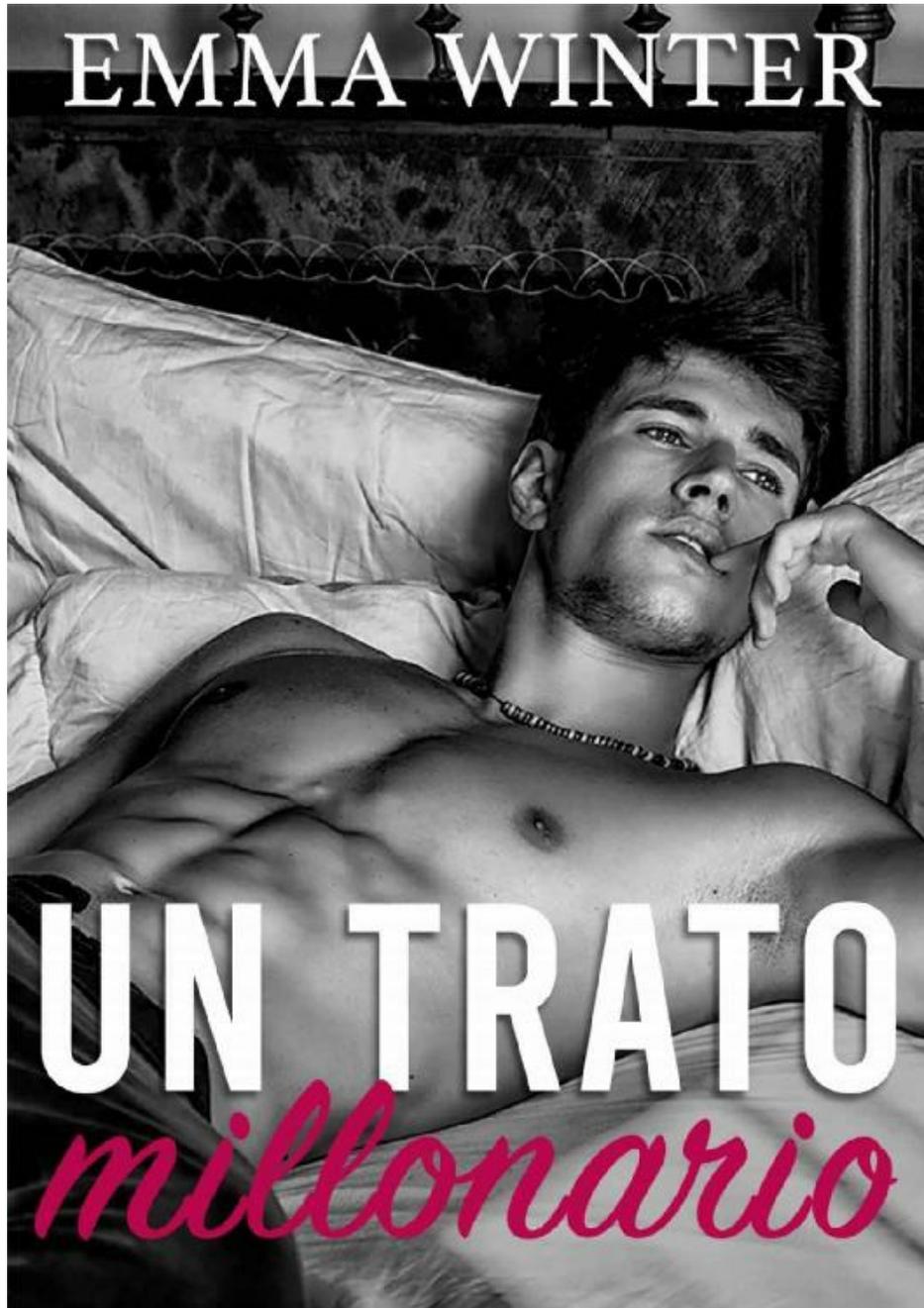
También puedes encontrarme en Instagram como emmawinteraautora o siguiendo este enlace:

<https://www.instagram.com/emmawinteraautora/>

¡Un saludo y gracias!

Otras publicaciones de Emma Winter

Un trato millonario (#Millonario1)



Kilian es un famoso jugador de hockey sobre hielo retirado a causa de una lesión. Vive en Tribeca, Nueva York, intentando aceptar que su sueño se ha ido al traste.

Blue vive en Rockville, Maryland, pero después de morir su hermana y quedarse con la custodia de sus sobrinos, una adolescente que la odia y un bebé de pocos meses de vida, decide emprender un viaje que cambiará sus vidas para siempre.

Kilian no lo sabe, pero necesita a Blue.

Blue no lo sabe, pero necesita a Kilian.

Juntos hacen un pacto y el resto... está en manos del destino.